

Omraam Mikhaël Aïvanhov

el hombre a la conquista de su destino



Colección Izvor

EDICIONES



PROSVETA

el hombre
a la conquista
de su destino

Ilustración de la portada: Cristal

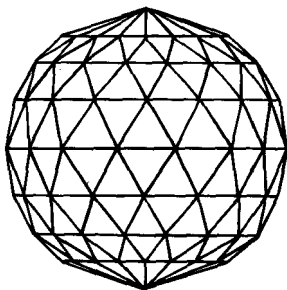
Reservados todos los derechos de reproducción, de traducción
y de adaptación para todos los países, incluida la U.R.S.S.
© 1982 by Prosveta S.A. - B.P. 12 - Fréjus (France)

ISBN 2-85566-201-X

Omraam Mikhaël Aïvanhov

el hombre a la conquista de su destino

Traducción del francés



**Colección Izvor
N.º 202**

EDICIONES



PROSVETA

Del mismo autor:

Traducción del francés

Colección Izvor:

201 : Hacia una civilización solar

202 : El hombre a la conquista de su destino

En preparación:

203 : Una educación que comienza antes del nacimiento

204 : El yoga de la nutrición

205 : La fuerza sexual o el Dragón alado

206 : La Fraternidad Blanca Universal no es una secta

Para los títulos disponibles en Alemán, Inglés, Griego, Italiano, Holandés, Ruso, consultar el catálogo general.

NOTA DE LOS EDITORES

Llamamos la atención del lector sobre el hecho de que la Enseñanza esotérica de la Fraternidad Blanca Universal dispensada por el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov es una Enseñanza oral, lo cual explica ciertos aspectos de los textos que constituyen el presente volumen.

También querríamos que quedara claro para el público que en la denominación «Fraternidad Blanca Universal» el término «Blanca» no se refiere en absoluto al color de la piel propio de una raza. De la misma forma que el color blanco es la síntesis de todos los colores, la idea de «Fraternidad Blanca Universal» concierne a todos los hombres sin excepción. Les invita a realizar en toda la tierra una vida fraternal, armoniosa, respetando cada raza, cada religión, cada nacionalidad.

I

LA LEY DE CAUSA Y EFECTO

I

Desde el momento en que el hombre actúa, desencadena inevitablemente ciertas fuerzas que producen determinados resultados. Esta idea que relaciona la causa con el efecto está contenida originalmente en la palabra «karma». Aunque posteriormente «karma» ha tomado el sentido de pago por una transgresión cometida.

El Karma-Yoga, uno de los numerosos yogas que existen en la India, no es más que una disciplina que enseña al individuo a desarrollarse mediante una actividad desinteresada, gracias a la cual se libera. Cuando el hombre se vuelve codicioso, astuto y turbulento, crea deudas que deberá saldar, y en ese momento la palabra «karma» toma el significado que la gente le da: castigo por faltas cometidas en el pasado.

En realidad, se puede decir que el karma (en el segundo sentido indicado), se manifiesta cada vez que un acto no es ejecutado con perfección. Pero el hombre ensaya, debe ejercitarse hasta

lograr la perfección, y mientras falle en sus intentos deberá corregirse, reparar sus errores y por supuesto deberá sufrir por ello.

Diréis: «¡Entonces, ya que actuando cometemos necesariamente errores y que debemos sufrir para repararlos, vale más no hacer nada! No es así, hay que actuar. Evidentemente sufriréis, pero con ello aprenderéis, evolucionaréis... y un día ya no sufriréis más. En cuanto hayáis aprendido a trabajar correctamente, no habrá más karma. Cada movimiento, cada gesto, cada palabra, desencadenan ciertas fuerzas que traen consigo consecuencias, naturalmente, pero supongamos que estos gestos y estas palabras estén inspirados en la bondad, la pureza y el desinterés: atraerán consecuencias benéficas, y es lo que llamamos «dharma».

El dharma es la consecuencia de una actividad ordenada, armoniosa, benéfica. El ser que sea capaz de emprender tal actividad escapará a la ley de la fatalidad, situándose bajo la ley de la Providencia. No hacer nada para evitar las preocupaciones y los sufrimientos no es la solución correcta; debemos ser activos, dinámicos, estar llenos de iniciativas sin que por ello el móvil de nuestras actividades sea ni el egoísmo ni el interés personal. Es la única forma de escapar al desastre. Evadir las consecuencias es imposible: siempre habrá causas y efectos, sea cual fuere

vuestra actividad; simplemente si conseguimos actuar de manera desinteresada, no se producirán efectos dolorosos, sino alegría, felicidad y liberación.

Si para conseguir la paz no actuamos, no nos desarrollaremos, no aprenderemos ni ganaremos nada. Evidentemente no cometeremos ningún error, pero entonces seremos como piedras: ¡éstas nunca cometen errores! Es preferible ensuciarse, si es necesario, pero aprender. ¿Cómo queréis que un edificio en construcción no tenga manchas de cemento o de pintura? Es imposible. Hay que aceptar esas manchas mientras el edificio crece y se realiza el trabajo. Después, frotamos un poco, lavamos, nos cambiamos de ropa, y de esta manera, por lo menos, conseguimos terminar la casa.

El Maestro Peter Deunov dijo un día: «Os di a todos un librito para aprender el alfabeto» (en búlgaro decimos: «*boukvartché*»... ¿y vosotros?... ¿un abecedario? Bueno, un abecedario). «Al cabo de un año os pido que me lo devolváis y algunos de vosotros me devolvéis ese *boukvartché* absolutamente limpio, impecable, sin abrir; por lo tanto, no aprendisteis nada. Otros, al contrario, me lo devuelven totalmente roto, manchado; lo abrieron y cerraron centenares de veces, lo han llevado a todas partes, incluso han comido encima... ¡Sí, pero ahora saben

leer!» Y el Maestro concluía: «Prefiero eso». Yo era muy joven entonces y recuerdo que le pregunté tímidamente: «Y yo, ¿en qué categoría estoy?» Me respondió: «¿Tú? En la segunda categoría». Naturalmente me puse muy contento porque comprendí que era mejor.

No sé en que estado le devolví el *boukvar-tché*, pero en todo caso él me clasificó en la segunda categoría: la de la gente que desea que el trabajo se haga... y es cierto. Cometeremos muchos errores, mancharemos y nos salpicaremos, recibiremos críticas e injurias, ¿y qué?, eso no tiene importancia. Hay que saber leer, hay que trabajar, debemos terminar el edificio. Todos aquellos que son siempre razonables y prudentes pero que no se comprometen, no avanzan. Entonces, Señor, ¿qué será de ellos?

Está escrito en el Apocalipsis: «Sé frío o caliente porque al tibio le escupiré de mi boca». ¿Por qué, entonces, algunos prefieren seguir siendo tibios? No hay lugar para éstos. No hay que tener miedo a equivocarse. Cuando aprendéis una lengua extranjera, si no decís nada por miedo al ridículo jamás la hablaréis. No hay que temer el ridículo, hay que tener la osadía de cometer algunos errores para aprender a hablar. Pues bien, ocurre lo mismo con el karma: no hay que paralizarse por el miedo a cometer faltas que tendréis que reparar, ya que a medida

que intentamos dar una finalidad divina a nuestros actos, no producimos más karma sino dharma, es decir la gracia y la bendición del cielo.

II

Es imposible escapar a la ley de causa y efecto. La cuestión consiste simplemente en saber qué fuerza estamos activando. Y ahora os diré que la ley más formidable que la Inteligencia Cósmica nos haya dado, se encuentra ahí donde nadie la busca, donde los filósofos, teólogos y moralistas no ven: en la naturaleza, y particularmente en la agricultura. Sí... en la agricultura. Todos los agricultores saben que donde plantan una higuera, no recogerán uvas sino higos, y que en un manzano no encontrarán peras. He aquí la mayor de las leyes morales: recogemos lo que hemos sembrado.

Podemos decir entonces que los agricultores fueron los primeros moralistas; fueron ellos quienes se percataron de que la inteligencia de la naturaleza había establecido una ley estricta e inmutable: la ley de causa y efecto. Después, al observar la vida de los hombres, encontraron esta misma ley: si os comportáis con crueldad,

egoísmo y violencia, un día u otro ello recaerá sobre vosotros. Esta ley se llama también ley de resonancia, ley de acción y reacción. La pelota rebota y vuelve hacia vosotros.

Recogeréis lo que hayáis sembrado. Si estudiamos detalladamente esta ley fundamental, si ampliamos su significado, se transforma en un sistema rico y profundo, ya que cada verdad esencial tiene aplicaciones en todos los planos. Explicada en detalle, esta ley genera todo un sistema filosófico; he ahí por qué la religión ahora es tan rica en normas y preceptos. Pero en el fondo, encontramos que el origen de todas esas reglas es una sola ley: «Recogemos únicamente lo que hemos sembrado». A continuación de esta ley añadimos otras igualmente verídicas a modo de extensión, de ampliación en el plano filosófico. Por ejemplo, las palabras de Jesús: «No hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan», no son más que la prolongación de esta ley.

Los que niegan y rechazan todas esas leyes fundamentales, se alejan cada vez más de la verdad; su alma está desgarrada por la duda y la incertidumbre y la existencia les golpea profundamente. Sin embargo la verdad es muy simple, está ahí, delante de ellos. ¿Por qué los pensados-

res actuales no quieren reconocerla y proponen toda clase de nuevas teorías que están en desacuerdo con la Inteligencia Cósmica? Al no creer que existe una moral basada en las leyes de la naturaleza, su razonamiento es falso, sus conclusiones son falsas, y todos aquellos que leen sus libros, los siguen y adoptan sus errores, caen en el desorden, la angustia y las tinieblas. Entonces, ¡tened cuidado! Debéis aprender a razonar y a juzgar. Si no tenéis criterio, cualquiera podrá induciros a error. Vigilad, no os dejéis influir por intelectos humanos oscuros, seguid la Inteligencia Cósmica, la cual ha ordenado y organizado las cosas maravillosamente.

Aunque no creamos en Dios, no podemos dejar de reconocer la existencia de un orden en la naturaleza, lo cual implica la existencia de una inteligencia creadora de este orden. Reparad al menos en el hecho de que una simiente produce a su semejante. ¿Cómo no ver en ello la obra de una inteligencia? El simple hecho de observar esta ley obliga a cambiar la visión del mundo. Podemos no creer en Dios, pero no podemos dejar de creer que toda simiente se reproduce exactamente, ya sea a través de una planta, un árbol, un insecto, un animal o un hombre... Esta ley es absoluta y debe haceros reflexionar. Podéis permitir os el ser ingratos, injustos, crueles o violentos, pero entonces no

dudéis que esta ley tarde o temprano actuará a expensas de vuestra propia vida. Por ejemplo, tendréis hijos, y como se os parecerán, seréis vosotros los primeros en sufrir, a través de ellos, vuestro propio comportamiento. Aunque Dios no existiese, la Inteligencia Cósmica está aquí y tenéis pruebas continuas de ello.

Hacéis lo que os viene en gana y creéis que no padeceréis consecuencia alguna... Creed lo que queráis, la Inteligencia Cósmica ya lo ha escrito todo. Cada pensamiento, sentimiento o acto es una semilla que empieza a crecer, y si habéis sido ingratos, crueles, injustos o violentos, encontraréis un día en vuestro camino las mismas ingratitudes, injusticias, crueldades y violencias; os caerán encima veinte, treinta o cuarenta años después, y en ese momento comprenderéis que existe una Inteligencia Cósmica que lo registra todo.

Dejad si queréis la Biblia, los Evangelios y también los profetas, las iglesias y los templos, pero al menos aceptad esta ley que está ahí, irrefutable: recogeréis lo que hayáis sembrado. «Quien siembra vientos, recoge tempestades», dijeron los sabios después de haber observado con atención las cosas. En cuanto a los sabios, a los pensadores que rechazan esta verdad, también serán atrapados, es inevitable, no podrán escapar a las consecuencias de sus actos, y en ese

momento, comprenderán. Siendo tan inteligentes, ¿cómo no ven lo que es tan simple?... e incluso os digo que a partir de esta ley podemos restablecer todos los libros sagrados del mundo entero... sí, solamente a partir de esta ley.

Muchos se dicen: «Evidentemente tal y tal cosa están escritas en la Biblia, en los Evangelios, pero, ¿existe verdaderamente Dios?» Yo os respondo: esto no tiene que preocuparos y tampoco necesitáis saber si Jesús existió realmente, si los Evangelios son auténticos o no. Tomad simplemente esta ley; es suficiente para rehacerlo todo y llevaros hacia la verdad. Ya lo veis, mi explicación es simple. En ese momento si Dios no existe, nos veremos obligados a inventarlo; solamente a causa de esta ley, nos veremos obligados a inventarlo. Entonces, ¿por qué dejarse embaucar por pensadores que están de moda? En vez de llevar a los humanos hacia las cosas simples que están ahí, visibles, tangibles, les arrastran siempre hacia reflexiones y argumentos... «originales» ¿Me entendéis? Aunque estos argumentos sean contrarios a la verdad que está escrita en la naturaleza, da igual, todos se maravillan mientras sean nuevos, originales.

La moral es una realidad, pero los humanos no la ven y discuten sobre Dios, sobre tal o cual cuestión teológica... Es inútil discutir, basta con saber que todo está grabado, todo. Si la naturale-

za ha hecho que un árbol grave en su semilla las propiedades, los colores, las dimensiones, los gustos y perfumes de los frutos, ¿por qué no habría hecho lo mismo con el hombre? La naturaleza ha conseguido grabarlo todo, y precisamente la moral está basada en esa grabación, en la memoria de la naturaleza. Sí, la memoria. La naturaleza posee una memoria que nada puede borrar. ¡Pobre del que no la tenga en cuenta! Ella continúa día y noche grabando las cacofonías, los estados espantosos que sufre el hombre en sí mismo, y un día éste resulta pisado, destrozado, anulado. Nadie puede escapar a esta ley, nadie jamás ha sido lo suficientemente poderoso para escapar a ella: ningún emperador, ningún dictador, nadie... en la memoria de la naturaleza todo se encuentra grabado.

Así pues tened cuidado porque todo lo que hacéis, decís, pensáis o deseáis, se graba en las profundidades de vuestras células, y tarde o temprano recogeréis los frutos en vuestra vida. Y lograréis crearos otro destino si cuidáis no propagar mediante vuestros pensamientos, sentimientos y actos, semillas malsanas y destructivas.

Y no penséis que los buenos, generosos y llenos de amor reciben siempre como recompensa el mal y no el bien. Los que se precipitan en sacar conclusiones propagan estupideces dicien-

do : «Haced el bien y recogeréis siempre el mal» ¡No! es falso. El bien siempre produce el bien, y el mal produce el mal. Haced el bien y os lo encontraréis aunque no queráis. Si hacéis el bien y os llega el mal, se debe a que todavía hay sobre la tierra personas que se aprovechan y abusan de vuestra bondad. Pero hay que tener paciencia y continuar, porque tarde o temprano serán castigados, sometidos por seres más fuertes y violentos que ellos ; entonces comprenderán, se arrepentirán y vendrán a reparar las faltas cometidas. Así es como el bien produce frutos e incluso los duplica, ya que en estos casos el cielo tiene en cuenta todo lo que habéis sufrido haciendo el bien, todas las desgracias que os han ocurrido a pesar de que no las merecáis ; toma nota y os recompensa doblemente.

Los humanos necesitan ahora un conocimiento sólido, completo, verídico, irrefutable, y este saber es el que os traigo. ¡Vamos, tratad de negar que recogemos lo que sembramos! Todos, naturalmente, estáis convencidos de la veracidad de esta ley, pero solamente en el plano físico, lo cual es insuficiente. Si vais más lejos, más arriba, encontraréis también esta ley porque el mundo es una unidad : en todos los planos, a todos niveles, encontramos los mismos fenómenos bajo una forma diferente, cada vez más sutil.

Todo lo que encontramos sobre la tierra vol-

vemos a encontrarlo en el agua, y todo lo que hay en el agua lo volvemos a encontrar en el aire, etc... Los cuatro elementos obedecen a las mismas leyes, pero al ser diferente su esencia y densidad, se aprecian algunas diferencias en la aplicación de las leyes entre unos y otros. Reaccionan más o menos rápidamente, más o menos violentamente, pero están dirigidos por los mismos principios. El mundo mental del hombre, por ejemplo, corresponde al aire : y en él encontramos las mismas corrientes y los mismos vórtices que en la atmósfera, pero bajo la forma más sutil de ideas y pensamientos. Las leyes del mundo psíquico son idénticas a las leyes de la naturaleza.

Cuando un jardinero no ve crecer lo que no ha sembrado, es justo y razonable, no se altera, ni grita ; dice simplemente : «Pues qué se le va a hacer, ya que no he tenido tiempo de sembrar zanahorias, no las recogeré. Pero tendré lechugas, perejil y cebollas, porque de eso sí sembré». Aparentemente los humanos son muy expertos en temas agrícolas. Lo son cuando se trata de frutas y legumbres, pero cuando se refiere al ámbito del alma, del pensamiento, no saben nada, y creen que van a cosechar felicidad, alegría y paz sembrando violencia, crueldad y maldad. ¡Pues no! Recogerán violencia, crueldad y maldad. Y si en ese momento se enfurecen y

rebelan, nos demuestran que no son buenos agricultores.

La primera norma de la moral es la de no dejarse llevar por un pensamiento, sentimiento o acto que sea peligroso o nocivo para los demás, porque entonces os obligarán a recogerlo y «comerlo», y si es un veneno, seréis vosotros los primeros envenenados. Cuando consideréis esto como una regla absoluta, empezareis a perfeccionaros. Sé muy bien lo que a menudo impide a los humanos entenderlo: es la lentitud con la cual se manifiestan las leyes. Ni el bien llega enseguida, ni tampoco el mal. Un hombre no cesa de infringir las leyes y todo le va bien, mientras que otro que es honesto, que siempre hace el bien, sólo encuentra dificultades; entonces todos llegáis a la conclusión de que no hay justicia. Los humanos desconocen la razón de esta lentitud en las recompensas y los castigos. Se hacen preguntas y se dicen: «Si las leyes actuasen con más rapidez, sería mucho mejor porque entonces seríamos corregidos o recompensados inmediatamente, con lo cual comprenderíamos».

Pues bien, yo conozco la razón de esta lentitud. Nos muestra la bondad y la clemencia de la Inteligencia Cósmica al querer dar a los humanos tiempo para experimentar, reflexionar e

incluso arrepentirse, mejorarse y reparar sus errores. Si las leyes castigasen inmediatamente nuestras faltas, seríamos aniquilados, y no podríamos mejorarnos. El Cielo nos da tiempo enviándonos pequeños inconvenientes para que reflexionemos y tengamos la posibilidad de enmendarnos.

En cuanto al que hace el bien, tampoco se le recompensa inmediatamente, lo cual es mejor, ya que si recibiese enseguida la recompensa, comenzaría a abandonarse y entonces infringiría las leyes. Así pues, el Cielo le permite fortalecerse para que se consolide, para que se conozca; no lo da todo inmediatamente para ver hasta qué punto continúa haciendo el bien. Como veis, existen razones que explican esta tardanza. Pero que el bien atrae al bien, es absolutamente cierto, y que el mal termina... muy mal, también lo es. Pero es difícil saber el tiempo que se necesita para que se produzcan estos efectos.

Evidentemente, para continuar haciendo el bien, mientras el mundo entero se está derrumbando ¡qué fuerza, qué poder, que voluntad, qué decisión y qué fe hay que tener! En eso reside el mérito, ya que en otras condiciones, cuando todo es agradable y placentero, es demasiado fácil creer en el bien y dejarse llevar por este camino. Es ahora, en el momento que la situación empeora, cuando es meritorio proseguir sin

dejarse influir por las condiciones. Un discípulo, un Maestro siempre cuenta con las fuerzas de su espíritu. Incluso en la peor situación, siempre se esfuerza por despertar en él los poderes de su voluntad, del bien y de la luz. Ahí es donde reconocemos a un verdadero espiritualista. Mucha gente, hablando, puede pasar por espiritualista, pero ante la menor dificultad, está por los suelos. Entonces, ¿dónde está la fuerza del espíritu?

Cada uno espera de los demás que sean delicados, amables, pacientes e indulgentes con él. ¿Cómo lograrlo? Empezando por ser uno mismo delicado, amable, paciente e indulgente. Si queréis que se comporten bien con vosotros, debéis empezar vosotros a comportaros bien. Diréis: «¡esto ya lo sabemos!» Sí, pero sólo en teoría; todavía hay millones de seres sobre la tierra que siguen siendo groseros, duros, crueles y se extrañan de que los demás les repliquen. Están convencidos de que corresponde a los demás el someterse y plegarse a su voluntad. Observad su comportamiento: esperan obtener satisfacciones por medios totalmente contrarios a lo que desean, e inversamente, no creen que sembrando la dulzura, el amor y la bondad obtendrán amor, dulzura y bondad. Sin embargo, os aseguro que si alguien se muestra arisco y desagradable con vosotros y le seguís enviando

buenos pensamientos, al cabo de algún tiempo capitulará.

Para obtener el afecto y la confianza, hay que llamarlos. «¡Pero los llamamos y no vienen!» No, cuando digo «llamarlos» significa: producirlos. Cuando producís estados positivos en vosotros mismos, podéis estar completamente seguros que los encontraréis también en los demás. Produciéndolos en vosotros mismos, los atraéis. Toda la magia está ahí. Entonces, intentadlo: si queréis recibir algo que deseáis, tratad antes que nada de darlo. No podemos recibir lo que no hemos dado. Diréis: «No es cierto, existen personas muy ricas, muy bien situadas, que no dan nada a nadie, que están encerradas en sí mismas, desprecian a los demás y sin embargo reciben sin cesar respeto, estima, honores...» Es simplemente porque dieron todo eso en alguna encarnación anterior, y lo reciben ahora. Pero si continúan mostrándose altivas y sin amor, recibirán exactamente lo mismo más tarde, a través de otros.

El secreto del éxito, el secreto de la felicidad consiste en manifestar lo que deseáis obtener. Si queréis sonrisas y miradas afectuosas, dad sonrisas y miradas afectuosas. Si queréis que desde el Cielo un ángel acuda a instruiros, encontrad a alguien menos instruido que vosotros y empezad a meterle algunas lucecitas en la cabeza; inme-

diatamente ello se reflejará en el mundo invisible y atraeréis los espíritus luminosos para hacer otro tanto con vosotros.

Pues sí, esta ley es formidable y podemos utilizarla en muchos otros planos. Sonreír y recibir una sonrisa, es poca cosa. Habéis sonreído y os han devuelto la sonrisa, habéis sido gentil y amable y han sido gentiles y amables con vosotros. Muy bien, habéis sido corteses y os sentís rejuvenecidos, ¡magnífico! Pero debemos aplicar esta ley en otras regiones para que provoque resultados aún más formidables que una sonrisa, un apretón de manos, una mirada, o algunas palabras amables. Podemos revolver todo el universo con esta ley, y esto es lo interesante : poder llegar muy lejos, remover regiones en el espacio...

Sólo podréis recoger los frutos correspondientes a las semillas que habéis plantado. Ahora bien, si el tiempo no ha sido favorable o el sol ha sido demasiado intenso y lo ha quemado todo, si no ha llovido o los pájaros o los topos se han comido la siembra, ésa es otra cuestión. Porque entonces se trata de accidentes que no alteran la realidad de esta ley. Lo que la semilla contiene en su interior no podemos quitárselo. Podremos impedirle que fructifique, pero no podremos cambiar su naturaleza. Y es precisa-

mente de la naturaleza de la semilla de lo que os estoy hablando.

Así pues, si al ser amables y gentiles sólo recibís injurias, no le deis importancia; averigüad de quién proceden, cuándo y en qué circunstancias... Quizás seáis demasiado buenos, demasiado caritativos, demasiado generosos y confiados, y entonces, naturalmente, sois inmediatamente clasificados en la categoría de los imbéciles, y sufrís las convenciones establecidas por los humanos. Pero esto no significa nada, no durará mucho tiempo, porque la gente y las condiciones varían, mientras que las leyes son inamovibles. Y cuando de nuevo sean restablecidos los verdaderos valores, todo volverá a su lugar y recogeréis todo el bien que hayáis sembrado.

Por el momento, evidentemente, hay que ser un líder para ser apreciado, hay que pisar a la gente, atropellarla, humillarla, y entonces se os considerará como alguien realmente importante, pero no será eternamente así, porque al cabo de algún tiempo otro líder vendrá para daros una paliza. No debéis dejaros impresionar por una situación que sólo es momentánea; a la larga vemos cómo un ser violento es maltratado por otro aún más violento que él.

No perdáis el tiempo buscando objeciones. Yo conozco mejor que vosotros todas las objeciones que podáis hacerme. No espero a que los

demás me pregunten : «Sí, pero entonces... ¿por qué esto, por qué lo otro?» Yo mismo cuestiono mis propios argumentos, y si resisten todas las pruebas que yo les haga, entonces digo : «Es oro, es oro, y por lo tanto es una verdad». En cuanto a los argumentos que no se sostienen, no me queda otro remedio que enterrarlos : «Amén...»

Ahora os daré un ejemplo. Imaginaos un bosque magnífico con animales, pájaros y árboles repletos de flores y frutas de todas clases, ¡qué riqueza! Pero hay un inconveniente : que está rodeado de muros altísimos y muy gruesos que lo hacen inaccesible, e incluso sobre sus muros hay vidrios troceados y alambres de púas. Y por si fuera poco, este bosque es muy peligroso por los animales que lo habitan : osos, leones y tigres que se deleitarán con el primer imprudente que se atreva a entrar. Pero necesitáis esas frutas, ¿qué hacer?... De repente descubris un grupo de monos entre los árboles y, ¡ya está estéis salvados! Tomad, por ejemplo, un cesto de naranjas, acercaos al muro, y empezad a tirarlas una detrás de otra hacia los monos, y como éstos son unos imitadores perfectos, tomarán las frutas de los árboles y a su vez os las tirarán. No tendréis más que recogerlas para volver con las cestas llenas de frutas. El secreto, entonces, está en tirar vuestras naranjas a los monos.

Diréis : «Pero, ¿a qué viene esta historia?

¡No podemos ir hasta el muro del bosque y tirar naranjas a los monos!». Pensad que se trata de un cuento. ¿No habéis visto nunca un hombre sembrando en su campo? Tira las naranjas contra los monos; pero aquí las naranjas son minúsculas, y los monos están escondidos un poquito más abajo, bajo tierra... Cuando el hombre ha terminado de sembrar se marcha tranquilamente, y luego, unos meses más tarde, recogerá la cosecha para llenar sus graneros.

«Ah... si es así, ya lo entendemos, diréis». No, todavía no habéis entendido nada, no habéis descifrado la imagen. Aquí los monos son las fuerzas de la naturaleza, estén bajo tierra o sobre los árboles, eso no tiene ninguna importancia, es un símbolo. He aquí la explicación: el universo que Dios ha creado es un bosque que guarda toda clase de riquezas. Los muros son los obstáculos que impiden al hombre alcanzarlas y los monos son las criaturas del mundo invisible; las naranjas son la luz y el amor que decidís proyectar a través de vuestros pensamientos y sentimientos. Entonces, ¿qué ocurre? Algún tiempo después las criaturas del mundo invisible harán lo mismo que vosotros hicisteis, pero os devolverán las frutas, es decir las bendiciones centuplicadas. Pero si enviáis vuestra amargura, vuestro odio y vuestra cólera, también os serán devueltos algún día.

«Recogeréis lo que hayáis sembrado», es decir, según como actuéis en el presente, así será vuestro futuro. En cada instante, mediante el trabajo interior, podéis orientar vuestro futuro. Una vez tomada una decisión, sea buena o mala, orientáis vuestro futuro en buen o mal sentido.

Suponed que hoy hayáis decidido servir a Dios, ayudar a los humanos, no volver a dejaros influir por vuestra naturaleza inferior: inmediatamente vuestro futuro se embellece, se ilumina, se enriquece y os aguardan todas las maravillas. Entonces, ¿por qué no las vivís? Porque el pasado todavía os tiene atados. Pero si trabajáis manteniendo siempre la misma dirección, con la misma decisión, poco a poco el pasado se diluye, y un día recibís vuestra herencia divina. Pero he aquí que decidís vivir de nuevo una vida egoísta; entonces todo se altera, y os aguarda un futuro diferente, lleno de sufrimientos y desilusiones. Naturalmente, en un principio continuaréis regocijándoos, haciendo negocios y vuestro presente seguirá igual, puesto que todavía contáis con algunas reservas que os impiden ver el sombrío futuro que os espera. Pero en cuanto esas reservas se agoten, ese futuro espantoso se presentará de golpe. El futuro es fácil de crear, pero el pasado es difícil de borrar.

Os daré otro ejemplo. Queréis marcharos de viaje y dudáis entre Niza y Moscú. Finalmente

os decidís por Niza; supongamos que desde entonces el camino por el cual pasáis, los paisajes, las estaciones, están determinados... en el momento en que partís en una dirección, todo está calculado, debéis seguir un itinerario previsto, fijado con antelación. No sois vosotros quienes habéis creado esos paisajes, su existencia no depende de vosotros, pero lo que sí depende de vosotros es la elección de la dirección.

Nosotros no creamos el futuro. Cuando decimos que el hombre crea su destino, es una manera de hablar; sería mucho mejor decir que elige su dirección. Decís: «Tomaré este camino», de acuerdo, pero no sois vosotros quienes vais a crear las regiones y los seres que encontréis en el camino. Son regiones y entidades creadas por Dios desde hace mucho tiempo. No creamos nuestro destino nefasto, sino que nos dirigimos hacia él: arenas movedizas, pantanos, bosques peligrosos... simplemente decidimos nuestra orientación, eso es todo. Y lo mismo ocurre si se trata de un futuro espléndido: somos nosotros quienes decidimos ir hacia él; él está ahí, nos espera. Existen en el espacio miles de regiones o esferas habitadas por una infinidad de criaturas, y según lo que decidamos, nos elevamos o nos hundimos al ir a visitarlas.

Todas las desgracias y dichas existen ya, otros las conocieron antes que nosotros, fueron

creadas desde hace mucho tiempo; de nosotros depende solamente la dirección a escoger. Por eso debéis decidir ahora a cambiar vuestra dirección, orientándoos hacia las regiones del Paraíso que Dios creó para vosotros desde la eternidad.

II

«SEPARARÁS LO SUTIL DE LO DENSO»

Desde su infancia, la mayoría de los hombres saben que al comer fruta, pescado, ostras o caracoles, deben quitarles la piel, el hueso, las pepitas, las espinas o la concha. Cuando toman un queso, automáticamente le quitan la corteza. Están convencidos de la necesidad de eliminar en su alimentación elementos indigestos o nocivos, e incluso han inventado procesos de refinado, esterilización, pasteurización...

Quitando, separando y desechando siempre la parte malsana o incomedible de su alimentación, los humanos han dado un paso gigantesco para diferenciarse de los animales. Pero todavía no han comprendido la existencia de otros planos donde también hay que limpiar, lavar, eliminar, elegir, separar lo útil de lo inútil, lo puro de lo impuro. En el ámbito de los pensamientos y de los sentimientos existe también un alimento que absorben y digieren, pero ahí, actúan como los gatos: se tragan la piel y los intestinos, es

decir todo lo sucio y nocivo. Tienen todavía que progresar hasta aprender a elegir la comida psíquica, como lo hacen con la física.

Está escrito en la Tabla de Esmeralda: «Separarás lo sutil de lo denso», es decir, lo puro de lo impuro. Evidentemente Hermes Trimegisto al decir esto iba mucho más lejos, ya que hablaba de la piedra filosofal. Pero es exactamente el mismo principio. Separamos lo puro de lo impuro como extraemos el oro o las piedras preciosas de la roca estéril que los contiene. Ciertamente la vida entera está basada en este principio de la separación, de la elección; todas las empresas, todos los oficios están basados en este principio. En los almacenes, en las droguerías, ante los diamantes, ante las piedras preciosas... siempre escogemos. Los concursos y exámenes no son más que elecciones; tanto si se trata de la elección de un general como de la elección de Miss Mundo, seguirá siendo una elección. Pero en la vida interior, aunque no lo sepamos, también debemos separar y elegir. Preguntad a la gente, incluso a la más culta, cuáles son los pensamientos o los sentimientos nocivos que pueden producir enfermedades y disgregación en el hombre; no lo saben. Para ellos todos los pensamientos y sentimientos son más o menos iguales, no se imaginan que pueda haber diferencias entre ellos como entre los alimentos

o los combustibles que clasificamos según su calidad : primera calidad, segunda...

En el pasado usábamos para calentarnos e iluminarnos materiales de una calidad inferior, y humeaban, irritaban los ojos, olían mal... casi nos asfixiábamos. Mientras que ahora utilizamos la electricidad que no deja desechos ni produce humos. Incluso sabemos que existen varias calidades de carbón: desde el que da mucho calor y deja poco residuo, hasta el que da poco calor y deja mucho residuo. Cualquier material combustible: carbón, madera, petróleo, gasolina, paja, contiene (en proporciones diferentes, y eso es lo importante), algunos elementos no combustibles. Así pues, cada materia es de una calidad más o menos buena, y por ello debemos siempre elegir. Y lo mismo ocurre con los sentimientos.

Los sentimientos son comparables a los combustibles, pero como no todos son de buena calidad, no pueden producir ni la mejor luz, ni el mejor calor, ni la mejor fuerza para el movimiento. Entonces, al igual que los alimentos, algunos sentimientos pueden ser «comidos» y otros deben ser rechazados, porque en ellos hay alguna escoria, alguna porquería que debemos eliminar para que el estómago astral pueda digerirlo mejor. Suponed que estéis enfadados, celosos, que odiéis y sintáis la necesidad de vengaros,

¿qué producirán estos sentimientos? Ciertamente calor, pero también mucho humo y desechos que os envenenarán. Y eso es lo que debemos saber. Evidentemente en la ciencia oficial no existe ninguna especialidad donde se estudien y clasifiquen detalladamente los sentimientos. ¡La clase de sentimiento no importa! Os los coméis y os deleitáis sin pensar en los resultados que producirán. Lo mismo ocurre con los pensamientos: no sabéis diferenciarlos, no existe ninguna escala de valores.

Todos los que creen poder dar rienda suelta a sus pasiones y deseos más desvergonzados, son en realidad ignorantes que jamás han estudiado cómo fue creado en su origen el ser humano en los talleres del Señor. Solamente saben que tienen un estómago, un sexo, y claro está, ¡hay que satisfacerlos! Estoy de acuerdo, pero, ¿no deberíamos seleccionar? Por supuesto que los jóvenes dirán: «¡Ah!, no, nada de seleccionar». Pero si aceptan la necesidad de seleccionar los alimentos, ¿por qué no admiten que al absorber cualquier sentimiento y cualquier placer pueden enfermar?

El hombre come pan, frutas, legumbres, pescado, carne, etc... Pues bien, en el plano de los sentimientos existe la misma variedad y abundancia que en la alimentación del plano físico. Ciertos sentimientos son charcutería, sí, morci-

lla, jamón, mientras que otros son vino, frutas o verduras ; pero como los humanos no conocen el mundo del sentimiento, comen cualquier cosa y enferman. Deben aprender a no alimentarse de productos que les envenenan : la cólera, la maldad, los celos y sobre todo el amor excesivamente sensual, porque en esa clase de amor hay un gran número de elementos nocivos.

Siempre encontraréis en los humanos fervientes deseos ; están difundidos por todo el mundo, no faltan en ningún sitio. Pero lo que es raro, casi imposible de encontrar, es la sabiduría que nos permita elegir entre nuestros deseos, aquellos que no impiden nuestro desarrollo. Y precisamente esta sabiduría es la más preciosa, pero los hombres no la buscan, no quieren saber nada de ella. ¿Por qué? Porque razonan erróneamente. Dicen : «Si somos sabios nos veremos obligados a renunciar a ciertos gozos, a ciertos placeres, y no queremos privaciones de ningún tipo». Decir tal cosa es reconocer y ratificar su ignorancia y estupidez, ya que serían más dichosos si tuviesen la sabiduría suficiente para poder discernir la naturaleza de sus sentimientos y así poder escoger. ¿Cómo encontrarán la felicidad estando ciegos? Cuando no se ve nada, cuando no se prevé nada para protegerse, se está a merced de cualquier cosa. No os imaginéis que la felicidad vendrá si estáis ciegos. Es como si os

ofreciesen meter la mano en una bolsa cerrada, diciéndoos: «tomad lo que os convenga», y resulta que metéis la mano sin mirar y entonces una serpiente os muerde y morís. Creedme, si estáis ciegos, siempre habrá una víbora presta a picaros.

Más allá del cuerpo físico, el hombre posee otros cuerpos de una materia más sutil: los cuerpos etérico, astral, mental, causal, búdico y átmico. Dando rienda suelta a sus pasiones, remueve corrientes en el plano astral donde se encuentran las entidades más monstruosas, y sin saberlo, atrae esas entidades, las cuales, de esta manera, invaden la humanidad. La ignorancia de los humanos respecto a su propia estructura y a los incesantes intercambios que mantienen con todos los seres invisibles de las otras regiones del universo, es la causa de las peores desgracias. Por eso el discípulo que sabe cómo fue construido en los talleres del Creador y cómo está relacionado incesantemente con los habitantes de los otros planos, es consciente de la necesidad de elegir, de eliminar ciertos elementos cerrando la puerta a las fuerzas hostiles y abriéndola solamente a las benéficas, armoniosas y constructivas.

Queridos hermanos y hermanas; debéis saber que vuestro cuerpo se construirá con las

materias que absorbáis. Así pues si esos materiales no son puros, seréis impuros; si esos materiales son nocivos, enfermaréis. He aquí una ley absoluta, no solamente en el plano físico, sino también en el psíquico. Del mismo modo que debéis estar atentos y comer alimentos bien limpios, bien lavados, así también debéis vigilar día y noche atentamente todo lo que entra en vosotros a través de vuestros pensamientos y sentimientos.

En las fronteras de todos los países existen aduaneros verificando lo que entra y lo que sale. ¿Tenéis también vosotros aduaneros en la frontera de vuestro país para impedir el paso de todo lo que pueda seros peligroso y nocivo? No. Y entonces entra alguien que viene de cualquier parte, y os envenena. Colocad aduaneros, y a cada pensamiento, preguntadle: «Espera un poco, ¿de dónde vienes? ¿cuáles son tus colores? ¿qué me darás si te dejo pasar? Así es como debéis prever las catastróficas consecuencias de un pensamiento intruso, rechazándolo.

La elección es toda una ciencia. Las materias que componen los pensamientos y los sentimientos no son totalmente idénticas, existe una graduación entre ellas. Y cuanto más os elevéis en la búsqueda de estos materiales, más puros serán. Podemos comprobarlo en el plano físico observando que todo lo puro y ligero sube,

mientras que lo impuro y pesado se deposita en el fondo, como el lodo y el barro. Y cuanto más puro sea un material, más resistente es. Por ello debéis construir vuestro cuerpo con los materiales más puros para que pueda resistir los sufrimientos e incluso la muerte, y de esta forma dispondréis de una materia de tal calidad que ni los sufrimientos ni la muerte tendrán poder sobre ella. Ni siquiera el Diablo puede infiltrarse en alguien si no encuentra debilidades y vicios, o sea, materia impura. Si un hombre pasa por trances desagradables en su vida, es porque ha dado a las fuerzas del mal la posibilidad de acercarse y penetrar en él.

Siempre os he dicho que no me gusta leer porque no es en los libros de los humanos donde encuentro las más grandes verdades de la existencia, sino en el libro de la naturaleza viviente donde veo que la Inteligencia Cósmica lo ha escrito todo. Lo que hoy os he dicho lo he descubierto en los insectos, las hormigas, las cucarachas, las pulgas. Cuando una casa está limpia, ningún insecto se acerca a ella. Pero dejad unas cuantas migas, alimento en descomposición, y enseguida aparecen los insectos. ¿Cómo sabían que había algo provechoso para ellos?... ¿por qué las pulgas y los piojos sólo pican a ciertas personas? Porque su sangre contiene deshechos que son una alimentación excelente para ellos;

sólo les gusta lo impuro, y aquello que es puro no los atrae.

Si no queréis que os invadan esos bichos, limpiad vuestra casa; si no queréis que os piquen, purificad vuestra sangre, y si no queréis dejar entrar en vosotros espíritus malignos, no les preparéis alimento alguno. Los Evangelios presentan casos de criaturas poseídas por demonios, ¿por qué? Porque encontraron en ellas el alimento impuro que les convenía. Por eso Jesús, que expulsaba los demonios, decía al que había salvado: «¡Vete, y no vuelvas a pecar!» Es decir: no dejes penetrar más impurezas en ti.

Al igual que el hombre necesita elegir adecuadamente su alimentación física para mantenerse sano, hermoso e inteligente, también precisa elegir su alimentación espiritual, y todo su porvenir dependerá de ello. Es la calidad de los elementos que ingiere y absorbe la que hará de él un ser de élite o, al contrario, un bruto o un criminal.

III

EVOLUCIÓN Y CREACIÓN

Desde el principio de su evolución el hombre siente el deseo de crear, como lo demuestran los descubrimientos arqueológicos. E incluso en la más temprana edad el niño quiere construir, dibujar, pintar... Podemos decir que entre los instintos más fuertes y tenaces que el hombre posee, está la necesidad de ser un creador y así asemejarse a su Padre Celestial.

El arte es la prueba de que ese deseo experimentado por todo hombre de ser un creador no se limita a la creación infantil, a una simple reproducción para la conservación de la especie. Se manifiesta como una necesidad de ir más lejos, de dar un paso más para encontrar algo todavía más hermoso, más sutil y más perfecto. El poder creador del hombre reside más allá de su nivel de conciencia ordinaria; se encuentra en un aspecto de su alma que se manifiesta como la facultad de explorar, de contemplar realidades que le sobrepasan, captando los elementos que la forman. Crear es avanzar, adelantarse.

Si algunos inventores han hecho descubrimientos revolucionarios, se debe a que han podido elevarse hasta la esfera de la imaginación y aún más arriba, hasta la de la intuición, para captar ideas, imágenes que después transcriben y realizan. La ciencia oficial todavía no ha explorado las posibilidades de la intuición ni la naturaleza de esta facultad, que al igual que una antena, un radar, puede prever, predecir, proyectarse en el futuro. Cuando algunos sabios que se encuentran a mitad de camino entre la ciencia oficial y la ciencia esotérica lanzan ideas avanzadas, no las creemos, las rechazamos y criticamos; pero más tarde nos vemos obligados a reconocer que han sido grandes precursores.

Esta facultad de imaginar que el hombre posee es verdaderamente creadora, y si sabe cómo purificarla y cultivarla en un estado de claridad y lucidez perfectas, es capaz de hacerle descubrir realidades jamás vislumbradas hasta ahora. Todos los inventores han pasado horas enteras sumergidos en sus investigaciones y sus meditaciones, y no podemos negar que su intuición ha sido una facultad verdaderamente auténtica. Y nosotros, aquí, en una Escuela iniciática, hacemos exactamente lo mismo que ellos, pero conscientemente, con conocimiento de causa, aunque con la salvedad de que nuestra imaginación no está orientada hacia descubrimientos

físicos, químicos o técnicos, sino hacia descubrimientos internos, espirituales. Así pues, a nosotros esta imaginación nos permite hacer descubrimientos que muchos no pueden ni siquiera sospechar.

Ya os he dicho en otras conferencias que podemos considerar la imaginación como una mujer en nuestro interior que trae al mundo sus hijos... Su éxito o fracaso depende de la calidad de los gérmenes que le hayamos dado. Si esos hijos producen desperfectos, el padre se verá obligado a subsanar los daños e incluso a veces será perseguido, castigado y desposeído por su causa. Por el contrario si los hijos son premiados, serán los padres quienes recibirán los honores. Diréis: «Pero, ¿quiénes son esos hijos?» Son nuestros pensamientos y sentimientos, y su padre somos nosotros mismos. He aquí de nuevo un tema muy amplio que estudiar y profundizar, pero para no extenderme volveré a lo esencial.

El instinto de creación que todos tenemos nos empuja a sobrepasar nuestras posibilidades normales y nos pone en contacto con otras regiones, otros mundos plenos de existencias etéricas, sutiles y luminosas; gracias a esa parte de nosotros mismos que ha conseguido desplazarse más allá para captar ciertos elementos completamente nuevos, podemos crear hijos que

nos superan y obras maestras que nos sobrepasan. Ya que a menudo la creación es mucho más bella que su autor. A veces veis un hombrecito normal y corriente, pero resulta que ese hombrecito ha producido una obra gigantesca, digna de un titán. Esa parte sutil de él mismo que tiene la facultad de desplazarse ha conseguido llegar muy lejos, muy arriba, donde se ha enriquecido acumulando nuevos elementos, y después, al ponerse a trabajar, ha realizado una obra inaudita, prodigiosa, para asombro del mundo entero.

Si bien todos los hombres tienen la necesidad de crear, desgraciadamente pocos son capaces de ser verdaderos creadores en el plano del espíritu. Muy pocos se elevan hasta ese nivel sabiendo que, para producir obras sublimes, se deben conocer ciertas leyes y ejercitarse de una manera especial. ¿Cuál es esa manera? Vais a verlo...

¿Por qué la tierra, tan fría, desnuda y estéril en invierno, se viste en primavera de una vegetación tan hermosa y coloreada, de hierbas, flores, árboles y frutos? Se debe a que en esa época del año se encuentra más expuesta al sol y empieza a recibir de él ciertos elementos. Se pone a trabajar y nos ofrece generosamente, «obras maestras» extraordinarias, coloreadas, dulces y perfumadas. Así pues, si el hombre quiere crear y producir obras destacadas, deberá también encontrar un sol, un ser más poderoso e inteli-

gente que él con el cual pueda unirse y hacer intercambios.

¿Comprendéis ahora por qué nos levantamos de mañana para contemplar la salida del sol? Para aprender a crear obras que se le asemejen, obras nuevas, limpias, llenas de luz, de calor y de vida. Pero en realidad el sol aquí es un símbolo... un símbolo de Dios, junto al cual debemos ir para unirmos a El, ya que gracias a esos intercambios con el Señor podremos convertirnos en creadores como El. Esta es la razón de ser de la oración, la meditación, la contemplación y de todos los ejercicios espirituales. Pero no sé si eso está muy claro para vosotros, así que profundizaré un poco más en esta cuestión.

Tengo desde hace mucho tiempo el deseo de combatir la filosofía materialista y anularla. Diréis: «¡Qué ambición, qué orgullo! Nadie lo ha conseguido hasta el momento». Pues yo tengo algunos argumentos bastante simples, gracias a los cuales espero conseguirlo. Tomo dos vasos en los que vierto dos perfumes distintos. Los dos vasos están separados, son dos objetos diferentes. Desde un punto de vista materialista no existe ninguna comunicación entre ellos y es cierto: en cuanto se refiere a la forma exterior, a su contenido, es exacto, los vasos siguen separados. Pero eso ya no es cierto si consideramos el contenido, puesto que se desprenden de cada

perfume partículas sutiles que suben y se propagan en el aire, fusionándose. Una ciencia que se ocupa sólo de fenómenos visibles, tangibles y medibles e ignora lo que sucede en los niveles más sutiles de las quintaesencias y de las emanaciones invisibles, deja escapar la mitad de la verdad y por lo tanto no es verídica.

Consideremos el sol. Está lejos, a millones de kilómetros de distancia, y sin embargo lo sentimos aquí, nos llega, nos calienta y nos cura. ¿Cómo entonces nos alcanza, a pesar de estar tan lejano? Se debe a que de él sale una quintaesencia que forma parte de él, sus rayos, gracias a los cuales establece contacto con nosotros, abrazándonos, acariciándonos, penetrándonos, con lo cual nos fusionamos con él. Puesto que la luz y el calor del sol no son otra cosa que el propio sol, podemos decir que el sol y la tierra se tocan, que los planetas se tocan. Fijaos en nuestro planeta : está la tierra ; encima de la tierra, el agua ; encima del agua, el aire ; y encima del aire, el éter. A este nivel podemos afirmar que los planetas se tocan. No se fusionan en su aspecto sólido, sino en su aspecto sutil, en su alma. Por ello la astrología siempre ha creído en la influencia de los planetas y las constelaciones.

Estudiemos ahora esos pequeños planetas

que son los hombres y las mujeres. ¿Qué ocurre entre ellos? Aquí hay un joven y allá una muchacha: se miran, se sonríen... Si consideramos las cosas desde un punto de vista materialista, diremos: «He aquí dos cuerpos definitivamente distintos, separados, que no se tocan; por lo tanto no existe entre ellos ninguna comunicación». Pero si consideramos la cuestión desde un punto de vista espiritual, nos pronunciaremos de manera diferente, puesto que si las almas de estos jóvenes se comunican, están realmente fusionadas entre sí mediante fluidos y emanaciones, al igual que se fusionarían los rayos de dos soles en el espacio.

Estas pocas palabras os ayudarán a comprender que gracias a sus cuerpos sutiles, el hombre tiene la posibilidad de alcanzar el Alma universal y unirse a ella. Esa es la razón de ser del rezo. La oración no es más que un intercambio con el Creador, un acto por el cual nos elevamos por encima de nosotros mismos para encontrar los elementos que nos ayudarán a crear obras perfectas, obras divinas. Y he aquí otro punto esencial de la moral cósmica: si un creador quiere producir una obra maestra, inolvidable, no deberá limitarse únicamente al nivel de los cinco sentidos, como hacen muchos artistas hoy en día, en que la moda, artísticamente, consiste en fijarse en las realidades más prosaicas. La mayo-

ría de los artistas ya no saben cómo elevarse para contemplar la belleza sublime y proponen al público simplezas o monstruosidades, «chupuzas», porque han olvidado el secreto de la verdadera creación.

Si deseáis ser verdaderos creadores, uníos a la Divinidad para recibir algunas partículas de ella y comunicarlas después a vuestra creación, y así será como vuestro hijo: vuestra obra os sobrepasará por su belleza e inteligencia. Ahí tenéis, queridos hermanos y hermanas, nuevos horizontes: saber intercambiar con todo aquello que es superior, saber que la oración, la meditación, la contemplación son medios de creación. Esas posibilidades son tan amplias, que una existencia no sería suficiente para explorarlas todas.

Nada es tan importante para el hombre como restablecer el lazo con el Creador. ¿No habéis observado que el nacimiento de los niños se basa en esta misma ley: la madre que debe unirse al padre, fusionarse con él? Toda creación necesita la unión de un padre y una madre. Pero si en la concepción no interviene el aspecto sutil que es el alma, la imaginación para captar los elementos superiores, entonces la creación fracasará, y si no fracasa, de cualquier forma no se producirá mejora alguna. Ahora bien, la creación no es inmovilización, una simple reproducción, una copia, sino un paso adelante, una evo-

lución. Gracias a ese instinto de crear, cada ser evoluciona, todo el cosmos evoluciona. Puesto que, excepto Dios, todo debe evolucionar.

IV

JUSTICIA HUMANA Y JUSTICIA DIVINA

I

Desde hace milenios los humanos comprendieron que la existencia en común estaba basada en la ley del intercambio. La experiencia enseñó que la vida sólo es posible con la condición de tomar y dar, de dar y tomar en todos los planos, físico, psíquico y espiritual. A esta ley del intercambio la llamaron justicia: tomáis algo y debéis dar su equivalente a cambio. Si conseguís equilibrar las dos partes, os manifestáis como un hombre justo.

Pero los hombres no se preocupan de dar o devolver exactamente lo que deben, sino de tomar mucho y dar muy poco. No saben que una tras otra sus deudas se inscriben en un registro donde todo se contabiliza, y que tarde o temprano deberán pagarlas mediante sufrimientos. Han comido, bebido, robado y abusado del amor de algunos seres que han seducido y engañado. Y al huir se imaginan que no les descubrirán. Se equivocan. Aunque cambien de nombre,

de dirección, de país, en lo alto, los señores del karma poseen sus huellas y pueden seguir su rastro; a menudo durante esta encarnación, después de muchos años, se presentan y reclaman el pago. Muchos sufrimientos no son más que el pago de injusticias cometidas anteriormente por el hombre.

Debemos entender la justicia como una liberación: solamente cuando hemos devuelto o pagado lo que hemos tomado, podemos ser libres. Por ello ahora quisiera que comprendierais la justicia en vuestras relaciones con la familia, la sociedad, la naturaleza y todo el cosmos.

El hombre recibe de sus padres el cuerpo, la vida (aunque no sean ellos quienes la crean sino que simplemente la transmiten), recibe ropas, alimento, cobijo, educación... Esto produce una deuda acumulada que deberá pagarse. Muchos hijos se niegan a reconocerla, criticando a sus padres, oponiéndose a ellos, e incluso llegando a detestarles. Es injusto. Los padres les han querido, han sufrido por ellos, les han alimentado, vestido, protegido, les han cuidado cuando estaban enfermos, se han ocupado de su educación. Por lo tanto el hombre tiene una deuda hacia sus padres. Además, el hombre tiene también una deuda con la sociedad o lo nación a la cual pertenece, porque ésta le ha dado toda una herencia

de cultura y civilización, a través de escuelas, museos, bibliotecas, laboratorios, teatros... Pone también a su disposición trenes, barcos, aviones, médicos para curarle, profesores y catedráticos para enseñarle, ejército y policías para protegerle...

También debe algo a la raza porque le ha dado el color de su piel, una estructura física y psíquica, una mentalidad. Y eso no es todo, porque también ha contraído deudas con la tierra que le ha alimentado con sus frutos, con el sistema solar entero (porque gracias al sol y a los planetas estamos incesantemente vitalizados, reconfortados), con el universo y finalmente con el Señor.

¿Cuántas personas comprenderán que han estado tomando, tomando, y que ahora tienen enormes deudas... Según ellos no deben nada; no deben nada y además tienen el derecho de criticar y destrozarlo todo. ¡Qué mentalidad! No saben que si persisten por ese camino desaparecerán, puesto que la naturaleza no tolera los que no respetan sus leyes; para ella son seres peligrosos y los elimina de una manera u otra.

El discípulo que ha entendido esta ley quiere ante todo a sus padres, les hace el bien, devolviéndoles así lo que les debe. Devuelve también algo a la sociedad, a la nación, a la humanidad entera, al sistema solar, a todo el cosmos y finalmente a Dios. Ofrece su trabajo, sus pensamien-

tos, sus sentimientos, su reconocimiento... mediante su actividad envía continuamente algo al universo entero. De esta manera paga sus deudas y la naturaleza le reconoce como un ser inteligente. A todos los que no actúan de ese modo se les considera unos ladrones, seres deshonestos e injustos, por lo que se les envían diversos castigos para encauzarles y volverles juiciosos.

Ser justo es en principio comprender que existen leyes y que por todo lo que tomamos de la naturaleza, el alimento, el aire, el agua, el calor, los rayos del sol, contraemos una deuda con ella, y al no poder pagar esta deuda con dinero, debemos saldarla con nuestro amor, nuestro reconocimiento, nuestro respeto y nuestra voluntad de estudiar todo lo que ha escrito en su gran libro. Pagamos también haciendo el bien a todas las criaturas, dándoles nuestro calor, nuestra luz. Supongamos ahora que tenéis un Maestro: os ha dado el tesoro de la revelación... ¿qué le debéis exactamente? ¿Iréis a su encuentro para iluminarle, enseñarle, consolarle, como él hizo con vosotros? Naturalmente que no, porque no lo necesita. No es a él a quien debéis dar todo eso, sino a los demás. Si hacéis a vuestros hermanos todo el bien que él os ha hecho, estará contento y se considerará pagado.

No estamos obligados a devolver el aire que hemos respirado bajo forma de aire, ni el agua

bajo forma de agua. ¿Cómo podríamos nosotros fabricar aire, agua, calor y luz del sol?... Hemos recibido nuestro cuerpo de la tierra y a ella lo devolveremos algún día; no puede ser de otra forma. Pero mientras estemos vivos, cuidamos nuestro cuerpo, no se nos pide que lo demos. Lo que sí podemos dar son nuestras emanaciones luminosas, puesto que el hombre fue creado en los talleres del Señor para irradiar, para brillar, para enviar sus rayos a todo el universo. Recibió una quintaesencia de luz que puede ampliar, vitalizar y enviar al espacio continuamente, a condición de haberse ejercitado, de lo contrario no emitirá más que tinieblas. ¡Ved que os traigo nuevas ideas! En el plano físico estamos limitados, pero en el plano espiritual nuestras posibilidades son infinitas y podemos devolver centuplicado todo lo que se nos da.

Diréis que nunca os ha sido presentada la justicia bajo esta forma. Ya lo sé, ¡la justicia humana es tan limitada! Unas cuantas historias de robos, de asesinatos, de divorcios ante los tribunales... La justicia divina es otra cosa; es la verdadera justicia, y debéis comprender su naturaleza. Cuando sentís que alguien os odia, debe haber una razón, buscadla. Quizás tengáis alguna deuda con él... ¿Por qué no librarse de ese odio haciéndole el bien, en el plano físico o en el espiritual? Si queréis acelerar vuestra liberación,

elegid la justicia superior: la bondad, el amor, la generosidad y el sacrificio. Gracias a ella, una deuda que ni años ni siglos podrían saldar, es anulada rápidamente, a veces inmediatamente. Por eso algunos seres han aceptado las persecuciones, la muerte, el martirio, a fin de poder liberarse y pagar las deudas de varias encarnaciones. Los que están verdaderamente iluminados eligen la vía más rápida porque tienen prisa y no desean quedarse más tiempo atrapados, encadenados en las regiones inferiores. Desean la libertad y aceptan los sufrimientos.

Por supuesto, estos seres no son muy numerosos, ya que la mayoría prefiere salvarse intentando escapar al pago de sus deudas mediante tretas. Pero la ley kármica va siempre a su encuentro y les dice: «Vamos, ahora hay que pagar». Muchos, al escucharme, se tapan los oídos, pero un día, bajo el peso de sus deudas, comprenderán la verdad de mis palabras y se decidirán a sumar sus deudas para saber cuánto, a quién y de qué modo las pagarán. Si no las pagan al padre, tendrán que hacerlo a sus herederos.

La tarea del discípulo consiste, pues, en preocuparse en lo sucesivo de pagar sus deudas, e incluso en dar más de la cuenta a fin de librarse con más rapidez. Entonces, ahí tenéis otro trabajo: durante algunos días revisad vuestra

vida, preocupaos de cómo habéis actuado, pensad lo que habéis tomado sin dar nada a cambio y a quién, e id a buscar a esas personas, excusaos, y dadles lo que les debéis, o por lo menos decidles: «Fui un inconsciente, perdona mis errores y toma esto para que así estemos en paz el uno con el otro.»

Y suponiendo que no podáis encontrar esas personas porque ya no están en la tierra, os acercaréis a Dios con vuestro pensamiento y diréis: «Señor, hoy comprendo por primera vez cuán injusto he sido hacia los demás. Les he engañado, he abusado de ellos... Y ahora es demasiado tarde para reparar todo el mal que les hice, y sin embargo quiero evolucionar, quiero avanzar. Entonces, Señor, hagamos un trato (trato, comercio, justicia son un poco la misma cosa). Toma mi vida, la consagro a tu servicio; es el tesoro más grande que tengo, dispón de ella para que pague así mis deudas. Tú sabes mejor que yo a quién y cuánto debo; yo me pongo a tu servicio por toda la eternidad». Esta es la mejor forma de arreglar las cosas.

Y cuando el Señor vea que habéis llegado a un grado de conciencia tal que deseáis consagrarle vuestra vida eternamente (y subrayad bien: «Para la eternidad, Señor, no solamente para esta encarnación»), se asombrará. El Señor se asombrará al ver la luz que sale de vosotros,

puesto que sabe muy bien que para llegar a sentir y decir algo así hay que poseer una gran luz, y quedará fascinado por ello. Entonces, ante tanta generosidad, mostrará una generosidad aún más grande que la vuestra, y anulará la mayoría de vuestras deudas. «Ya está, dirá, no se hable más, todo está pagado, liquidado. Ahora, ¡ve y trabaja!»

Durante años, cuando era joven, supliqué al Cielo diciendo: «¿Qué puedo hacer?» Soy débil, tonto, vulgar, soy un cero a la izquierda... ¿queréis realmente que siga así, sin seros de ninguna utilidad? Os lo advierto, llegaréis incluso a desesperaros por mí. Entonces, daos prisa, tomadlo todo, matadme si queréis, pero entrad en mí. Ya no puedo vivir más tal como soy. Enviadme ángeles, enviadme todas las criaturas inteligentes, puras y nobles. Sois vos quien os beneficiaréis, de lo contrario no haré más que tonterías y será por vuestra culpa, porque no escuchasteis mi oración». Ya lo veis, llegué a amenazarles; entonces los de arriba se rascaron la cabeza y dijeron: «¡Oh! este es capaz de cualquier cosa». Se reunieron en consejo y vieron que si me dejaban tal como era, ciertamente sería capaz de hacer mucho daño. Por eso decidieron concederme lo que pedía. Y ahora me parece que de vez en cuando hago cosas que no son del todo censurables...

Y vosotros, ¿por qué no rezáis de la misma manera? ¿A qué esperáis? Vamos, ¡pedidlo vosotros también! Pero naturalmente, tenéis miedo de consagrar vuestra vida a Dios, queréis conservarla. Cuántas veces he oído decir a la gente: «Quiero vivir mi vida». Sí, pero, ¿qué vida? ¿Una vida estúpida o una vida divina? Todos quieren vivir su vida, es decir, una vida sin sentido.

De ahora en adelante hay que dirigirse hacia otra meta, hay que decir: «Señor, empiezo a darme cuenta que sin Ti, sin Tu luz, sin Tu inteligencia, no soy nada. Y ahora estoy avergonzado, hastiado de mí, por eso estoy preparado para servirte, para hacer cualquier cosa por tus hijos, por el mundo entero». Hay que repetir esto día y noche. Aunque el Señor se tape los oídos porque esté harto de oídos, ¡continúa! Se celebrará un consejo allí donde moran los Veinticuatro Ancianos, un consejo que conozco, así como a su guía, un ser formidable, sublimè... y al verse tan importunados por vuestras oraciones, dictarán un decreto respecto a vosotros, diciendo: «Muy bien, a partir de tal día y tal hora, habrá un cambio en su vida», y este decreto se proclamará por todas las regiones del espacio. Los ángeles y todos sus servidores empezarán a aplicarlo instantáneamente, y podréis comprobar que algo ha cambiado verdaderamente en vuestro destino.

II

La mayoría de la gente no tiene ningún control sobre sus impulsos. Si están decepcionados por alguien, harán lo indecible para desprestigiarle ante los demás, creándole una situación insostenible. El que esta persona pueda caer enferma, e incluso suicidarse, no les preocupa; no piensan que el Cielo puede considerarles responsables y que están preparándose un karma terrible.

El hecho de que alguien os haya engañado o decepcionado, no os autoriza a contarlo a los cuatro vientos. Diréis: «Pero, ¡si es para restablecer la justicia!» No, esta concepción de la justicia es el origen de todas las desgracias. En nombre de la justicia el primero que llega cree que puede castigar a unos y aleccionar a otros. Dejad la justicia tranquila. «Y entonces, ¿qué hay que hacer?» Recurrid a un principio que está más allá de la justicia, un principio de amor, de bondad y de generosidad.

Hace dos mil años que Jesús nos trajo la nueva enseñanza del amor, y sin embargo los cristianos siguen empleando la ley de Moisés: «Ojo por ojo, diente por diente». Todavía no han comprendido que para ser verdaderamente grandes y libres, debemos dejar de aplicar esta ley de justicia. ¿Triunfáis realmente cuando veis a vuestro enemigo totalmente aniquilado? Puede que no estéis tan orgullosos de vuestra hazaña y empecéis a arrepentiros de lo que habéis hecho cuando sea demasiado tarde. Por otra parte, os estáis preparando muy malas condiciones para esta encarnación o la próxima.

Hay que tomar una nueva actitud. Habéis hecho el bien a alguien, le habéis dado, por ejemplo, dinero, y un día decidís que esa persona no merecía vuestra ayuda: entonces contáis al mundo entero todo lo que hicisteis por él, mostrando que no ha estado a la altura de vuestra bondad. ¿Por qué contar todo eso? Si habéis hecho el bien y lo contáis a todo el mundo, lo destruíis. Arriba estaba escrito que seríais recompensados, pero al actuar de ese modo, deshacéis vuestra buena acción.

A pesar de que alguien os haya engañado, os haya abandonado, a pesar de todos los pesares, da igual, no habléis de ello. Al contrario, debéis mostrar a esa persona que valéis más que ella; un día se avergonzará y no solamente hará lo

posible para reparar todo el mal que os hizo, sino que os tomará por modelo. ¿Cuándo decidiréis mostraros grandes y nobles? Debemos cerrar un poco los ojos y perdonar; así es como creceréis y seréis formidables. De esta manera todo lo que hayáis perdido os será devuelto más tarde centuplicado, pero si tratáis de vengaros, creáis tanta negatividad que un día seréis vosotros mismos aplastados por ella. Y en ese momento comprenderéis lo estúpido de vuestra conducta. Entonces no tratéis de vengaros por cualquier cosa que os hagan, sea lo que sea; esperad a que el Cielo se pronuncie a vuestro favor, lo que ocurrirá tarde o temprano si habéis actuado correctamente.

En lo sucesivo comprenderéis cuán benéfico es recibir la luz de la Iniciación. Si vejamos u ofendemos a un hombre corriente, inmediatamente nos replicará para darnos una «lección», y todo el mundo encontrará que es muy normal, que es justo. Sí, quizás sea justo según la concepción que la masa tiene de la justicia, pero ya os dije que lo que es justo a los ojos de la gente común es estúpido a los ojos de los Iniciados. Y os diré lo que ocurrirá: en el momento en que este hombre dé rienda suelta a sus deseos de venganza, entrará en un círculo infernal del que ya no podrá salirse. Se ha deshecho de un enemigo, de acuerdo... pero habrá siempre otros que apa-

recerán, y tendrá de nuevo que esforzarse para eliminarlos, es decir, que está alimentando en él sentimientos y actitudes que no hacen más que reforzar su naturaleza inferior. Y al final, ¿qué habrá ganado? Nada, puesto que todos los enemigos que ha aniquilado no habrán desaparecido completamente, y al reencarnarse dispondrán de todas las posibilidades de desquitarse. He aquí cómo aquel que pensaba deshacerse de sus adversarios, en realidad se está preparando otros muchos para su futuro, y será él quien acabará sucumbiendo.

Ese viejo método de la venganza no aporta ninguna solución; al contrario, complica las cosas, las entorpece, aumenta las deudas kármicas y conduce finalmente a la derrota, y ésta, tarde o temprano, lleva al hombre a su desaparición. Si es así, no podremos decir que haya actuado precisamente con una gran inteligencia.

Consideremos ahora a un verdadero Iniciao. El también ha sido fatalmente ultrajado, manchado, pisoteado, abandonado y humillado por seres que estaban interesados en eliminarle. Pero al conocer las leyes, aplica otros métodos. En vez de vengarse directamente de sus adversarios, les deja tranquilos, libres, en paz: ¡que progresen como quieran! Sabe de antemano cuál será su fin, y esperando, se prepara. ¿A qué? ¿A masacrarles? No, os dije que él no

quiere cargarse con deudas, él quiere ser libre y poderoso. Y el poder no consiste en coger la escopeta o el revólver para matar al enemigo; eso no es poder sino debilidad... y además ignorancia.

Así pues, el Iniciado se prepara. Dice: ¿Creéis haberme anulado? Esperad un poco y veréis. Y empieze un trabajo gigantesco en sí mismo, reza, medita, aprende y practica hasta el día en que al fin posee la verdadera sabiduría, los verdaderos poderes. Y si en ese momento sus enemigos le encuentran, se quedan estupefactos. Ocurre algo indecible en su cabeza, en su corazón, en su alma... Ante la luz de este Iniciado, que en vez de vengarse ha trabajado sobre sí mismo, se sienten feos y apagados porque ven que han desperdiciado su existencia, y deciden cambiar. Esta es la verdadera victoria, el verdadero triunfo para un Iniciado; sin atacar a sus enemigos, simplemente dejándoles tranquilos, ha salido victorioso.

En Bulgaria decimos: «No empujéis al borracho, ya se caerá él solo». Y es verdad, aquel que se haya emborrachado de orgullo, de suficiencia, de grandeza, caerá solo sin que le empujéis. Es más, si le empujáis, la ley os hará responsables de su caída, pero si le dejáis tranquilo, caerá fatalmente sin vuestra intervención. Y durante ese tiempo os habréis ocupado única-

mente de mejoraros, os habréis ocupado de todo lo que es puro, luminoso y divino. ¿No es acaso la mejor solución? Sí, naturalmente hay que tener mucha paciencia, bondad, amor y luz para poder practicar este método, pero no conozco otro más eficaz. Sin maldad ni venganza colocáis carbones encendidos sobre la cabeza de vuestros enemigos, y al reconocerlos se arrepentirán y vendrán a reparar el mal que os hicieron.

Porque hay una ley en la naturaleza: un día – si no es en esta encarnación, será en la próxima – todos los que os hicieron mal se verán obligados a buscaros para reparar sus faltas. Puede que sintiendo intuitivamente que son antiguos enemigos queráis apartarlos, sin embargo, os seguirán pidiendo que aceptéis sus servicios. La ley es así, no será la primera vez que ocurra. A todos los que os hicieron algún mal y no les respondisteis con el mal, la ley les obliga (quieran o no, su opinión no importa), a repararlo.

El Iniciado es capaz de vengarse, sí, pero solamente mediante la luz y el amor. Y vosotros también podéis vengaros; es natural el vengarse, ¿por qué no? Pero hay dos maneras de hacerlo: anulando completamente a vuestro adversario y destrozándole, o bien, dejándole intacto, provocando en su alma, en su corazón, un cambio beneficioso para vosotros mismos y para él. Esta segunda actitud es doblemente ventajosa.

Así pues aconsejo a los hermanos y hermanas de la Fraternidad que hagan todo lo posible por resolver sus problemas sin crearse nuevos karmas. ¿Por qué los miembros de una familia deben apelar a los tribunales por cuestiones monetarias? ¿No pueden estar por encima de todo eso?... ¿Por qué los humanos deben siempre aferrarse a sus intereses, a sus posesiones? ¡Que hagan un gesto, Dios mío, y serán libres! En un principio, claro, no pueden sentirse tan felices al hacer este gesto, sufren y se sienten oprimidos. Pero si lo consiguen, descubrirán nuevas regiones, nuevas luces y no habrá nadie que se sienta más feliz y orgulloso que ellos, porque habrán realizado algo muy difícil: vencer su naturaleza inferior, su personalidad.

Es la personalidad la que aconseja sin cesar al hombre tirar la manta hacia sí, calumniar, vengarse e incluso recurrir a los tribunales para comprometer a los demás. Y después, ¡creemos haber comprendido la Enseñanza! Pues no, no habéis comprendido nada. Escucháis las conferencias, leéis libros, os maravilláis, y sin embargo, continuáis actuando según los antiguos hábitos; eso, lo veo. Ante tal luz, ante tales verdades y tales revelaciones, continuar actuando como todo el mundo, ¡es lamentable!

Si contáis con la bondad, la inteligencia y el amor divinos para ayudaros a resolver vuestros

problemas, el Cielo no os abandonará porque habréis hecho algo que os une a El. He aquí un punto que muchos de vosotros aún no habéis comprendido; no tenéis suficiente fe y confianza en el poder del mundo invisible, el cual puede ayudaros y facilitaros la existencia, simplemente trabajando en lo que os pida. Preferís seguir confiando en las deshonestas artimañas que vuestra personalidad os ofrece, y precisamente por ello no conseguís encontrar soluciones, porque tarde o temprano el mundo invisible os enfrenta ante nuevos obstáculos. Mientras que a los Iniciados, que respetan las leyes y cuentan con el Cielo, no se les abandona jamás. Aunque el mundo entero les abandone, se les ayuda, se les anima y acaban por triunfar.

III

¿Queréis vengaros de alguien que os hizo algún mal? Muy bien, admitámoslo, pero, ¿podéis saber absolutamente qué castigo merece? Diréis: «Sí, me dió un puñetazo y voy a devolvérselo». De acuerdo, pero reflexionad un poco. ¿Podréis devolverle exactamente el mal que habéis recibido? No, ¿verdad? Entonces no os preocupéis por eso, dejadlo para los que saben dar a cada cual lo que se merece. De lo contrario en vuestra ignorancia cometeréis errores que deberéis reparar un día, es decir, que en el futuro encontraréis de nuevo en vuestro camino al enemigo que volverá a causaros problemas.

La idea de la imposibilidad de devolver exactamente lo mismo fue ilustrada de una manera muy original por Shakespeare en «El Mercader de Venecia». El usurero Shylock prestó la cantidad de tres mil ducados al mercader Antonio precisando en el contrato que si en la fecha fijada no pudiese devolverle dicha cantidad, él, Shy-

lock, estaría autorizado a tomar del cuerpo de Antonio una libra de su carne. En el día convenido, Antonio, que había perdido todos sus bienes en el naufragio de unos buques, no pudo devolver la cantidad a Shylock, quien reclamó a los tribunales la libra de carne. Ningún ruego pudo apiadar a Shylock y el tribunal se vio obligado a exigir la ejecución. En última instancia un juez (que en realidad era una mujer disfrazada), intervino pidiendo una balanza e instó a Antonio a que descubriese su pecho y a Shylock a que retirase la libra de carne que le pertenecía del pecho del deudor, precisando que debía hacerlo sin verter una sola gota de sangre, puesto que el contrato mencionaba exclusivamente la carne, de lo contrario su fortuna sería confiscada. Por supuesto Shylock, asustado, quiso retirar la demanda y entonces el juez insistió, agregando esta vez: «Si disminuyes o aumentas el peso convenido aunque solamente sea en el valor de un cabello, morirás, y todos tus bienes serán confiscados». Shylock evidentemente se asustó aún más... Y finalmente todo se arregló gracias a la sabiduría de esa joven que sabía cuán imperfecta era la justicia humana.

Admitiendo incluso que se consiguieran distribuir exactamente las cosas, se precisaría, para ser absolutamente justos, que las condiciones fuesen también las mismas. Poner una multa de

mil pesetas a un hombre que no tiene otro dinero para vivir, ¿acaso implica el mismo castigo que ponérsela a un millonario? No. Por consiguiente, ya veis que es casi imposible hacer justicia. Por eso, cuando creáis que una persona que os ha abandonado merece un castigo, recurrid al mundo invisible y decidle : «Aquella persona me ha hecho tal y tal cosa, debido a ello he encontrado grandes dificultades en tal situación o tal circunstancia, y pido vuestra intervención para que este mal sea reparado». De ese modo, al igual que hacemos en la vida cotidiana ante los tribunales, presentáis vuestra queja, y el Cielo verá cómo arreglarlo. Pero vosotros, en cualquier caso, no hagáis nada.

Porque también hay algo que olvidáis a menudo : la razón por la cual se producen ciertos acontecimientos desagradables en vuestra vida. Quizás la persona de quien os quejáis ha sido precisamente empujada por el mundo invisible para daros lecciones, para haceros comprender algunas verdades o incluso obligaros a mejorar... Entonces, ¿por qué no utilizar estas circunstancias para hacer un gran trabajo sobre vosotros mismos en vez de rumiar ideas de venganza, de sublevaros contra el Cielo porque todavía no ha exterminado a vuestro enemigo... para terminar vengándoos sobre otros inocentes, como suele ocurrir a menudo en la vida ?

Por lo tanto, aunque alguien se comporte mal con vosotros, debéis aprender a comportaros correctamente. No es a vosotros a quien corresponde impartir el castigo; existen leyes en el universo que se encargarán de ello. No debéis vivir con preocupaciones negativas, porque actuarán desfavorablemente sobre vuestro estado psíquico e incluso vuestro rostro reflejará un día todos esos malos sentimientos que habéis alimentado. Diréis que defendéis vuestro propio derecho... Es posible, pero trabajáis en contra de vosotros mismos y no encontraréis nunca el buen camino.

V

LA LEY DE ANALOGÍA

I

El organismo humano representa un microcosmos construido exactamente a imagen del universo, el macrocosmos. Lo cual significa que entre el hombre y el universo existen analogías. Toda la ciencia esotérica está basada en la ley de analogía. El hombre es infinitamente pequeño y el cosmos infinitamente grande, pero entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande hay analogías: cada órgano de nuestro cuerpo es afin con alguna región del cosmos. Evidentemente no debemos imaginar que el cosmos posee órganos como los nuestros, pero en esencia nuestros órganos y los «órganos» del cosmos tienen algo idéntico, y por la ley de afinidad, podemos tocar en el espacio las fuerzas, los centros y los mundos que corresponden a ciertos elementos que hay en nosotros. Así el conocimiento de esas correlaciones nos presenta perspectivas sorprendentes.

Entre el hombre y el universo, entre el microcosmos y el macrocosmos, existe una

correspondencia absoluta, pero por su manera de vivir el hombre ha destruido esta relación ideal, perfecta, con el macrocosmos, con Dios. Ahora toda la cuestión radica en poder restablecerla. Y puede hacerlo, porque al salir de los talleres del Creador, recibió todo lo necesario para desarrollarse y volver a encontrar el camino hacia su patria celeste en el caso de perderse.

Cuando un niño viene al mundo, no le falta nada; aunque tenga el corazón ligeramente a la derecha o el estómago un poco más pequeño o los riñones le funcionen mal, tiene al fin y al cabo un corazón, un estómago, riñones, pulmones: no le falta nada. Del mismo modo, cada espíritu que baja a encarnarse en la tierra, posee órganos e instrumentos correspondientes a todas las virtudes y cualidades que hay arriba, en el Cielo, y por eso todo es posible para él; progresivamente, si conoce y respeta las leyes, puede alcanzar los más grandes logros.

¿Cuáles son estas leyes? Suponed que tengáis dos diapasones absolutamente idénticos: si hacéis vibrar uno, observaréis que el otro también vibra sin que ni siquiera lo hayáis tocado. Decimos que hay resonancia. Todo el mundo conoce este fenómeno, pero no intentamos profundizar ni comprendemos que lo mismo ocurre exactamente entre el ser y el cosmos. Si el hombre consigue afinar su estado físico y psíquico

con las vibraciones del universo, podrá alcanzar los poderes celestes e intercambiar energías con ellos, recibiendo así ayuda y consuelo; es una manera de comunicarse. Habláis y os escuchan; e incluso podéis atraer ciertas fuerzas hacia vosotros y beneficiaros. Entabláis intercambios con todas las regiones del universo que deseáis, sabiendo que precisamente a través de ese intercambio Dios ha dispuesto las más grandes posibilidades de perfeccionamiento para el hombre.

Preguntaréis: «Pero, ¿cómo afinarse? ¡Hay tantos detalles a tener en cuenta!» No os preocupéis, eso llega por sí solo. Si cultiváis el amor, la abnegación, la indulgencia y la generosidad, todo vuestro ser empezará por sí mismo a afinarse, porque trabajáis con fuerzas que automáticamente lo armonizan todo en vosotros. Cuando un hombre ha destrozado su sistema nervioso, ¿lo a hecho conscientemente, con lucidez, científicamente? ¿Sabía exactamente dónde y cómo iba a ocurrir? No, pero introduciendo en sí mismo pensamientos y sentimientos extraños, terminó por destrozarse. Para llegar a la locura no es necesario conocer la situación exacta de todos los centros nerviosos. Entonces, de la misma manera, para conseguir afinar vuestro organismo, debéis trabajar con pensamientos y sentimientos superiores que harán vibrar armoniosamente todos vuestros centros espirituales.

Algunos que hicieron todo lo posible e inimaginable para que nada funcione correctamente en ellos, se quejan de que la vida no tiene sentido y de que Dios no existe; y sin embargo, no porque ellos sean unos estúpidos, enfermos e infelices dejarán de existir en el mundo seres inteligentes, sanos y felices. Su razonamiento es defectuoso; que mejoren pues su razonamiento, y todo se arreglará para ellos. Supongamos que estéis angustiados, tristes, que nada os vaya bien. ¿Qué hacer? Pues en vez de quedaros ahí llorando o sin saber qué hacer, ¿por qué no os acercáis a los seres que puedan ayudaros? Diréis: «¿Dónde están? ¿Dónde encontrarlos?» Pues están aquí, cerca de vosotros; podéis acercaros a ellos y alcanzarlos mediante el pensamiento, gracias a la ley acústica de resonancia, que yo llamo a menudo la ley de simpatía o afinidad. Desde el momento en que conozcáis esta ley, os veréis obligados a superaros para hacer vibrar las cuerdas más sensibles, más sutiles de vuestro ser, sabiendo que hay fuerzas, entidades y regiones que os responderán.

¡Cuántas veces he hecho hincapié en esta ley acústica de resonancia! Decís: «¡te quiero!...» Estáis solo, y sin embargo, oís una multitud de voces que os contestan: «Te quiero... te quiero... te quiero...» Y si decís: «¡te odio!...» el eco lo repetirá también. (Ya que es una realidad

en el plano físico, ¿por qué no iba a serlo en el plano del pensamiento?)

Tomad una pelota y lanzadla contra un muro : si no os apartáis, volverá hacia vosotros. Es una ley análoga a la del eco : la ley de acción y reacción, tan conocida en el plano físico como desconocida en el psíquico, donde también existe. Tanto si hacéis el bien como el mal, éste volverá inevitablemente un día a vosotros. Cada sentimiento que tenéis es de una naturaleza determinada, y despierta en el espacio fuerzas de la misma naturaleza que se dirigen hacia vosotros en virtud de la ley de afinidad. Gracias a esta ley podemos tomar de las arcas del universo todos los elementos que deseamos con la condición de proyectar pensamientos y sentimientos de la misma naturaleza. Vuestros pensamientos y sentimientos determinan verdaderamente la naturaleza de los elementos y fuerzas que aparecen muy lejos, en algún lugar del espacio, y tarde o temprano, vuelven hasta vosotros.

Esta ley de afinidad es para mí la gran clave, el mayor arcano, la varita mágica. Sobre ella he basado mi vida. Conociendo esta ley, trabajo en un sentido determinado pensando en todo lo mejor y en lo más hermoso que existe, y aguardo los resultados. Muchas cosas ya han ocurrido y otras sucederán más tarde. Trabajo solamente con esta ley, porque abarca las demás. Gracias a

ella puedo explicároslo todo : la estructura de las humanos, su inteligencia y su estupidez, su bondad y su maldad, sus dichas y sus desdichas, su riqueza y su miseria, todo.

Observad lo que ocurre en el mar con los peces. El mar contiene una infinidad de elementos químicos, y resulta que un determinado pez que atrae unas determinadas partículas, se construye un cuerpo magnífico, coloreado, fosforescente, mientras que otro atrae otras partículas que le proporcionan un cuerpo apagado y feo. Evidentemente los peces no lo saben, pero cada uno atrae los elementos del mar correspondientes a su naturaleza. Y esto es lo que ocurre con nosotros. Somos peces sumergidos en el océano etérico, y como este océano contiene todos los elementos difundidos por el Creador, nos convertimos en uno u otro según los elementos que hayamos atraído para formar nuestro cuerpo. De esta manera todo se explica. Tomemos, por ejemplo, a alguien que sea feo, desdichado, enfermizo : todo eso no le viene de esta encarnación, sino de encarnaciones anteriores en las que no estaba instruido ni iluminado, y en las que, con su ignorancia, atrajo elementos malsanos de los cuales ahora no sabe cómo deshacerse.

Vosotros que conocéis esta ley de afinidad, que es la ley mágica más formidable, base de toda la creación, debéis empezar inmediatamen-

te a trabajar para atraer partículas de una naturaleza tan luminosa, que todo empiece a restablecerse en vosotros. Y cuando vuestro entorno vea que sois más simpático, más radiante, más inteligente e incluso más poderoso, todos empezarán a consideraros de otro modo y vuestro destino cambiará. Ya veis que en la vida todo está ligado. Mientras que si sois ignorantes, si no sabéis sobre qué leyes está basada la existencia, si continuamente estáis destruyendo todo lo que Dios os ha dado, evidentemente las fuerzas de la naturaleza no pueden ayudaros durante mucho tiempo: se ven obligadas a dejaros, y entonces os embarga la tristeza y la amargura.

Desgraciadamente muchos hombres y mujeres se encuentran en esta situación. ¡He conocido a tantos! No sabían ni siquiera cómo llegaron a ese estado, y verdaderamente no pude explicárselo puesto que todo era oscuro y caótico en su cabeza: no encontraban ningún sentido a su vida, ningún orden en el universo, nada. Habría sido necesario volver a empezar de nuevo, instruirles durante años... y sobre todo habría sido necesaria la voluntad de escuchar. Pero no la tenían, y no podía enseñarles en cinco minutos el encadenamiento de los hechos, dónde y cuándo empezaron a perderse y cómo poco a poco habían llegado a una situación tan deplorable. Desgraciadamente, la mayoría de la gente no

quiere reconocer este encadenamiento de causas y efectos; aunque lo demostremos mediante argumentos y pruebas casi tangibles, no lo ven.

Para mí la palabra «afinidad» es una de las más significativas, ¡es una palabra mágica! Porque esta ley de afinidad nos permite atraer del océano cósmico los mejores elementos, los más radiantes, los más sutiles para construir nuestro cuerpo glorioso, el cuerpo de la inmortalidad, el cuerpo de luz que está en cada uno de nosotros... En otras conferencias ya os hablé del cuerpo glorioso* y os dije cómo lo construimos, cómo lo formamos. Incluso se le menciona en los Evangelios, pero no encontramos información al respecto. Todos poseemos potencialmente un cuerpo glorioso, pero debemos formarlo suministrándole los materiales como hace la madre con el hijo que lleva dentro de sí.

¿Cómo forma la madre a su hijo?... Comiendo, respirando, bebiendo, pensando y viviendo le da materiales, y así el hijo se desarrolla progresivamente. Ella es quien le forma, y no puede hacer otra cosa; ella no puede crearle. Nosotros tampoco podemos crear al Cristo en nosotros: es necesario, en principio, que nuestra alma sea

* Ver «El cuerpo de la resurrección», tomo IX de las Obras completas.

fertilizada para concebir al Cristo, y después, al igual que la madre, podemos formarle con todo lo que emanamos de nosotros mismos.

Cuando alguna vez entramos en estados de conciencia muy elevados, cuando deseamos ayudar al mundo entero, trabajar para el Señor, hacer un sacrificio o hacer algo grande y noble, en ese momento las partículas que emanan de nosotros van a añadirse a nuestro cuerpo glorioso. Así es como podemos hacerlo crecer, solamente puede formarse con lo mejor de nosotros mismos. Y si lo alimentamos durante mucho tiempo con nuestra carne, nuestra sangre, nuestro fluido, nuestra vida, un día empieza a brillar, a irradiar y se hace muy fuerte, muy poderoso, invulnerable e inmortal, porque está formado por materiales que no se oxidan, que son eternos, y hace maravillas, primero en nosotros y después fuera de nosotros. Entonces, a través de ese cuerpo glorioso, del cuerpo de luz, el Cristo puede hacer milagros.

Antes de haber formado ese cuerpo en sí mismo, el hombre es oscuro, débil, vulnerable y enfermizo; sin embargo, cada uno lleva en sí el germen de Cristo que puede desarrollar. Y así es como volvemos a la ley de afinidad. El discípulo debe entonces superarse para atraer las partículas más puras, más luminosas del océano etérico, y soldarlas a su cuerpo glorioso. Puede obte-

nerlas desde hoy mismo, al principio en pequeña cantidad y luego cada vez más, día a día. Ciertamente eso es lo que hacemos cada mañana aquí acercándonos al sol : nos alejamos de la tierra y nos acercamos al Cielo, al sol, para tomar algunas partículas luminosas y añadir las a nuestro cuerpo glorioso... Esta es una parte del verdadero conocimiento.

Durante años he trabajado para llegar a comprender la estructura de este edificio que es el universo. Sí, durante años... Era lo único que me interesaba, y me desdoblé día y noche para tener una visión nítida de este armazón, de estas uniones que existen entre todos los elementos del universo. Sabía que todo lo demás no tenía importancia. Lo esencial es ver la estructura ; por eso mientras los humanos sigan contentándose con estudiar todo lo que está repartido y disperso en el plano físico, en el mundo de los hechos, no sacarán más que conclusiones erróneas. Solamente elevándose hasta el mundo de las leyes y aún más arriba, hasta el mundo de los principios para contemplar esta estructura, podrán tener la visión clara de conjunto que yo obtuve. Necesité años, pero hoy la tengo y por eso ahora puedo instruiros, iluminaros, aconsejaros ; porque siempre es a ese modelo de perfección al que me refiero.

Nadie, o casi nadie, reconoce el valor de esta filosofía. Pero no será siempre así. Existen fuerzas superiores a los hombres que les obligarán un día a apreciar esta Enseñanza en su justa medida. Tengo una confianza absoluta, por eso no me preocupo, vivo con la convicción de que tarde o temprano cada cosa volverá a su sitio.

De momento, en la tierra todo está invertido: lo valioso es rechazado y lo que no tiene ningún valor ocupa el lugar principal. Fijaos como al oro, a las joyas, a las casas y a los coches se les da un valor formidable. ¿Y a las ideas divinas?... ¡ninguno!, lo cual es todo lo contrario a lo que vi en ese edificio cósmico. Arriba, en el lugar de honor, hay una idea, una verdad. Esto es lo que se considera en lo alto, una idea; mientras que el resto viene después.

Los humanos han invertido todos los valores y por consiguiente todo está trastocado. Vemos los hombres más viciosos y más diabólicos rodeados de riquezas y suntuosidad, mientras que los que tienen las más grandes cualidades no poseen nada de lo que correspondería a esas cualidades. Pero al no ser codiciosos no hacen nada para apoderarse de las riquezas que no tienen, y apenas poseen nada en el plano físico; externamente nada corresponde al esplendor que hay en ellos. Pero eso no será eternamente así, ya que existe esta ley de analogía según la

cual toda la belleza interna deberá manifestarse externamente también, y a la fealdad interna corresponderá la fealdad externa. Es así como lo ha decidido la inteligencia de la naturaleza.

En un pasado lejano, cuando se respetaba el verdadero orden de cosas, todos los que eran pobres interiormente también lo eran exteriormente, y los que eran ricos interiormente lo eran también exteriormente. Como el Señor, que al poseer todas las cualidades y virtudes, posee también toda la riqueza del universo. Sólo aquí, entre los humanos, este orden no existe. Pero como la ley es absoluta (como es abajo es arriba), un día habrá un nuevo orden en el que cada uno encontrará su lugar: los que sean ricos en inteligencia, nobleza y bondad, poseerán todas las riquezas exteriores correspondientes, y los que no tengan esas cualidades, se encontrarán en la miseria. Evidentemente no serán los humanos quienes restablecerán este orden, puesto que no saben quién lo merece y quién no; será obra de la inteligencia cósmica, ya que la ley de analogía es una ley inamovible en el universo.

Hoy os doy una clave: si producís mediante vuestros pensamientos y sentimientos vibraciones y emanaciones elevadas que vayan a la búsqueda de sus elementos afines entre los millones

de elementos que se encuentran allá arriba, en el espacio, podréis volver a ser los dueños de vuestro destino.

II

La ley de analogía es una ley a la vez física, química, mágica y espiritual que podemos enunciar así : si el hombre se une a todo lo que es perfecto, perfecto por su inteligencia, poder, forma, color, perfume y belleza, se beneficia de esta perfección porque la introduce dentro de sí. Es una ley infalible, y a partir del día en que tengáis conocimiento de ella, no podréis deshaceros de esta idea de perfección, y si lo hacéis, sentiréis que destruis algo en vosotros. La verdadera religión está fundada sobre esta ley. ¿Por qué se le dice al hombre que ame a Dios? Porque amándole, meditando sobre El, se une a su perfección, a su esplendor; y evidentemente este esplendor se instala en él y hace que se desarrolle, que se vuelva hermoso y poderoso.

Si no respetáis esta ley, nadie, ni en el Cielo ni en la tierra, podrá acudir en vuestra ayuda. Y antes, ¿quién venía en vuestra ayuda? ¿El Señor? No, de ninguna manera, probablemente

ni siquiera sabíais lo que estabais haciendo. Esta ley entra inmediatamente en acción cuando se la pulsa, porque está obligada a acudir en nuestra ayuda, a apoyarnos, a animarnos y hacernos salir de nuestras dificultades y sufrimientos. Y si no habéis conseguido alcanzar ese punto de liberación a pesar de vuestro amor al Señor, se debe a que en alguna encarnación anterior habéis dejado cristalizar de tal forma la coraza que os envuelve, que aunque trabajéis con esta ley, y ésta reúna en vosotros tesoros formidables, no la sentís. Pero continuad; poco a poco el caparazón disminuirá, terminará por desaparecer y todo lo que hayáis acumulado mediante vuestras oraciones, vuestros pensamientos y vuestras contemplaciones, todas esas riquezas y esos tesoros, esas bellezas, esos esplendores se desbordarán sobre vosotros y os inundarán. Habéis acumulado, sin saberlo, un océano de bendiciones que está ahí, a punto de derramarse sobre vosotros...

Si vuestra religión sólo se funda en creencias o hábitos debidos a la educación, a la familia y la sociedad, no será sólida ni duradera. La verdadera religión está fundada en el conocimiento de la ley de afinidad. En ese momento comprendemos que debemos amar al Señor y pensar en él, no porque la Iglesia lo ordene o porque esté

escrito en alguna parte de la Biblia, sino porque existe una ley absoluta según la cual seremos nosotros quienes nos beneficiaremos de este amor, y a través de nosotros, el mundo entero...

Pero este conocimiento todavía no se ha asentado en la cabeza de los humanos; y la prueba está en que actualmente muchos cristianos dejan la Iglesia. La religión tal como la entienden no tiene ninguna base sólida; ahora se precisa un conocimiento iniciático, precisamente el que se revelaba en las Iniciaciones. El discípulo, dirigido por su Maestro, realizaba ciertas experiencias, se percataba de la realidad, y lo que aprendía no volvía jamás a ponerlo en duda; era como si ese conocimiento hubiese entrado en su carne, y ya nada podía arrebatarlo.

Cuanto más os unáis al Señor, más viviréis en la felicidad, en el poder, en la omnisciencia, en la eternidad. Porque tomáis, aspiráis todas las partículas, las fuerzas, los rayos, las corrientes – llamadlas como queráis – que vienen de El. No escuchéis a los ignorantes. Pues los que se pronuncian con tanta seguridad sobre el Señor, sobre todo para afirmar que no existe, ¿en qué se fundan para osar pronunciarse?... Esta Enseñanza que os revelo está comprobada desde hace miles de años, y yo también la verifiqué y la verifico en cada instante.

Dios no necesita nuestro amor, ni nuestro reconocimiento, ni nuestras oraciones; somos nosotros quienes necesitamos amarle y rezarle. Algunos, para castigarle, deciden no ir más a la iglesia, no encenderle más cirios. ¿Comprendéis? Como Dios no sirve a sus intereses, le castigan, y... por supuesto están convencidos de que El llora y se lamenta desesperado porque esos idiotas le han abandonado. ¡Esta es la mentalidad humana! En realidad, repito, es el hombre quien necesita creer en el Señor y rezarle. Si suprimís al Señor, sabed que lo sustituiréis por otras «divinidades» en vuestra cabeza, y al alejaros de la perfección del Señor, absorberéis todo tipo de vicios, debilidades y enfermedades. Así pues, dadle la espalda si queréis, El no se dará ni cuenta. ¡Está tan alto! Sus oídos no oyen lo que dicen los idiotas, pero éstos serán quienes sufran, porque se verán privados de todo lo que El posee y representa.

Todas las naciones, todas las sociedades que han decidido suprimir al Señor, se están disgregando sin saberlo. Por el momento se creen a salvo y protegidas, pero un día comprenderán lo que han perdido. Como aquel hombre que hizo un pacto con el diablo para conseguir dinero. El diablo le dijo: «De acuerdo, pero deberás darme algo a cambio. Cada vez que te traiga dinero me darás uno de tus cabellos. – ¡Ah, si sólo es eso,

dijo el hombre, un cabello no es nada!» Sí, pero al poco tiempo se quedó calvo, y esto provocó muchos cambios en su vida... Muchísima gente razona así: «¿Qué perdemos separándonos del Señor, haciendo tonterías? No pasa nada...» Si cada vez se desprende de vosotros una pequeña partícula de vitalidad, de belleza, de encanto, al final, aunque hayáis ganado en el plano material, habréis perdido lo más precioso que teníais.

Os lo repito, no dejéis pasar un día sin uniros al Cielo, ya que gracias a esta ley de afinidad, despertaréis procesos que tendrán necesariamente repercusiones importantes. A mi entender, la peor tontería que podéis hacer consiste en cortar el lazo que os une al Padre Eterno. Se pueden cometer toda clase de tonterías (sería inútil ahora enumerarlas), pero la más grande, la que supera a todas es ésta, porque arrastra consigo a todas las demás. No estoy pidiendo a nadie que sea un beato, que pase el día susurrando oraciones en la iglesia... Por lo demás, observad qué aspecto ofrece con su aire arisco y avinagrado. Si fuese realmente sincero debería brillar, resplandecer un poco, y entonces, en lugar de seguir siendo un gusano, se convertiría... ¡en una mariposa! Pero si no ha cambiado se debe a que su religión todavía es externa. Porque hay religiones y religiones... La religión ya no está bien considerada. Antes todo el mundo respeta-

ba y acataba a la Iglesia, al clero, pero ahora ya no es así. Algunos curas, sensibles a este cambio, permiten cualquier cosa en sus iglesias para conservar el contacto con la gente. Su aspecto se transforma: colorados, mofletudos, risueños; esos son los auténticos curas... de iglesias que no tienen nada de sagrado, en las que se hace ruido, se alborota, se baila... No saben qué inventar para atraer al público. Lo que realmente salvará la Iglesia en el mundo entero será la Ciencia iniciática, porque ésta aportará a la religión fundamentos sólidos.

Mucha gente ya no reza porque no es rentable. Si existen los negocios, ¿por qué rezar y meditar? Es un tiempo perdido. Por supuesto, la oración no sirve para obtener ventajas materiales: dinero, casas, automóviles, una posición elevada o un casamiento provechoso. Sus ventajas son de otra naturaleza: cuando améis al Señor y estéis en comunicación con El mediante el pensamiento, recibiréis cualidades, fuerza, luz... Esas ventajas, evidentemente, son invisibles, pero este aspecto invisible es, sin embargo, real y actúa sobre todos aquellos que entran en contacto con vosotros, los cuales se sienten vitalizados, reconfortados, consolados y empiezan a daros su confianza, a ofreceros todo tipo de posibilidades... incluso posibilidades materiales. Pero todo empieza por el aspecto espiritual.

Rezando al Señor, amándole, no debemos esperar nada en el plano material. Muchos dicen: «Rezo y rezo, pero sigo en la miseria». Por lo tanto esperaban enriquecerse rezando. ¡Es inaudita su forma de comprender las cosas! Debemos instruir a los humanos sobre las realidades y leyes del mundo invisible, para que comprendan por fin lo que es la verdadera ciencia, la verdadera religión, la verdadera vida. Por el momento existe este malentendido, continúan esperando ciertas ventajas que no recibirán, mientras que reciben otras de las cuales ni siquiera son conscientes.

Cuando estáis unidos al Señor, atraéis todas las cualidades que El posee; se infiltran, os penetran y os convertís en un ser radiante, inteligente y equilibrado. En ese momento puede venir la riqueza material, si os está destinada. Pero pedir ante todo la riqueza material, prueba que no habéis comprendido. Al principio ciertamente nada os sonreirá, pero el aspecto invisible mejorará, y aunque no se vea, al menos se puede sentir. ¿No sentís a veces que la simple presencia de un ser os calma, os tranquiliza, os hace sentar la cabeza, y que cerca de él os sentís bien?... mientras que otro os irrita, sin saber siquiera por qué. Son fenómenos invisibles, naturalmente, pero reales.

La verdadera religión se funda en el conocimiento de la ley de analogía. En el momento en que sintonicéis con tal fuente, tal central o tal estación emisora, inevitablemente recibís algunas partículas de esa estación. Y sintonizando con la estación contraria, inevitablemente recibís mensajes y ondas de naturaleza contraria. ¿No lo veis? Da igual, ya lo veréis un día. Hoy os traigo una parte de ese conocimiento que poseían los grandes Iniciados del pasado. Aceptadlo y os convertiréis en seres llenos de firmeza.

Y si alguien me dice: «Oh, yo practico la Enseñanza, hago todo lo que me indica, pero me siento desequilibrado, nervioso, al borde de la locura», le responderé: «Te equivocas si piensas que sigues correctamente la Enseñanza. En tu interior probablemente sigues dando rienda suelta a otra cosa: al orgullo, a un desorden de tipo sexual o a una falta de control sobre tu imaginación... quizás estás forzando las cosas exigiendo demasiado pronto grandes resultados espirituales. Todo esto no está conforme a la Enseñanza; no debes pues acusarla, si no has sabido entenderla. En ti mismo se encuentra la causa.» La Enseñanza está aquí para equilibrar a los seres, reforzarles, hacerles felices, no para destruirles. Debéis investigar qué ley habéis transgredido, qué excesos habéis cometido para encontraros ahora en este estado.

Otro me dirá : «No quiero volver a ver a mis padres, ni siquiera visitarles: no están lo suficientemente evolucionados ni son lo bastante místicos, quiero liberarme completamente de ellos». A lo que yo respondo : «¿No será vuestra manera de razonar desproporcionada y peligrosa? Estáis ligados a ellos y no podéis cortar ese lazo tan fácilmente...» Si en vuestro razonamiento, vuestras decisiones y vuestra sensibilidad sois demasiado personales, se producirán siempre anomalías. Y cuando hay anomalías, siempre hay que buscar la causa en uno mismo y no en la Enseñanza.

Dejad a los demás que crean lo que quieran, pero vosotros, que recibís aquí el conocimiento de las grandes leyes de la vida, sabed que debéis desear la inmensidad y la perfección. Todos los que han rechazado la religión pensando : «Lo que importa es trabajar para organizar la sociedad, creer o no creer en Dios no tiene ninguna importancia» se equivocan, porque al cabo de un cierto tiempo esa sociedad degenerará. Como no tendrá un punto central alrededor del cual pueda girar se descompondrá, y ellos mismos cesarán de ser criaturas sociales perfectas : se infiltrará en ellos la avidez, el interés, la injusticia, el partidismo. Así es como finalmente todas las sociedades, todos los imperios, todos los reinos sucumben : porque no tienen un pun-

to sólido al cual aferrarse para impedir que las fuerzas negativas se desarrollen.

Cuando una sociedad está centrada sobre un ideal superior, sublime y divino, circula en ella una fuerza tal que todas las fieras internas son vencidas, domadas y no osan manifestarse. En ese momento habrá muchas más posibilidades de establecer leyes justas y muchas más oportunidades de que todos los miembros de esta sociedad vivan en la armonía y la abundancia. Pero cuando la intensidad espiritual empieza a disminuir, cuando falta el centro, la cabeza, se despiertan fuerzas negativas que toman posesión de los individuos, y entonces nada las puede parar, nada puede someterlas. Si han acontecido tantas desgracias sobre la tierra se debe a que los humanos han dejado debilitar en ellos mismos y en la sociedad todas las fuerzas divinas y benéficas que había.

La vida de un discípulo gira alrededor de una idea central. Esta idea empieza por intimidar a los enemigos que él alberga en su interior. Veamos un ejemplo: en el plano físico ciertas personas, como consecuencia de una vida desordenada, han conseguido destrozarse su salud y la tuberculosis se apodera de ellas. Pero les curamos, les hacemos llevar una vida más equilibrada, con menos agitaciones pasionales, una alimentación sana, un sueño reparador, y en ese momento el

organismo segrega ciertas sustancias que neutralizan e inmovilizan los bacilos, y recuperan la salud. Pero si el enfermo empieza de nuevo a fumar, a beber, pasándose la noche de juerga, sus protecciones disminuyen y la enfermedad vuelve a desgarrarle el organismo.

Pues bien, existe la misma ley en el plano psíquico: la vida del espíritu nos ayuda a levantar barreras contra el mal, y todos los trabajadores ayudan en este trabajo ya que existen verdaderas fábricas en el cuerpo humano. Pero si cesamos de vigilarnos y de vivir una vida armónica aparecen las fuerzas del desequilibrio, del mal, y entonces empezamos a peligrar. Nuestra mejor protección está en Dios, y debemos aferrarnos a El para que la fuerza que despierta en nosotros pueda someter a las entidades que siempre están dispuestas a perjudicarnos. Si queremos cortar ese lazo, por supuesto estamos en libertad de hacerlo, pero será una libertad que tarde o temprano pagaremos muy cara.

Esta es una página de la verdadera ciencia. La he estudiado en profundidad a lo largo de toda mi vida. No en libros, sino en todo mi ser interior: me he sumergido en ella y para mí ahora es absolutamente diáfana. Y vosotros también, digan lo que digan, sean cuales sean las filosofías que circulen actualmente, aferraos a esta idea de la Divinidad, buscadla, pensad en

ella, amadla, invocadla, porque así recibiréis energías extraordinariamente poderosas, y estas energías impedirán que vuestros enemigos interiores os perjudiquen. Quizás de vez en cuando os mordisqueen porque no habéis conseguido protegeros perfectamente, pero poco a poco lo conseguiréis, y el mal no podrá ya alcanzaros. Los cristianos recitan o cantan : «El Señor es mi pastor», pero no son más que palabras para ellos, porque no conocen la extraordinaria ciencia que se esconde en esta frase. Pronuncian eso mecánicamente, cuando en realidad son palabras mágicas.

Creedme, no hay nada más importante para nosotros que amar al Creador. Todo lo demás viene después. Gracias a este amor todo se ordena, se arregla, se armoniza, y aunque no logremos resultados visibles en esta encarnación, da igual, puesto que los seres que nos vigilan desde lo alto, nos ven y dicen : «He aquí un ser inteligente», y nos dan su aprobación y sus bendiciones.

VI

LEYES DE LA NATURALEZA
Y LEYES MORALES

Observando a los humanos comprobamos que tanto en sus elecciones como en su comportamiento les falta el sentido de la medida. O bien se atiborran sin cesar, o al contrario, no comen lo suficiente; y en los dos casos arruinan su salud. Trabajan demasiado y se agotan, o no trabajan lo suficiente y se oxidan. Lo mismo sucede con el sueño, las distracciones, los sentimientos, los pensamientos... Para explicar esas anomalías se dice que «se han pasado de la raya», que han transgredido las leyes que deberían conocer y respetar.

Hay leyes físicas que rigen nuestro organismo y aunque los humanos no las respeten, al menos admiten su existencia, contrariamente a lo que ocurre con las leyes de la naturaleza. Muy pocos aceptan y reconocen hoy su existencia, y por si todavía quedase alguna creencia sobre el valor de un cierto orden de cosas, la mayoría de los escritores, filósofos, artistas y sabios, difunden

teorías, escriben libros, crean obras enfocadas a eliminar este resto de fe. Es justamente a esas leyes morales a donde quiero ir a parar, ya que sin el reconocimiento de estas leyes, falta algo esencial en el saber humano.

En realidad las leyes morales pertenecen a un mundo que no está separado del mundo físico, lo cual no es muy difícil de comprobar. Consideremos el caso de un borracho. Antes de beber era un hombre delicado, amable, culto, atento, honesto y generoso; no le faltaba ninguna cualidad. Pero a partir del día en que se puso a beber, todas esas cualidades disminuyeron e incluso desaparecieron. Tomemos otro ejemplo: un hombre tiene la pasión del juego hasta el punto de despreocuparse de sus deberes, de olvidar que tiene una mujer, unos hijos, un trabajo... Al principio el juego era una actividad que no tenía nada que ver con la moral, pero al final es el aspecto moral el que sufre las consecuencias. ¿Cómo no se han percatado los humanos de las relaciones que existen entre esos dos mundos? Sólo creen en el aspecto material, que por supuesto tiene su importancia, pero el aspecto moral, el aspecto interior está estrechamente unido a lo material.

Para la Ciencia iniciática existen tres mundos: el mundo divino, que es el de las ideas, el mundo psíquico, que es el de los pensamientos y

sentimientos, es decir, el mundo moral, y finalmente el mundo físico, que es el de las formas y de lo concreto. El mundo material está ligado al mundo de las ideas, situado mucho más arriba. Si los humanos no ven esta relación se debe a que no han observado ni estudiado atentamente las cosas, y hasta que esta laguna no sea colmada, continuarán cosechando resultados desastrosos.

Aunque ignoremos las leyes morales, cuando empezamos a transgredirlas en nuestro comportamiento nos vemos obligados a soportar sus consecuencias más o menos graves; y entonces nos damos cuenta que esta esfera moral también tiene sus leyes, aunque mucho más sutiles que las leyes físicas, ya que no solamente están escritas en el organismo, sino en el alma y el espíritu del hombre. Al que no las respeta se le considera como egoísta, personal, y pronto se ve privado del sostén y la amistad de los demás, y sea cual fuere la transgresión cometida, deberá pagar. ¿Cómo? De muchas formas: remordimientos, decepciones, sufrimientos, tristezas, amarguras o quizás falta de dinero. Podéis observarlo en cualquier esfera. Todo se sostiene, todo está unido; el mundo moral está regido por leyes inmutables e irreducibles que debemos conocer. Despreciamos y olvidamos estas leyes porque no están escritas en ninguna parte, y creemos poder

permitirnos cualquier cosa. Hasta que no comprendamos y aceptemos estas leyes, no podremos realmente progresar. No está permitido decir: «Yo pienso que...» o «Yo puedo hacer lo que quiera...» ¿Por qué? – Porque lo pagaréis. – ¡Pero si tengo derecho! – Haced lo que queráis, pero lo pagaréis. En la naturaleza todo se paga, incluso la felicidad, la alegría y el éxtasis. – ¡Pero si no tengo dinero! – Estas leyes no os reclaman dinero (sólo los humanos lo hacen), sino parte de vuestras fuerzas, de vuestro conocimiento, de vuestra salud o de vuestra belleza, de vuestra luz. Si podéis analizaros imparcialmente veréis que hay un déficit en caja : los Justicieros, las Fuerzas cósmicas, las Inteligencias que gobiernan el universo han venido para reclamaros algo que os empobrecerá.

Si queréis enriqueceros, no debéis nunca transgredir las leyes de la naturaleza, ni las leyes morales, ni siquiera las leyes humanas. Aunque las leyes creadas por los hombres no tengan la misma razón de ser que las leyes de la naturaleza, mientras vivamos en una sociedad donde son tan poderosas, debemos someternos a ellas (respetando el código de la circulación, por ejemplo)... Si las podéis transgredir sin que nadie os vea, la naturaleza no os pedirá cuentas, porque no es de su incumbencia. Pero si transgredís la ley de la naturaleza, aunque la sociedad conti-

núe respetándoos e inclinándose ante vosotros, enfermaréis. Así es la ley de la naturaleza: ¡os hará enfermar! Os castigará y no podréis escapar. Allá donde vayáis, la ley os encontrará, porque dentro de vosotros todo queda grabado.

La naturaleza previó que el hombre siempre trataría de infringir sus leyes, colocando en él unos aparatos grabadores, y de esta manera le basta una ojeada para saber lo que el hombre ha comido, bebido, pensado, sentido o hecho; es imposible engañarla. Y ahora querréis convencerme de que solamente los hombres pueden hacer grabaciones... ¿Cómo podría el hombre fabricar un objeto sin antes haber encontrado el modelo en la naturaleza? La naturaleza ha hecho grabaciones muchísimo antes que el hombre, pero éste está demasiado ciego para reconocerlo. Sin embargo la naturaleza ha tomado todas las precauciones necesarias, de tal forma que si el hombre infringe sus leyes, deberá pagarlo.

Tratad pues de ahora en adelante de no transgredir ni las leyes humanas, ni las leyes de la naturaleza, ni las leyes morales, que son superiores a las leyes de la naturaleza. Aunque en realidad las leyes morales forman parte de la naturaleza, ya que en ésta existen grados. Hay primero una naturaleza puramente física, después, por encima de ella, una naturaleza más

sutil a la cual pertenecen los pensamientos y los sentimientos, y finalmente, más allá de esas dos naturalezas reina el mundo divino. La naturaleza, al igual que nosotros, obedece a sus leyes porque el espíritu reina sobre la naturaleza. Cuando el hombre consigue traspasar esas dos naturalezas, la naturaleza física y la naturaleza más sutil de los pensamientos y de los sentimientos, se encuentra por encima de sus leyes. Y es tan puro, tan luminoso, tan poderoso y se encuentra en tal armonía con el espíritu, que en ese momento la naturaleza le obedece, y haga lo que haga no puede infringir nada. Este es el único caso en el cual el hombre puede permitírselo todo, sin que sea una transgresión.

Pero sólo los seres excepcionales, los seres predestinados, consiguen elevarse por encima de las leyes de la naturaleza y de la moral. Estos seres han existido siempre, existen y existirán, pero son pocos. Pueden permitírselo todo sin cometer un crimen o un pecado. Es muy difícil explicarlo, pero he recibido al respecto revelaciones fantásticas que no podéis ni imaginaros; aunque es imposible hablar ahora de ellas.

Sin embargo, para ayudaros a comprenderlo, os diré algunas palabras. Cuando un hombre es muy puro, muy luminoso, haga lo que haga, siempre será para bien. Pero cuando un hombre está sucio, cuando es tenebroso, cuando se

encuentra sumergido en las regiones infernales, aunque desee hacer el bien sólo traerá desgracias; se parece a aquel que quiere limpiar una pequeña mancha del rostro de alguien con las manos ennegrecidas: no hace sino ensuciarlo más. Este hombre, deseando purificar a los demás, les ensucia; con la intención de simplificar la vida de los demás, se la complica. ¿Por qué? Porque todas sus emanaciones son caóticas, tenebrosas y cualquier cosa que emprenda será destructiva. Pero si un ser es pura luz, puro amor, pura inteligencia, aunque golpee a alguien, en vez de matarle le salvará, porque todo lo que está en él, lo que emana de él es divino. Para llegar a esa cima, hasta el Sefirot Kéther, hay que estar predestinado para ello por los Veinticuatro Ancianos, hay que estar predestinado desde mucho antes... Pero mientras el discípulo está en el sendero, debe comprender que hay leyes que respetar.

Los humanos reconocen que en sus actividades profesionales hay comportamientos correctos y otros que no lo son, pero en el momento en que se trata del plano moral piensan que no hay regla alguna que observar, y ahí es donde se equivocan. Cuando Hermes Trimegisto decía: «Como es abajo es arriba, y como es arriba es abajo», enunciaba esta misma verdad, pero sin precisar nada; sus palabras comprendían todos

los planos de existencia, todas las actividades del hombre. En efecto, un gran número de principios, actividades, objetos, colores, formas, criaturas y regiones están contenidas en esas dos palabras «abajo» y «arriba».

Muchos han entendido que lo que está abajo, es decir en la tierra, es semejante a lo que está arriba, en el Cielo. Sin embargo no es totalmente cierto: lo que hay en la tierra no es semejante a lo que hay en el Cielo. Ni las formas, ni las dimensiones, ni la luz, ni los colores, ni la gloria, ni la grandeza son abajo como son arriba: son las leyes las que son iguales. Hermes Trimegisto esto no lo precisó porque deseaba dar a sus palabras un contenido más amplio, accesible solamente a los que fuesen capaces de penetrar en la mente de un pensador o de un Iniciado.

Mediante el conocimiento de las leyes físicas, los sabios han conseguido aplicaciones extraordinarias como la expedición a la luna, por ejemplo. Pero si conociesen las leyes morales, sus realizaciones serían mucho más vastas, no solamente en el plano material, sino en otros planos más amplios e infinitos, los del alma y del espíritu. Estudian física y química, lo cual me parece muy bien, pero existe una física y una química espiritual que desconocen. Por lo tanto hay algo esencial que falta en la ciencia oficial: el reconocimiento de este mundo psíquico regido por

leyes morales. Y como además los intelectuales tratan por todos los medios de borrar de la conciencia humana el poco sentido moral que queda, están trabajando para autodestruirse. Todo se derrumbará a causa de los que niegan o rechazan la existencia de las leyes morales.

Evidentemente quizás no siempre sea fácil encontrar esas leyes, pero ello no es razón suficiente para pretender que no existen. Nada puede disminuir o negar lo que acabo de decir. Si sabemos observarnos y analizarnos, si tenemos suficiente paciencia, comprobaremos que tarde o temprano cada transgresión interior debe pagarse, porque ese plano está regido por las leyes inmutables de la moral eterna.

Cometéis una transgresión y sin embargo decís: «Como, duermo, gano dinero, me siento bien y no veo que nada haya cambiado». Pues entonces, amigo mío, es que estás ciego, que no sabes ver lo que ocurre en el aspecto sutil de tu ser. Durante años seguiréis con vuestros quehaceres sin percibir que algo os está abandonando. ¿Y qué es lo que os abandona? Es a vosotros a quien corresponde descubrirlo. Yo sé por adelantado lo que os abandonará y que se producirán en vosotros enormes y asombrosos cambios. Algunos años después habréis perdido vuestra lozanía, vuestro anhelo y sobre todo habréis perdido vuestra buena disposición. Son pérdidas

muy graves desde el punto de vista espiritual, y si no os dais cuenta, es que os habéis quedado en el estado animal. Puede que sigáis trabajando y ganando mucho dinero, pero ya no sois hijos e hijas de Dios, ágiles, vivos y radiantes como la luz. Interiormente se han producido grandes cambios.

Los animales comen, cazan, pelean, se acarian, protegen sus crías, y muchos hombres hacen sólo eso, no saben que han sido enviados sobre la tierra con la misión de manifestar la gloria de Dios y de hacer florecer todo lo que hay en ellos de sutil y de divino. Han sido enviados para hacer de la tierra un jardín del Paraíso. Esa es su misión, pero la han olvidado; comen y beben, echan raíces aquí en la tierra y no quieren dejarla. Entonces, cuando se les desarraiga, devolviéndoles al otro lado, donde se les enseña como han desperdiciado su vida, evidentemente, en ese momento sufren; el Purgatorio y el Infierno no son más que este sufrimiento. Pero cuando hayan pagado y se hayan limpiado, subirán más alto, hasta el primer Cielo, y de nuevo volverán a la tierra para poder continuar y desarrollarse en el bien. Tal es la historia del género humano.

Hay que recordarles continuamente a los humanos su misión sobre la tierra, preguntándoles: «Entonces, ¿a qué habéis venido? ¿no os

acordáis?» Acordarse... ¿cómo acordarse? En una Escuela iniciática, gracias a las grandes verdades, a las influencias benéficas que recibe y a la ayuda de los Angeles, el discípulo empieza a recordar el mundo luminoso del cual descendió y hacia el cual tendrá que volver algún día. La bendición más grande que un discípulo puede tener es la de ese recuerdo. Se acordará de los sufrimientos padecidos, de las faltas cometidas y de todas las deudas contraídas, porque tiene que encontrar a los que dejó para reconciliarse con ellos y reparar todas sus faltas, con lo cual liquidará su karma. Eso es lo que le espera al discípulo y lo que os espera a todos. Un día deberéis pagar por todo lo que habéis tomado injustamente a los demás. Evidentemente esto no son cosas muy agradables de oír, teniendo en cuenta que los humanos siguen prefiriendo ignorar eternamente las verdades desagradables. Pero aunque no deseemos escuchar la verdad, un día nos veremos obligados a enfrentarla, y vosotros sois seres privilegiados porque la estáis conociendo aquí, a través mío.

Preparaos a enmendar vuestros errores, como lo hago yo. Supongamos que haya sido el peor de los malhechores, el más grande incendiario. Pues bien, me arrepiento de ello, lo lamento y quiero reparar mis faltas. Supongamos que os haya hecho daño a todos: que os

haya deshonrado, robado, masacrado... ¡supongámoslo! Ahora al soportaros, amaros y hablaros, pago y reparo. Y si no es cierto... ¡Tanto mejor! Es una cuestión que quiero dejar de lado; no voy a contaros el por qué y cómo vine a la tierra, ni de qué región vengo, porque eso sólo me concierne a mí. Pero tomadme como un hombre que ha infringido todas las leyes y que ahora está condenado a pagar sus deudas. Eso ya os parece mejor, ¿no es verdad?

Y si yo acepto hablar así, sin molestarte, ¿por qué vosotros no decidís seguir este razonamiento y reparar vuestras faltas hacia vuestro esposo o esposa, hijos, parientes o amigos? Evidentemente preferís creeros irreprochables. De acuerdo, me parece muy bien, pero... ¿es ésa la verdad? Da igual... lo importante es que si yo soy capaz de confesarme imperfecto ante vosotros, debéis hacer vosotros otro tanto ante los demás.

Aquel que tiene un hijo que no cesa de atormentarle, de deshonrarle, se queja: «¿Qué habré hecho, Dios mío, para tener un hijo así?» Seguro que en el pasado contrajo alguna deuda hacia él, de lo contrario no hubiera nacido en su familia». Muchos padres sufren porque sus hijos son unos gamberros, mientras que ellos son honestos y justos. Ciertamente es sorprendente; según las leyes naturales no debería ser así, pues-

to que jamás han sembrado tal semilla. Pero siempre hay una razón escondida, pues la ley es justa.

Un hermano, hace poco, vino a verme: se sentía atormentado porque mostraba una gran bondad y generosidad hacia los suyos y no recibía más que ingratitud y crueldad; estaba verdaderamente desolado por esa injusticia. Y le dije: «¿quiere que le dé la clave, el remedio, el antídoto eficaz? Y así no se enfurecerá ni rebelará, sino que al contrario se tranquilizará completamente cuando sepa una cosa: el mundo invisible utiliza esos medios para reforzarle, liberarle, para hacerle reflexionar o para mejorarle. Y lo que le roe, lo que le enferma, es la idea de que todo lo que le ocurre es injusto. Piense que es justo y se curará». Este hermano confió en mí, se repuso y se tranquilizó pensando que quizás fuesen antiguas deudas, y eso le salvó. Evidentemente hay que aceptar esta manera de razonar, si no los tormentos continuarán royendo vuestro organismo, vuestro corazón, vuestro estómago o vuestro sistema nervioso.

Hoy quiero repetiros lo mismo: si la injusticia os atormenta, aceptad la idea de que sólo existe aparentemente. Aunque no sea cierta, esta idea es eficaz, ya que aceptándola os liberáis, no sufrís más y os volvéis mejores. Yo mismo lo he comprobado. En el pasado, yo desconocía este

recurso y a menudo me hacía preguntas sobre todo lo que me ocurría. Mientras que ahora ya no me hago preguntas, porque pienso que todo es justo y merecido, aunque no sea así. ¿Qué hizo Jesús para ser crucificado? Evidentemente el destino de Jesús fue excepcional, y no debéis imaginaros que os encontráis en el mismo caso. Sin embargo puede ocurrir que los inocentes sean encarcelados o masacrados. Si se rebelan en contra de esta injusticia, se atormentarán inútilmente. Aquí en la tierra debemos pensar que somos tan culpables como los demás, ya que pensando así, nos liberamos.

Habéis sido llamados para descubrir en vosotros una región espiritual en la cual las leyes son inmutables. A la menor infracción de estas leyes, tarde o temprano deberéis pagar. Lo que os desorienta es que el pago no es inmediato, pero todo queda grabado, todo trasciende. Encontramos esta ley en todas partes. En química, por ejemplo, hay que esperar un cierto intervalo de tiempo para que el tornasol cambie del rojo al azul, o viceversa; para provocar un cambio completo basta con la última gota, pero no olvidemos que ésta sucede a todas las demás. De la misma manera, en la maquinaria de un reloj, el desplazamiento de una aguja no ocurre sino después del movimiento de numerosos resortes. El tiempo transcurrido entre el primer movi-

miento y la aparición de un resultado tangible es más o menos largo, pero como todo está vinculado, el resultado aparece infaliblemente.

Suponed que tengáis un vicio o una pasión ; no veis inmediatamente las repercusiones y continuáis con los mismos excesos, lo que desencadena ciertos mecanismos, influyendo éstos en otros, hasta que un día os preguntáis muy seriamente por qué estáis agotados, enfermos. Sin embargo lo que os ocurre es la consecuencia de algo que empezó hace mucho tiempo y hoy no hacéis más que recibir la factura que os envía el contable, ¡pero no la esperábais! ¿Por qué los humanos no quieren comprender que esta ley se encuentra en todas partes? Todas sus aflicciones y sus desdichas provienen de que no han sabido estudiar e interpretar los mecanismos de sus diferentes órganos físicos y psíquicos.

Si queréis convertirnos en un hijo de Dios, en un ser completo, viviendo la vida del alma y del espíritu, debéis respetar las leyes de la verdadera moral ; no hay otra solución. Para todos los que infringen estas leyes, las puertas están cerradas. El mundo invisible no se somete a los caprichos irrespetuosos y anárquicos de los humanos. «¿El mundo invisible?» preguntaréis. Pues sí, precisamente ese mundo es invisible, y si decís que no podéis creer en un mundo invisible, os contestaré que no sabéis razonar. ¿Acaso vuestros pensa-

mientos son visibles? ¿Lo son vuestra conciencia, vuestras opiniones, vuestros sentimientos?... Y vuestros proyectos, ¿son visibles?... Sin embargo estáis convencidos de su existencia. Os peleáis, e incluso matáis a la gente por vuestras convicciones, que tampoco son visibles. No os dais cuenta de que toda vuestra vida está basada en cosas que ni siquiera veis. Solamente el mundo invisible existe, mientras que la existencia de lo demás es bastante dudosa. Negando la realidad del mundo invisible, cortáis la rama sobre la cual os sentáis, y un día os encontraréis en el suelo. ¿Cómo no os avergonzáis de rechazar estas verdades, en vez de reconocer que todavía no las habéis considerado? Negando el mundo invisible los hombres firman su propia sentencia de muerte.

Los humanos sufrirán hasta el día en que comprendan que el mundo invisible es la única realidad. Y este es el argumento que ofrezco a todos esos ignorantes que sólo creen en lo visible : si una noche, en algún lugar oscuro, alguien os asalta diciéndoos: «¡La bolsa o la vida!», aunque hasta entonces no hayáis creído en la vida, puesto que es invisible, en ese momento empezareis a creer en ella entregando todo lo que es visible y tangible para conservar algo invisible. ¡Qué incoherencia! Si fuereis consecuentes y lógicos deberíais decir: «¡Tomad la

vida, pero no la bolsa!» Pero entonces moriríais y, ¿qué haríais con vuestro dinero?... Nada es tan precioso como lo que no vemos. La vida es una realidad invisible y a pesar de ello estáis dispuestos a darlo todo para conservarla. ¡Ah! Los humanos son sorprendentes.

¿Existe realmente el mundo invisible? ¿Precisa al igual que el mundo visible de un respeto? ¡Sí, y mucho más! Ahora lo importante es tomar conciencia de la existencia de esta vida sutil y apreciarla. Ya veréis lo que os ocurre internamente. Aunque los demás no lo perciban, viviréis una vida de libertad, de alegría, de ligereza, de inspiración, una vida musical, armoniosa; viviréis la verdadera poesía... y si la dignificáis, se reflejará incluso en vuestra vida material. La gente empezará a descubrir que vivís, y quizás el mundo entero os aporte tesoros inesperados porque todo está íntimamente relacionado; la riqueza interior atrae la riqueza exterior, aunque los efectos no sean inmediatos. Si alcanzáis esta vida interior perfecta, vuestras vibraciones y emanaciones se unirán al mundo entero, hasta las estrellas más lejanas, de donde os llegarán todas las dichas y bendiciones.

Pronto la felicidad llamará a vuestra puerta, ya está en camino, se acerca y os dice: «¡Aquí estoy! – Pero, ¿de dónde vienes? ¿quién te ha llamado y cuándo? – Fuiste tú, hace mucho

tiempo». La felicidad está en camino, pero tarda en llegar porque viene de lejos... y desgraciadamente lo mismo ocurre con las desdichas. No nos damos cuenta, pero hace mucho tiempo las atrajimos. Veamos, ¿qué puede obtener aquel que está triste y sombrío, que es ignorante o estúpido? ¿La gloria?... ¿La luz?... ¿La visita de los Arcángeles más elevados?... ¡Imposible! No puede atraer tales esplendores. ¿Por qué? Porque existe una ley de afinidad que los Antiguos Iniciados ocultaron en esta frase: «Dime con quién andas, y te diré quién eres». Esta frase contiene toda una ciencia, pero como los humanos eran demasiado primitivos para comprender la ley de analogía (que podemos llamar la ley de afinidad, ley de resonancia, ley de acción y reacción, ley de polaridad), los Iniciados prefirieron dejarla como un dicho del pueblo.

«¿Cómo habré podido atraer todas estas desgracias? – Por tu manera de pensar, de actuar» dirán los Iniciados. ¿Y las alegrías? Por tu trabajo, tu sacrificio y tu generosidad... Todo es justo, el Cielo no os pide vuestra opinión, tenéis lo que merecéis.

VII

LA LEY DE GRABACIÓN

Cada ser, cada cosa posee su doble en la naturaleza, por consiguiente cualquier cosa que hagáis, la hacéis por duplicado. Si ayudáis a alguien o le hacéis daño, el original de este acto desaparece, pero deja en vosotros un sello, una huella que corresponde a su naturaleza. He aquí una verdad que los humanos desconocen. Cuando hacen el bien o el mal, piensan que no afectará más allá del acto que han cometido ; pues no, no es así, desgraciada o felizmente esto no ocurre así... desgraciadamente si hacemos el mal, y felizmente si hacemos el bien.

Todo lo que existe en la naturaleza : las plantas, los insectos, los animales, las estrellas, las montañas, todo tiene su doble. De momento nos interesaremos por el hombre. Los clarividentes son capaces de ver el doble etérico del hombre, que tiene exactamente la misma forma y las mismas funciones que su cuerpo físico. En ciertos casos este doble etérico puede alejarse, con lo

cual el hombre pierde su sensibilidad : podemos pincharle, golpearle o quemarle y no sentirá nada. En realidad, al alejarse, el cuerpo etérico queda unido al cuerpo físico mediante el cordón de plata. Pero si este cordón se rompe por cualquier razón (por un golpe, herida o enfermedad), el hombre muere.

No solamente el cuerpo físico tiene su doble, sino también los cuerpos astral y mental : los dobles astral y mental aportan energías (para el cuerpo astral energías en el plano de los sentimientos, y para el cuerpo mental energías en el plano de los pensamientos). Si el doble astral se separa, el hombre es indiferente a todo, no tiene sensaciones ni emociones. De la misma manera, si el doble mental está separado, el hombre pierde la capacidad de pensar. Estos son fenómenos prácticamente desconocidos e inexplicados. Si los médicos y psicoanalistas los conociesen, podrían descubrir la razón de muchas anomalías psíquicas que hasta ahora les parecen inexplicables, y no buscarían la causa en el plano físico, cuando a menudo se encuentra en otro lugar.

Insistamos un poco en este doble. Sabéis muy bien que en las administraciones, cuando se redacta un acta oficial o un decreto, se hace una copia o una fotocopia. El original se utiliza, pero la copia se guarda en los archivos como referencia. Sin embargo no han sido los humanos quie-

nes han inventado este sistema, sino la naturaleza; en ella existe un doble de cada uno de nuestros actos. Y cuando nos vamos al otro lado, nos presentamos ante el Cielo con este doble, o mejor dicho, con los tres dobles, el físico, el astral y el mental, según hayan sido nuestros actos, pensamientos y sentimientos. En cuanto a los originales, se fueron lejos, hacia los planetas, hasta los confines del universo, hasta las estrellas, sin que podamos recuperarlos; aunque siempre nos quede un doble fiel y verídico.

Cuando el hombre llega al otro mundo, se presenta con la película de su vida ante una asamblea de espíritus muy evolucionados, y entonces debe asistir a su proyección. Pero no es para esos espíritus para quienes tiene lugar la proyección, puesto que no necesitan ser informados sobre la vida de ese hombre ni conocer su grado evolutivo, sus pecados, sus crímenes y sus buenas acciones. Es el propio hombre quien no se conoce a sí mismo, y en su ignorancia se imagina que es una divinidad... o un monstruo; y como se equivoca, se le enseña lo que ha sido exactamente a través de toda su vida.

No son las entidades divinas las que necesitan instruirse, sino nosotros. Por eso todos conservamos en nuestro interior esos dobles, para llevárnoslos cuando debamos partir al otro lado. Ahora bien, lo creáis o no, la realidad seguirá

siendo la misma, las cosas son así y seguirán siendo así, independientemente de vuestras creencias. Naturalmente sería mucho más razonable creerlo y aceptarlo porque así existe la posibilidad de corregirse y perfeccionarse. Si todo el mundo conociese estas verdades, creo que muy pocos seguirían siendo esclavos de sus debilidades. Pero al no conocerlas continúan viviendo como siempre, sin imaginarse las consecuencias de su comportamiento. Por esto debemos instruir a los humanos, sobre todo a los niños, diciéndoles: «Muy bien, ahora debéis saber que existen leyes, y que son éstas», y aunque en ese instante no comprendan, más adelante se pararán a reflexionar en ello, y tendrán la oportunidad de comprobar que es cierto.

¿Qué ocurre cuando un hombre ha cometido un crimen? ¿Por qué el recuerdo de su acto sigue atormentándole? El crimen ya se ha consumado, y si no quedan huellas visibles, el criminal debería estar tranquilo. Sí, de acuerdo, pero el doble no desaparece y el hombre no sabe cómo desembarazarse de él. Entonces, ya lo veis, no hay que estudiar los libros sagrados de la humanidad para creer en esas cosas, podemos verificarlo inmediatamente en nosotros mismos. ¿A qué se deben esas imágenes, esos recuerdos, esos reproches que la conciencia hace al hombre, hasta el punto de no dejarle comer, ni

beber, ni dormir tranquilo hasta que ha reparado su crimen? Se deben a que todo queda grabado en él.

La Inteligencia cósmica ajustó todas las cosas y ordenó sabiamente el universo. Pero en la cabeza del ser humano todo es confuso, caótico, desordenado, sin sentido. Cualquiera cosa que se les explica al respecto, contestan: «No, no lo creo.» Pero, ¿quienes se creen para decir semejante cosa? Si tan superiores son, ¿por qué en su vida cotidiana resultan tan pequeños, tan débiles, tan impotentes para cambiar el curso de las cosas, para escapar a sus penas e inquietudes?

Así pues, todo se graba. Y el simple conocimiento de esta ley puede bastaros para comprender que debéis estar atentos y no abandonaros. Ya que todos los malos pensamientos que van y vienen en vuestra cabeza, en realidad dejan una huella en vosotros para toda la eternidad. Y además, una vez impreso el clisé, tenderá a repetirse sin cesar hasta el infinito. Os he explicado ya al respecto y en varias ocasiones, cómo podéis imprimir nuevos clisés a fin de que todas esas lamentables costumbres adquiridas en el pasado desaparezcan. Si no hacéis nada para sustituirlas, se repetirán en cada una de vuestras encarnaciones, puesto que no hay razón para que vuestros defectos no reaparezcan exactamente igual que en la anterior encarnación. Las buenas

costumbres debemos conservarlas, reforzarlas e incluso perfeccionarlas, porque lo bueno aún puede mejorarse; pero los defectos debemos corregirlos.

Sin embargo, los humanos no saben cómo corregir sus defectos, y se desaniman porque luchan constantemente contra ciertas costumbres adquiridas no se sabe cuándo de las que no pueden desprenderse. En realidad, en vez de obsesionarse con ciertas deformaciones provenientes de un trabajo destructivo realizado en el pasado, es mucho mejor interesarse por lo que debemos hacer en el futuro. Así pues, en lo sucesivo, decid: «Ahora voy a repararlo, a reconstruirlo todo», y cada día debéis trabajar en este sentido con una fe, con una tenacidad inquebrantable, con una convicción absoluta, es decir, debéis tomar todos los elementos que Dios os ha dado, la imaginación, el pensamiento, el sentimiento y concentraros en proyectar en vosotros mismos las imágenes más bellas: debéis veros inmersos en la música, en la luz, en el sol, en la perfección de las formas, con las cualidades de bondad, de generosidad, con la posibilidad de ayudar a los demás, de guiarles, de iluminarles...

Ya que todo queda registrado, tratad de grabar lo mejor de la existencia. Si empezáis a trabajar, comprobaréis que estáis centrados, ocupados e inspirados, y que os unís a una fuente ina-

gotable de felicidad al estar vosotros mismos construyendo el templo de Dios. No conozco trabajo alguno que supere al de construir en uno mismo el templo del Señor con los mejores materiales : los pensamientos, los sentimientos y los actos desinteresados...

Estas preocupaciones no existen para la mayoría de los humanos ; éstos únicamente buscan grabar algunos conocimientos en su cerebro, sin empezar el verdadero trabajo. La diferencia de nuestra Enseñanza en relación a todas las demás escuelas, consiste en que en todas se aprende, mientras que en la nuestra se trabaja. Algunos conocimientos pueden sernos útiles, pero no nos transformarán. Solamente el trabajo nos transforma y no lo que hayamos visto u oído. El conocimiento puede llevarnos al trabajo, pero no nos transformaremos si no nos movemos, si no despertamos las fuerzas que hay en nosotros. Si no actuamos, a pesar de todo lo que aprendamos, seguiremos siendo los mismos.

En la Fraternidad Blanca Universal se nos dan algunos conocimientos, naturalmente, pero lo esencial es el impulso para emprender ese trabajo de transformación de todo nuestro ser, lo cual no puede hacerse de otra manera que buscando cada día en lo alto los materiales, como lo

hace un trabajador, un albañil, un arquitecto... Algunos dirán : «Pero si no siento ningún placer en realizar este trabajo». Al decir eso se clasifican inmediatamente. Todas las criaturas están clasificadas en la naturaleza ; todas encontraron su refugio, su guarida y todas se han fabricado su propia piel, su pelo y sus plumas en relación con sus tendencias y sus gustos. Esta clasificación, es el destino. Y a nosotros también, un día, la naturaleza nos clasificará según nuestros gustos y predilecciones.

Os diré que en realidad es la naturaleza de los deseos del hombre la que determina su destino. Consideremos un ejemplo : si necesitáis el alcohol, las drogas... si necesitáis salir todas las noches al casino, a jugar a la ruleta o a tomar una copa en cualquier parte, vuestro destino ya está trazado : os espera la decadencia, la ruina y quizás la cárcel. Y si necesitáis contemplar la belleza divina, o repartir la luz y la belleza divina a vuestro alrededor, también resulta evidente que encontraréis la felicidad y la plenitud. ¿Cómo no se da cuenta la gente de que cada deseo, cada necesidad, les sitúa en unos railes determinados que les conducirán a regiones invadidas por avispas, serpientes y ratas donde dejarán la piel, o por el contrario hacia regiones de luz y magnificencia donde encontrarán toda clase de alegrías? Según sus inclinaciones, sus

gustos y sus deseos, el propio hombre determina el final de su trayecto.

Algunos están predestinados a enfermar, otros a fracasar y otros a que les maltraten, pero son ellos quienes han determinado su propio destino. Preguntaréis: «¿podemos realmente escapar a nuestro destino?» En nuestra encarnación actual, no; pero en la anterior encarnación hubiésemos podido remediar muchas cosas de la presente siendo más inteligentes y razonables. Ahora se nos ofrecen grandes posibilidades para la próxima, con la condición de trabajar día y noche para conseguir grabaciones distintas.

Sé muy bien que lo que os digo no es fácil de realizar. ¿Dónde encontrar en nosotros mismos esta buena voluntad, este anhelo para empezar un trabajo y continuarlo? Primeramente hay que hacer un trabajo sobre uno mismo, sabiendo que todo lo que uno hace se refleja benéficamente sobre el mundo entero. En cuanto a todas las demás actividades y trabajos materiales, sólo Dios sabe si son o no benéficos para los demás. Y esto se graba, se registra en los contadores... y al final, cuando el hombre se va al otro lado, las entidades celestes ni siquiera le preguntan: «¿Cómo has vivido? ¿Qué hiciste? ¿Ayudaste a alguien? ¿Les consolaste y orientaste hacia la Fuente?» No le preguntan porque saben de antemano que mentirá; sólo toman de él una película que por el...

pequeña película que proyectan y entonces, ¿qué es lo que ve?...

Diréis: «Esto no es posible». Sí, lo es. El hombre posee en el extremo de su corazón un carrete minúsculo, un átomo en el cual está grabada toda su vida... Fijaos en una cinta magnetofónica: es simplemente una cinta, no se oye nada; poned ahora la cinta en un aparato adecuado y escucharéis... «¡El Barbero de Sevilla!»... Así pues, para impedir que contéis mentiras que os justifiquen, os llaman y os dicen: «Siéntate tranquilamente aquí.» Y os sitúan frente a una pantalla donde lo veis todo, hasta el más mínimo detalle. Pero la historia no cuenta si se os ponen los pelos de punta. Me diréis: «¡Pero si entonces no tendremos pelos!» Hay pelos de otra naturaleza. Aquí habéis dejado vuestro pelo físico, pero tenéis otros que se ponen de punta. Así que de ninguna manera podremos mentir.

Todas estas verdades están contenidas en los libros sagrados, particularmente en los de Egipto, en «El Libro de los Muertos», por ejemplo, aunque no esté contado de la misma manera. Ahí el muerto se presenta delante de Osiris y se pesa su alma, etc... También existe «El Libro Tibetano de los Muertos», que revela los diferentes momentos del paso del alma al más allá, su juicio y las condiciones de su reencarnación.

Os he dicho algunas palabras sobre la graba-

ción. Ahora necesitáis comprender cuán importante es poder hacer cada día nuevas y mejores grabaciones. Y, ¿qué ocurre con las antiguas grabaciones? Poco a poco se puede conseguir recubrirlas con nuevas grabaciones. He aquí una perspectiva alentadora.

Desgraciadamente continuaréis produciendo grabaciones mediocres, porque seguiréis influidos por las antiguas que se encuentran en vuestro interior, pero al menos sed conscientes y no dejéis que las cosas empeoren. En el momento en que descubráis una mala grabación, reaccionad inmediatamente, enmendaos para impedir las consecuencias. Si habéis tenido un mal pensamiento hacia alguien, si habéis pronunciado algunas palabras hirientes o habéis destruido algo, tomad conciencia de ello y reparadlo. De momento no podréis hacer nada más, pero eso, por lo menos, hacedlo. Cuántas veces he visto que las personas no hacen absolutamente nada para enmendar un mal pensamiento o una actitud negativa. Sin embargo, otros dicen: «Se me ha escapado, no he podido controlarme»; puede pasarle a cualquiera, y al menos debemos reaccionar inmediatamente, buscar el medio de repararlo.

VIII

LA REENCARNACIÓN

I

Hoy quisiera hablaros de la reencarnación porque veo que a algunos de vosotros os sigue preocupando e inquietando esta cuestión. Siempre se os ha enseñado que el hombre sólo vive una vez, y ahora oyendo hablar de la reencarnación estáis confusos, todo da vueltas en vuestras cabezas.

Podríamos extendernos mucho sobre esta cuestión exponiendo por ejemplo lo que pensaban los tibetanos, los hindús, los egipcios, sus trabajos y experiencias. Pero me contentaré con interpretar algunos pasajes de las escrituras y os probaré que el mismo Jesús conocía y aceptaba la reencarnación. Diréis que hojeando los Evangelios en ningún momento habéis encontrado la palabra «reencarnación». Pero os contestaré que no tiene nada de sorprendente el no mencionar explícitamente la reencarnación en una época en la que todos creían en ella. Los evangelistas no hablaron específicamente de la reencarna-

ción porque no podían prever que más tarde la gente dejaría de creer en ella. Relataron pocas cosas en sus escritos, y era ilógico extenderse sobre un punto que formaba parte de la tradición. Esto no parece convincente... de acuerdo, ya os convenceréis más adelante.

Estudemos en los Evangelios algunas cuestiones propuestas por Jesús o sus discípulos, y los comentarios y respuestas dadas. Un día Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen que soy?» ¿Qué significa esta pregunta? ¿Sabéis de alguien que pregunte: «¿Quién dicen que soy»? Saben perfectamente quienes son, y por lo tanto no se interesan por lo que dicen los demás. Sólo se hace esta pregunta, si se cree en la reencarnación. Y fijaos en la respuesta de los discípulos: «Algunos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas». ¿Cómo puede decirse de alguien que es ése o aquél mucho tiempo después de que haya muerto, si no se sobreentiende la idea de la reencarnación?

En otra ocasión Jesús y sus discípulos encontraron a un ciego de nacimiento. Los discípulos preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres para que haya nacido ciego?» Aquí comprobamos lo mismo. Estas preguntas son absurdas si no se cree en la reencarnación. ¿Cuándo habría podido pecar este hombre? ¿En el vientre

de su madre? ¿A qué taberna iba, a qué bar? ¿Qué negocios sucios hacía? ¿A quién asesinó? O se trata de una cuestión estúpida, o se sobreentiende la creencia en una vida anterior.

Diréis: «Los discípulos de Jesús no eran gente instruida, se dice que eran pescadores, entonces puede ser que hicieran preguntas un tanto extrañas». De ser así Jesús se lo hubiera hecho saber. Observamos claramente que Jesús no duda algunas veces en corregir a sus discípulos. Sin embargo en esta pregunta concreta no les corrige, simplemente les responde: «No se debe a que él o sus padres hayan pecado...» Este también es un punto importante. Si los discípulos preguntaron si los padres fueron quienes pecaron para que su hijo naciera ciego, fue porque aprendieron de la ley hebraica que cada anomalía, cada dolencia, cada desgracia es debida a una infracción de las leyes, pero también es posible que una persona pague por otra; por lo tanto al ver a alguien en desgracia no podemos saber si expía sus propias faltas o bien se sacrifica por otro.

Era una creencia admitida entre los Judíos que todo lo malo que nos ocurre es el resultado de una transgresión. Así pues los discípulos hicieron esa pregunta porque sabían que un hombre no puede nacer ciego sin razón... o porque eso complazca al Señor, como se imaginan

los cristianos. Jesús respondió : «No es porque él o sus padres hayan pecado, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él», es decir para que al pasar por aquí, yo le cure y el pueblo crea en mí. Y les explicó: «Os han enseñado que los hombres sufren por dos razones : o porque han cometido actos impuros y son castigados, o porque a pesar de no haber cometido ningún pecado, aceptan el karma de los demás, sacrificándose para evolucionar. También existe una tercera categoría de seres que ya han terminado su evolución, que son libres y a quienes nada les obliga a descender de nuevo sobre la tierra, pero que a menudo descienden porque aceptan sufrir cualquier enfermedad, suplicio o martirio, con tal de poder ayudar a los humanos. Pues bien, este ciego forma parte de esta tercera categoría. Ni él ni sus padres pecaron ; descendió sobre la tierra con esta dolencia para que yo le curase y para que todo el mundo crea en mí». Y de este modo este hombre salvó a mucha gente.

Si todavía no estáis convencidos, he aquí más argumentos. Un día Jesús supo que Juan Bautista había sido encarcelado, y el texto dice simplemente : «Jesús al saber que Juan fue entregado, se retiró a Galilea». Algún tiempo después Juan Bautista fue decapitado por orden de Herodes. Después de la transfiguración, los discípulos

preguntaron a Jesús: «¿Por qué los escribas dicen que Elías debe venir primero?» Y Jesús responde: «Ciertamente Elías ha de venir a restaurarlo todo, pero yo os digo que Elías ya ha venido, pero no le han reconocido, sino que han hecho con él lo que han querido.» Y el texto añade: «Los discípulos comprendieron que hablaba de Juan Bautista». Entonces está claro que Juan Bautista fue la reencarnación de Elías. Y además, el Evangelio nos dice también que en el momento en que un ángel se le apareció a Zacarías, padre de Juan Bautista, para anunciarle que su mujer Isabel daría a luz un hijo, le dijo: «Irá delante de Dios con el espíritu y el poder de Elías».

Veamos ahora la vida del profeta Elías y busquemos la causa por la cual más adelante se le decapitaría bajo el nombre de Juan Bautista. Es una historia muy interesante. Elías vivió en tiempos del rey Acab. Acab desposó a Jezabel, hija del rey de Sidón, y a causa de ella rendía culto a Baal. Elías se presentó delante del rey Acab para reprocharle su infidelidad al Dios de Israel, y le dijo: «Durante años no habrá ni lluvia ni rocío, hasta que yo lo diga». Y partió por orden de Dios a las montañas, para escapar a la persecución del rey. Al cabo de tres años la sequía causó grandes estragos en todo el país: el pueblo sufrió grandes necesidades y Dios envió

de nuevo a Elías delante del rey Acab y éste en cuanto le vio le reprochó violentamente el ser el causante de la sequía. «No, dijo el profeta, tú eres la causa porque abandonaste al Eterno para rendir culto a Baal. Y ahora veremos quién es el verdadero Dios. Ordena que todos los profetas de Baal se reúnan en el monte Carmelo...» Se reunieron todos los profetas y Elías dijo: «Ahora, traed dos toros y haremos dos altares, uno para el Eterno y otro para Baal. Los profetas invocarán a Baal y yo invocaré al Eterno. El Dios que conteste con fuego será el verdadero Dios.»

Los profetas empezaron desde la mañana hasta el mediodía a invocar: «Baal... Baal... Baal... contéstanos...» Pero no obtuvieron ninguna respuesta, y Elías se reía de ellos: «Gritadle un poco más fuerte para que os oiga, quizás esté ocupado en otras cosas, haya salido de viaje o esté durmiendo». Los profetas gritaron más fuerte e incluso, como practicaban la magia, se hicieron algunos cortes en el cuerpo esperando atraer, mediante el derramamiento de sangre, larvas y elementales que hiciesen caer el fuego sobre su altar. Pero nada de esto ocurrió. Entonces Elías dijo: «Ya basta, que traigan doce piedras». Y con esas piedras hizo un altar alrededor del cual ordenó cavar una zanja; puso madera sobre las piedras, y sobre la madera el toro tro-

ceado. Hizo regarlo todo con agua, además de llenar la zanja. Todo estaba preparado, y entonces Elías invocó al Señor: «Eterno, Dios de Abraham, de Isaac, de Israel, que hoy sepamos que Tú eres Dios en Israel, que soy tu siervo y que hice todas esas cosas mediante tu palabra». Y el fuego cayó del cielo con tanta fuerza que todo fue consumido: no quedó ni víctima, ni madera, ni piedras, ni agua. Y así todo el pueblo, aterrorizado, reconoció que el verdadero Dios era el Dios de Elías. Después, sin duda demasiado orgulloso de su victoria, Elías hizo conducir a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal junto a un torrente y allí fueron degollados.

Y por ello era natural prever que a su vez sería degollado. Porque existe una ley que Jesús enunció en el huerto de Getsemaní, cuando Pedro, precipitándose sobre el siervo de Caifás, le cortó la oreja: «Pedro, devuelve tu espada a su vaina, porque aquellos que tomen la espada, perecerán por ella». Pero no siempre en una misma existencia podemos comprobar la veracidad de estas palabras. Y Elías, ¿cómo murió? No solamente no fue masacrado sino que le fue enviado un carro de fuego con el que fue transportado al Cielo. Pero recibió el castigo en cuanto regresó a la tierra en la persona de Juan Bautista. Jesús sabía quién era y cuál era el destino

que le esperaba. Pero a pesar de ello, aún diciendo grandes alabanzas de él: «Entre todos los nacidos de mujer, ninguno ha sido más grande que Juan Bautista», no hizo nada para salvarle. Y no hizo nada porque la justicia debía seguir su curso. Ahora podemos comprender por qué abandonó el país cuando supo del encarcelamiento de Juan Bautista: porque no debía salvarle. La ley es la ley.

Pero vayamos aún más lejos: voy a demostraros ahora que sin la reencarnación nada tendría sentido en la religión ni tampoco en la existencia. Preguntad a un cura o un pastor: «Explíqueme: ¿por qué tal hombre es rico, hermoso, inteligente, fuerte, por qué todas sus iniciativas resultan un éxito y por qué ese otro hombre es enfermizo, feo, pobre, miserable y estúpido?» Os responderán que es la voluntad del Señor o quizás os hablen de la predestinación y de la gracia, pero eso no os explicará gran cosa. De todas formas siempre es la voluntad de Dios.

Analícemos un poco esta cuestión; ya que Dios nos ha concedido un poco de cerebro, no dejemos que se oxide. Así que el Señor tiene sus caprichos, hace lo que le viene en gana, lo da todo a unos y a los demás nada. Muy bien, puedo comprenderlo. ¡Es Dios, y ésa es su voluntad! Pero encuentro incomprensible que esté

descontento, que se enfurezca y se sienta ultrajado cuando aquellos a quienes nada dio cometen faltas y son malvados, infieles y criminales. Ya que fue El mismo quien dio a los humanos esta mente, esta falta de inteligencia o de corazón, ¿por qué les castiga? El, todopoderoso, ¿no podía haberlos hecho buenos, honestos, inteligentes, sabios, piadosos, magníficos? No solamente El es el responsable de sus crímenes, sino que además les castiga por ellos. Ahí es donde me pierdo. Tiene todos los poderes, hace lo que quiere, de acuerdo, no podemos reprochárselo, pero entonces, ¿por qué no es un poco más consecuente, más lógico, más justo? Por lo menos debería dejar a los humanos tranquilos y no arrojarlos al Infierno por toda la eternidad.

Y todavía hay más. Me pregunto: «¿Cuánto tiempo habrán pecado? ¿treinta o cuarenta años? Muy bien, que permanezcan en el Infierno cuarenta años, no más. Pero toda la eternidad... En eso sí que no estoy de acuerdo. Razonemos un poco; los hombres no se atreven a razonar porque se encuentran ofuscados por todo lo que se les ha enseñado. Razonar es un crimen, según parece. Entonces, ¿para qué sirve la inteligencia? ¿para qué nos la ha dado Dios?

Sin embargo si aceptamos la reencarnación, si la estudiamos y la comprendemos, entonces todo cambia. Dios es ciertamente el Maestro del

Universo, el más grande, el más noble, el más justo y comprendemos que si somos pobres, tontos y desgraciados es por nuestra propia culpa, porque no supimos utilizar todo lo que nos dio al principio. Hemos querido hacer experiencias costosas, y El, el Señor, puesto que es generoso y tolerante, nos lo ha permitido, diciendo: «Sufirán y se darán de bruces, pero esto da igual porque seguiré ofreciéndoles mi amor y mis riquezas... tendrán numerosas reencarnaciones por delante...» El nos dejó libres y somos culpables de todo lo que nos ocurra. ¿Por qué la Iglesia ha declinado toda la responsabilidad de nuestro destino sobre el Señor? Diréis: «No, no ha hecho tal cosa, simplemente ha suprimido la creencia en la reencarnación». Pero en realidad, si reflexionamos, vemos que se trata de lo mismo.

Hasta el siglo cuarto los cristianos creían en la reencarnación, al igual que los judíos, los egipcios, los hindús, los tibetanos, etc... Pero sin duda los Padres de la Iglesia decidieron que esta creencia no haría más que retrasar y alargar las cosas, que los hombres no tendrían prisa en mejorarse, y entonces creyeron que suprimiendo la reencarnación empujarían a la gente a perfeccionarse en una sola vida. Ahora bien, como sustitución, la Iglesia inventó cosas verdaderamente espantosas con el fin de atemorizar a los

humanos, hasta el punto que en la Edad Media no se creía más que en el Diablo, el Infierno y los castigos eternos. La Iglesia entonces suprimió la creencia en la reencarnación pensando que así les obligaría a mejorar más rápidamente, pero no solamente no han mejorado sino que han empeorado... Y por si fuera poco, continúan en el mismo estado de ignorancia. Por eso debemos recobrar esta creencia, de lo contrario nada tiene razón de ser, la vida no tiene sentido, el Señor es un monstruo, y así sucesivamente...

La cuestión de la reencarnación ha sido estudiada muy seriamente, pero no me extenderé sobre este particular porque existen suficientes libros que tratan sobre ello... y resulta obvio observando la manera cómo los Lamas Tibetanos eligen al Dalai Lama. Sin embargo, os contaré un caso extraordinario que conocí en Bulgaria.

Un día, llegaron a la Fraternidad de Sofía unos padres muy inquietos porque su hijo decía cosas incomprensibles. Decían: «Un día le llevamos de paseo a un lugar donde jamás había estado y él exclamó: «Pues yo ya conozco este lugar, he venido aquí muchas veces», e incluso describió los alrededores; era cierto, sin embargo, nunca había estado allí» (los padres sabían que era su primer hijo quien había estado en aquel lugar). «¿No lo recordáis? Cuando iba a la

escuela, yo me escondía allí... y aquí fue donde me ahogué, en el río». Efectivamente, allí fue donde su primer hijo se ahogó, pero él no podía saberlo, porque nadie se lo había dicho.' Así pues, fue el primer hijo quien volvió a encarnarse en la misma familia. Es bastante raro que un niño venga a encarnarse dos veces en la misma familia, pero puede ocurrir. Hasta los siete años, podemos interrogar a los niños, ya que recuerdan muchas cosas. Pero en vez de escucharles, las madres prefieren darles un cachete y decirles: «¡Cállate! No dices más que tonterías...» Una vez, dos veces, tres veces... a la larga los niños ya no se atreven a contar nada.

Ya os he mostrado que aunque la palabra «reencarnación» no figure escrita en los Evangelios, algunas páginas muestran que esta creencia pertenecía a la tradición. Puedo daros aún otro ejemplo. Hay un pasaje en el cual Jesús dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto». ¿Qué podemos pensar de esta frase? O Jesús habla sin pensar al pedir a hombres tan imperfectos que se eleven en algunos años hasta la perfección del Padre Celestial, o no se da cuenta de la grandeza del Padre Celestial y se imagina que es muy fácil llegar a ser como El. Ninguna de las dos opciones habla en favor de

Jesús. En realidad esta frase también sobreentiende la reencarnación. Jesús no pensaba que el hombre fuese capaz de ser perfecto en una sola existencia, sino que sabía que a medida que anhelase esta perfección y trabajase para obtenerla, después de varias encarnaciones, terminaría consiguiendo su objetivo.

Y, ¿qué escribió Moisés al principio del Génesis, en el momento de la creación del hombre? «Y Dios dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, sobre los pájaros del cielo, sobre el ganado... Dios creó el hombre a su imagen, a su imagen le creó». Y, ¿dónde se ha quedado la semejanza? Sin duda Dios tuvo la intención de crear el hombre a su imagen y semejanza, es decir, perfecto como El, pero no lo hizo. Le creó solamente a su imagen, con las mismas facultades, pero sin darle la plenitud de sus facultades, la semejanza.

Fijaos en la bellota de una encina; está hecha a imagen de su padre, es decir que posee las mismas posibilidades que su padre, pero no se le parece, todavía no es como la encina, lo será a partir del momento en que sea plantada. El hombre está hecho a imagen de Dios, es decir, que posee la sabiduría, el amor, el poder del creador, pero en un grado minúsculo. Después, un día, cuando se desarrolle, con el tiempo, se le

asemejará y poseerá sus virtudes en plenitud. Y ese desarrollo, ese paso de la imagen a la semejanza, sobreentiende la reencarnación. Dios dijo: «Creemos al hombre a nuestra imagen y semejanza», pero no lo hizo. «Dios creó el hombre a su imagen, a su imagen le creó»; y precisamente en la ausencia de la palabra semejanza y la repetición de la palabra imagen, Moisés escondió la idea de la reencarnación.

Pero la gente no sabe leer los libros... y menos aún el gran libro de la naturaleza viviente, donde también está inscrita la reencarnación. Consideremos la imagen del árbol. Solamente los cabalistas han comprendido verdaderamente la imagen del árbol, del cual han hecho un símbolo universal: todas las criaturas están situadas en alguna parte de ese árbol, ya sea como raíces, como cortezas o como hojas, flores o frutos. Según su vastísima ciencia, todas las existencias, todas las actividades, todas las regiones tienen su lugar en el Arbol de la Vida. Y en diferentes épocas del año, las hojas, las flores y los frutos caen del árbol; se descomponen y se convierten en abono que es absorbido por las raíces. Y lo mismo ocurre con los seres. Cuando un hombre muere, es absorbido de nuevo por las raíces del Arbol Cósmico, pero muy pronto reaparece bajo otra forma: rama, flor, hoja... nada se pierde; los seres desaparecen y reaparecen sin cesar

sobre este Arbol formidable que es el Arbol de la Vida.

Ya lo veis, la reencarnación está inscrita en todas partes. Consideremos el fenómeno de la evaporación del agua: el agua de los océanos se evapora y asciende a través del aire, cayendo de nuevo un poco más lejos, bajo la forma de nieve o de agua, que a su vez vuelve al océano. La gota de agua no desaparece sino que hace un viaje de exploración por el mundo: sube hacia el cielo, cae sobre las montañas, desciende hacia los valles y se infiltra en las capas subterráneas donde se colorea de amarillo, de rojo, quizás de verde... El agua sube y baja. Ahí tenemos otro fenómeno en el que está inscrita la ley de la reencarnación: al igual que la gota de agua, cada espíritu viaja para perfeccionarse e instruirse.

¿Queréis otro ejemplo? Muy bien. De noche, cuando os acostáis, os desvestís. Una a una os quitáis las diferentes prendas: la chaqueta, la camisa, la camiseta... la noche es el símbolo de la muerte; todos esos ropajes que os quitáis representan los diferentes cuerpos de los cuales debéis liberaros uno detrás de otro: primero el cuerpo físico, un poco después, una semana o dos más tarde, el cuerpo etérico, seguidamente el cuerpo astral; aunque aquí resulta mucho más largo porque en el plano astral se encuen-

tran todas las pasiones, las apetencias, todos los sentimientos inferiores. Y ahí está el Infierno: en el plano astral y en el plano mental inferior, donde debemos permanecer un tiempo para purificarnos... Luego os liberáis del cuerpo mental, y empieza el paraíso que consta del primer cielo, del segundo cielo, del tercero... la tradición informa que hay hasta siete cielos. Y sólo después de habernos despojado completamente de nuestras envolturas, entramos en el séptimo cielo; «desnudos», es decir puros, sin obstáculos.

Y por la mañana, el hombre vuelve a la tierra, nace el niño. Recuperamos las ropas: la camiseta, la camisa, etc... Cuando el niño viene a la tierra, primeramente se viste con sus cuerpos sutiles (átmico, búdico y causal), y luego con sus cuerpos mental, astral, etérico y finalmente con su cuerpo físico. Ved que cada noche nos desvestimos y cada mañana nos volvemos a vestir, lo hacemos desde hace años y, sin embargo, jamás hemos reflexionado sobre estos gestos y sus correspondencias con los procesos de encarnación y desencarnación, del nacimiento y de la muerte. Si supiésemos interpretar esos movimientos cotidianos, estos gestos, estos trabajos, estos comportamientos, los mecanismos de la nutrición, de la respiración, etc... haríamos grandes descubrimientos. Porque todos los mis-

terios del universo están reflejados en nuestros gestos, en nuestras palabras, en todos los actos de nuestra vida, pero si queremos descifrarlos, debemos estudiar en una Escuela iniciática.

Algunos, para aceptar la reencarnación, esperan a que la Iglesia se pronuncie oficialmente. Pero, ¿cuándo ocurrirá esto? He tenido varias oportunidades de hablar con miembros del clero y he visto que muchos creen en la reencarnación, pero no se atreven a decirlo; si no aceptáis la reencarnación, nunca comprenderéis vuestra situación ni los acontecimientos de vuestra existencia (por qué siempre sois perseguidos o maltratados, o bien por qué siempre os han ayudado, sostenido), ni cómo podéis trabajar para una próxima vida. Cuando no conocemos la verdad, ¿dónde podemos ir?

La creencia en la reencarnación es una de las bases de la moral. Hasta que no hayamos explicado la ley de causa y efecto a los humanos y por qué continúa actuando de una existencia a otra, podremos sermonearles todo lo que queramos, pero no servirá de nada. ¿Cuánta gente cree todavía que se quemarán eternamente en el Infierno por las faltas cometidas? Por supuesto, se encuentran seres que sin creer en la reencarnación se manifiestan naturalmente con honestidad y bondad, de acuerdo, pero no podemos estar absolutamente seguros de que ese estado

durará ; en ciertas circunstancias, instintos como el miedo, la codicia, el deseo de venganza, etc... pueden dominar al hombre hasta el punto de hacerle olvidar su bondad y honestidad. Porque su moralidad no fue construida sobre la base sólida del conocimiento de las leyes.

En el momento en que admitáis la ley de la reencarnación, empezarán a comprender que cada acontecimiento en vuestra vida (boda, nacimiento, encuentro, accidente...) tiene su razón de ser, ya que todo tiene una causa más o menos lejana. Esta comprensión, evidentemente va a influir sobre vuestros sentimientos, porque una vez hayáis entendido que todo tiene un sentido, ya no os rebelaréis ni trataréis de resolver vuestros problemas mediante el odio y la violencia. Cuando aceptéis que todos los acontecimientos venideros son el resultado de pasadas transgresiones, ya no acusaréis a los demás de vuestras desdichas.

En fin, la creencia en la reencarnación os ayudará a reforzar vuestra voluntad : seréis fuertes y poderosos, evitaréis cometer actos lamentables por los cuales sabéis que deberéis sufrir, y os esforzaréis en construir un futuro luminoso.

En el momento en que conocéis la ley de la reencarnación tenéis luz en vosotros y lo comprendéis todo mucho mejor. Sois cálidos, os sentís felices, os expandís al pensar que tarde o tem-

prano alcanzaréis la perfección que deseáis. Y tenéis la vida : os volvéis activos, emprendedores en la creación de vuestro futuro. Entonces, ¿acaso no se trata de tres ventajas inmensas?

II

Leyendo la vida de numerosos santos, profetas e Iniciados, algunos se preguntarán: «¿Cómo es posible que hayan sufrido martirio? No lo merecían...» Pues sí, y podemos encontrar la razón en sus vidas pasadas, ya que aunque consigamos restablecer en nosotros un orden divino, ello no significa que hayamos pagado todas nuestras deudas, ni que el pasado haya sido liquidado. No, el pasado está siempre aquí, y no nos permite ser libres hasta haber pagado el último céntimo.

Observad lo que ocurrió con los discípulos de Jesús: estaban con él, seguían una enseñanza divina, vivían en la luz, no hacían el mal... Entonces, ¿por qué fueron masacrados o entregados a las fieras? ¿Por qué Jesús no les ayudó? Quizás porque no habían liquidado completamente sus deudas pasadas: en sus anteriores encarnaciones cometieron faltas que no supie-

ron reparar antes de marcharse al otro lado. Por esta razón se dice (aunque la gente no comprenda el sentido de estos consejos): «Que el sol no se ponga con tu ira» o bien «Antes de que el sol se ponga, ve a reconciliarte con tu hermano». Si tomamos esta expresión en un sentido estrictamente literal, el plazo es muy corto... sobre todo en invierno, cuando el sol se pone muy temprano. Pero en realidad no se trata de la puesta del sol en el plano físico. En el lenguaje simbólico de los Iniciados la puesta del sol representa la muerte del hombre, su partida para el otro mundo. Se le conceden numerosos años, un plazo suficientemente largo, pero una vez transcurrido este tiempo, si no ha pensado en pagar sus deudas o si no ha sabido hacerlo antes de la «puesta del sol», se aplica la ley del karma. Todo está escrito, todo deja una huella que se endurece y cristaliza, hasta que un día hay que pagar. Es imposible «arreglarlo amistosamente», como se dice; si no se ha zanjado la cuestión antes de la «puesta del sol», tendremos que pagar hasta el último céntimo.

Y a vosotros que vivís una Enseñanza espiritual, que vivís en la luz, puede que algunas veces os ocurran accidentes o desgracias. Aunque viváis en una Escuela iniciática, no estáis a cubierto de todo. Para que no os ocurra nada malo, tenéis que haber liquidado todas las deu-

das contraídas en el pasado. Si todavía las lleváis con vosotros, aunque sigáis la Enseñanza, aunque estéis en la luz, no hay nada que hacer, debéis pagarlas. La cuestión ya está un poco más clara, ¿no es así? Estáis siguiendo una Enseñanza divina, vivís en esta luz y desde entonces no hacéis más que el bien, de acuerdo, pero no debemos olvidar que este bien dará sus frutos en el futuro, no de inmediato. Entonces, cuando encontréis dificultades en vuestro camino, debéis aceptarlas y decir: «Dios mío, Señor, esto no puede destruir todo el trabajo que he hecho. Tanto mejor si me ocurren estas desdichas; ello significa que me estoy liberando y eso está bien. Ahora conozco el motivo, la razón, el por qué me está ocurriendo esto, y ya no me rebelaré, no te pediré que me ahorres sufrimientos».

Diréis: «Pero Jesús también tenía un karma que saldar, puesto que fue crucificado». No, para él la cuestión es completamente diferente. Aquí entramos en el tema esencial del sacrificio. Existen seres que aceptan sacrificar su vida pasando por grandes sufrimientos, a pesar de que ya no tienen deuda alguna que saldar. Son excepcionales. Cuando no se conoce detalladamente esta cuestión de la reencarnación, podemos pronunciarlos fácilmente de una manera errónea.

Podemos clasificar los seres en cuatro categorías desde el punto de vista de la reencarnación. La primera categoría está compuesta por criaturas a las que su falta de luz, de ciencia, de conciencia y de moral, les lleva a menudo a cometer crímenes. Infringen las leyes, se cargan con pesadas deudas, y cuando reencarnan, vuelven a la tierra en unas condiciones que les obligan a sufrir para pagar y reparar ; por eso su vida no es demasiado feliz.

La segunda categoría corresponde a seres más evolucionados, que tratan de desarrollar ciertas cualidades y virtudes para poder liberarse ; pero mediante el trabajo de una sola reencarnación no consiguen restablecerlo todo, por lo que deben regresar para liquidar sus deudas. Se les dan mejores condiciones para que desarrollen actividades más útiles y elevadas, pero deberán regresar para terminar de pagar ciertas deudas de su pasado, hasta lograr su liberación total.

En la tercera categoría encontramos seres aún más evolucionados, que solamente vuelven a la tierra para terminar ciertas tareas. Tenían pocos asuntos pendientes, y se distinguen de los demás por sus grandes virtudes, una conciencia muy amplia y porque consagran su tiempo a hacer el bien. Cuando estos seres dejan la tierra, han concluido su misión y no vuelven más.

Y sin embargo, algunos de ellos, en vez de quedarse en ese estado de felicidad, de alegría y de libertad infinita que gozan en el seno del Eterno, movidos por la compasión hacia los seres humanos, dejan ese estado maravilloso para descender voluntariamente en su ayuda, aceptan el martirio e incluso algunos pueden, sin reencarnar, introducirse en un ser evolucionado para poder continuar un trabajo espiritual ya empezado, manifestándose a través de él. Por cierto que Jesús mencionó esta posibilidad cuando dijo: «mi Padre Celestial y yo bajaremos en aquel que cumpla las mandamientos, y en él moraremos». Estos seres no están obligados a reencarnarse; sin tomar un cuerpo físico separado pueden entrar en un hombre vivo, pasando con él todas las etapas: la gestación, la infancia, la adolescencia y la madurez, trabajando con él y en él.

Muchos hombres desean liberarse, pero no comprenden la cuestión: hacen cualquier cosa para escapar de sus obligaciones, para huir de sus deberes, cortan todos los lazos, y de esta forma, se creen libres. Pues no, no nos liberaremos de esta manera. La verdadera liberación empieza con el pago de todas las deudas. Cuánta gente desea liberarse de su mujer, de sus hijos, de su jefe, de la sociedad, de la vida misma suicidán-

dose. Pero no hay liberación posible, queridos hermanos y hermanas, hasta que no hayáis pagado todas vuestras deudas y borrado todo vuestro karma.

Debemos querer liberarnos, pero según las leyes divinas; es muy raro encontrar seres que sepan hacerlo. Incluso aquí, en la Fraternidad, algunos no se lo plantean así: quieren a toda costa ser independientes, escapando así a sus deberes. Como si después de haberse deleitado en un restaurante, quisieran marcharse sin pagar. Es deshonesto y falta de nobleza, y por otra parte los espíritus luminosos no aceptan tal actitud. A menudo se imaginan que se liberaron porque consiguieron dejar a su antiguo jefe o su antigua mujer, pero les esperan nuevas molestias, nuevas trampas, para probarles que se equivocan; es lo que llamamos ir de mal en peor.

El mejor camino, el mejor método para liberarse, es el amor; y el peor es el egoísmo, la avaricia, las artimañas, las especulaciones. En la generosidad, el sacrificio y la bondad, en todos los gestos que hacemos a fin de dar, trabajamos para nuestra propia liberación. Por eso en vez de aferrarnos a lo que tenéis, en lugar de tergiversar, de calcular, ¡idad!... Observad cómo actúa la gente en el momento de una separación, de un divorcio. Con qué saña se agarran a sus intere-

ses... Pero no saben que a causa de esta actitud, deberán encontrarse de nuevo y soportarse en las encarnaciones futuras.

El amor, la generosidad, la bondad, la clemencia y la misericordia sitúan al discípulo en el camino de la liberación. Naturalmente si habláis de bondad y de sacrificio a gente corriente, os tomarán por uno de los más grandes imbéciles que jamás hayan visto, porque no tienen esta luz y no conocen el valor de la generosidad. Mientras que un Iniciado sabe que vale verdaderamente la pena el dar, ayudar, ser generoso, porque esa es la manera de liberarse. Entonces, dad, dad incluso más de lo que la justicia exige, ya que así os liberaréis más rápidamente.

III

Las naciones, los países y los pueblos, como cada ser humano o cada cosa que nace, crece y envejece, deben ceder su sitio a otros. Dan lo que les corresponde dar y luego se apagan; parece como si descansasen para después despertarse y dar de nuevo tesoros y riquezas. Lo hemos visto en todas las civilizaciones y en el destino de las religiones: cada una crece, se desarrolla, extiende poco a poco su influencia, llega a un punto culminante y luego se solidifica, se cristaliza y pierde la clave de la vida. Fijaos en los Misterios, en los templos del antiguo Egipto que poseían las claves del saber, del poder. ¿Qué queda de todo ello? ¿Dónde están los hierofantes y su ciencia? Todos han seguido las leyes inmutables de la vida: cada ser que nace debe morir y ceder su sitio a otro. Solamente lo que no tiene principio no tiene fin.

Fijaos en lo que fue Grecia en el pasado, en todos esos extraordinarios creadores que dio al

mundo : poetas, dramaturgos, pintores, escultores, arquitectos, filósofos... Y ahora... Un país se parece a un río : el lecho es siempre el mismo, pero el agua que corre siempre es diferente, siempre nueva. Los habitantes del río, las gotas de agua, van y vienen, y cuando llegan otras para ocupar su lugar, corren al mar. Al llegar al mar el sol las calienta, se evaporan, se vuelven más livianas, más sutiles y suben a la atmósfera, hasta el día en que caen en forma de lluvia o nieve, para descender de nuevo hacia los valles en forma de torrentes y ríos. Es todo un ciclo ininterrumpido.

Y, ¿qué es un país? Un país no es más que un río donde se encarnan sucesivamente seres siempre diferentes, venidos de otros lugares. O como una casa cuyo destino es el de ser habitada una decena de años, por ejemplo, por unos inquilinos, y los cinco años siguientes por otras personas. Durante los diez primeros años hubo música, cantos, armonía, y cuando los habitantes cambian se renueva la atmósfera, convirtiéndose en prosaica o agitada ; y sin embargo la casa sigue siendo la misma. De esta manera se explica el destino de numerosos países : Grecia es siempre el mismo país, pero sus habitantes no son los mismos que había hace dos o tres mil años. Y lo mismo ocurre con los demás los países.

Diréis, quizás: «Pero entonces, ¿a qué se debe el que los Tibetanos, por ejemplo, hayan conservado casi los mismos conceptos, las mismas ideas, las mismas costumbres desde hace miles de años?» Estudiad el organismo humano: las células que lo habitan se renuevan, no son las mismas, pero siempre hacen el mismo trabajo. Cuando se renueva el personal de una fábrica, se despide a ciertas personas y se emplea a otras. Algunas trabajan en un ordenador, otras en un aparato óptico o en un circuito eléctrico; pero el nuevo personal que sustituye al antiguo posee los mismos conocimientos, y se ha ejercitado en idénticos trabajos para poder realizar las mismas funciones. Los espíritus que van a reencarnarse en el Tibet son los que tienen afinidades con los Tibetanos y están preparados para ir allí. Y los Tibetanos que estén preparados para ser como los Franceses, vendrán a reencarnarse en Francia. Por ello hay muchos antiguos Tibetanos en Francia, incluso entre los niños de la Fraternidad.

Diréis: «¿Por qué los Judíos han sido perseguidos desde hace siglos? Los mártires Judíos eran seres venidos de otros pueblos del mundo entero y reencarnados en familias judías, porque según su karma, debían ser perseguidos o masacrados; pero ellos no eran Judíos desde la eternidad. En un momento de su evolución, el Cielo

les hizo nacer en familias judías para pagar ciertas deudas... Y los Griegos actuales son almas venidas de otros lugares, quizás de Bulgaria, porque estos dos países siempre se han odiado. Y muchos Griegos han ido a reencarnarse en Bulgaria para ser recompensados o castigados, según los casos. Porque mucha gente va a reencarnarse donde se encuentran sus antiguos enemigos.

Si odiáis a alguien, o si le amáis, contraéis un lazo con él. El odio es tan poderoso como el amor. Si queréis liberaros de alguien para no volverle a ver, no le odiéis, ni tampoco le améis, sed indiferente con él. Si le odiáis, os unís a él con cadenas que nadie podrá desatar, estaréis siempre con él y continuaréis unidos a él durante siglos. Sí, eso es lo que no sabéis. La gente se imagina que el odio rompe los lazos, pero ocurre lo contrario, porque el odio es una fuerza que os une a la persona odiada. Al igual que el amor. El amor producirá ciertos hechos y el odio otros, y sin embargo son tan fuertes y activos el uno como el otro. Estas son verdades que todos los pueblos deberían aprender y así verían cuán ridículo es odiarse.

No os asombréis ni os molestéis si os digo que Francia empezará a perder los genios que aún conserva. Sus artistas, sus escritores, sus filósofos han dado al mundo entero riquezas

extraordinarias, pero si continúa alejándose del Cielo, de donde precisamente vienen todas esas riquezas, todos sus genios irán a reencarnarse en otro lugar. Porque los grandes espíritus no tienen particular interés en tal o cual nacionalidad, son ciudadanos del universo. Son los pueblos los que reclaman la gloria de haberles visto nacer, pero si les pedís su opinión, responderán : «Nos encontramos bien en cualquier parte del universo. Nuestra patria es el universo». Por cierto que cuando llegamos al otro mundo, las cuestiones de nacionalidad no cuentan para nada. En la última guerra los encuentros que se produjeron arriba entre los soldados franceses y alemanes muertos en combate eran chocantes, porque se reían juntos y comprendían lo estúpidos que habían sido matándose entre sí, a pesar de ser todos hijos de Dios.

¡Es tan fácil para el mundo invisible destruir un país y sustituirlo por otro! Y, ¿por qué haría eso?... Ese es su problema. Fijaos, por ejemplo, lo que representaba Bulgaria hace algunos siglos: absolutamente nada, un país pobre, miserable, pisoteado. No daba ni pensadores, ni artistas, ni sabios. Y ahora está cambiando porque ni la gloria ni la decadencia de un país duran eternamente. ¿Y la China? ¿Durante cuántos siglos ha estado aletargada, adormeci-

da? Pero ahora está despertando y hace temblar al mundo entero. ¿Cómo se explica eso? ¿Quién lo dirige? ¿Por qué razón?...

Todo está dirigido desde arriba: son las Jerarquías celestes quienes deciden, lo cual es muy fácil para ellas. Ocurre lo mismo que en el caso de la ayuda a los países pobres. Suponed que un país es muy miserable, subdesarrollado desde todos los puntos de vista... Pero, he ahí que un país mucho más avanzado y más rico le envía todo un equipo de ingenieros, economistas y técnicos que en unos cuantos años son capaces de enderezar el país. El mundo invisible actúa de la misma forma: envía sus ingenieros, sus sabios, sus artistas, es decir a todo un equipo de almas escogidas, capaces de enderezar toda una cultura. A veces es suficiente un solo hombre, un excelente político, para que un país se enderece en unos pocos años.

Es muy posible que muchos de vosotros se hayan ofendido y estén descontentos de oírme decir que su país se está adormeciendo, pero eso no depende de mí, simplemente constato un hecho. No hay ningún patriotismo exagerado, ninguna postura premeditada, no soy ni búlgaro ni francés, soy un ciudadano del universo, soy un hijo del sol. Sí, ni siquiera pertenezco a la tierra. Entonces, ¿qué objeto tendría que pelease por Bulgaria, por Grecia o por Francia? Estoy

por encima de las fronteras. Pero constato que en los países eslavos los sabios actualmente han llegado más lejos en los descubrimientos parapsíquicos: la telepatía, la psicometría, la clarividencia, la radiestesia. Aunque aparentemente la situación por el momento no evoluciona en ese sentido, Rusia abandonará un día la filosofía marxista, y los comunistas se convertirán en hermanos de la gran Fraternidad Blanca Universal.

Sin embargo, aunque lo que han descubierto los Rusos en el campo de la parapsicología sea por el momento un gran adelanto, no es ni siquiera la centésima parte de lo que os he revelado desde hace años. Algún día la Ciencia iniciática se extenderá por el mundo entero. Ciertamente no en sus grados más elevados, ya que seguirán existiendo límites, prohibiciones. Los humanos no tendrán acceso a los últimos secretos, pues estarán todavía insuficientemente preparados para recibirlos, ya que por naturaleza, están predisuestos a usar todos los descubrimientos para dominar, para aprovecharse de los demás. Pero muy pronto ciertas realidades se darán a conocer e iluminarán al mundo entero, lo cual será el advenimiento de la cultura solar.

IV

Lectura del pensamiento del día :

«La flor más pequeña que aparece sobre la tierra, está unida a todo el universo. Si aparece demasiado temprano, la naturaleza, que no está de acuerdo con ella, la priva de su sustento y muere.

»Para que vinierais a la tierra, se ha necesitado el consentimiento de toda la creación. Diréis : «Pero si yo no soy nada, ¿cómo ha podido preocuparse la naturaleza de mi nacimiento?» Pues sí, se estudia el presupuesto cósmico y se decide que podéis bajar, previo recuento de todo lo que vais a beber, a comer y a necesitar. Todo está unido ; la aparición de cada cosa, la existencia de cada ser, está unida al cosmos. Nada puede producirse en la tierra y en el cielo sin el consentimiento de toda la creación.»

Sé muy bien que muchos de vosotros os extrañaréis y sorprenderéis al oír este pensa-

miento, puesto que los humanos están todavía muy lejos de poder considerar las cosas de este modo. Según ellos todo lo que ocurre es debido al azar, nada está previsto, ninguna inteligencia controla los fenómenos vitales sobre la tierra, pero a causa de esta filosofía errónea no comprenden en absoluto los acontecimientos que se producen en el mundo.

Considerad por ejemplo un árbol; para que este árbol pueda crecer, florecer y dar frutos, es necesario que toda la naturaleza participe. La tierra le dará el alimento necesario, de lo contrario morirá. Y si le falta el agua, el aire, el sol, el calor y algunas veces los cuidados del hombre, tampoco puede vivir. El árbol necesita de toda la creación, pero esto no es visible porque se trata de un proceso imperceptible; y sin embargo, sabemos que el árbol no está ahí por casualidad. ¿Y el hombre? Vive, respira, se mueve... toda la creación participa y consiente en que pueda continuar existiendo. Si le negase algunos elementos: el aire, el agua, o algunas vitaminas, algunas hormonas, se moriría. ¿De dónde proceden todos esos elementos necesarios? El universo entero los da.

Observad lo que ocurre en el mundo, en un Estado, en una administración, en una familia. «Sí, me contestaréis, pero ahí hay gente que piensa, calcula un presupuesto, anota los gastos:

cuánto dedicar a la alimentación, a la calefacción, el mantenimiento, etc... decide qué ahorros habrá que hacer, qué personas despedir, qué otras emplear...» Y entonces, cuando se trata de la llegada de un ser sobre la tierra, ¿creéis realmente que nadie lo ha previsto ni aprobado? En una familia, en una ciudad, en un Estado, todo se hace mediante cálculos, proyectos, presupuestos y, ¿creéis que en el universo nada está calculado, que todo se produce por casualidad? ¡Ciertamente la ignorancia humana es asombrosa! Pues ahí arriba también hay seres inteligentes que preven y cuentan cuántos hombres deben bajar a la tierra, la cantidad de años que se quedarán... ¡Es toda una economía!

Todas las necesidades humanas han sido previstas, todo ha sido preparado para su existencia, y ellos se imaginan que las cosas ocurren así, por casualidad, de cualquier manera. Hasta el punto de creer incluso que para enviar, por ejemplo, a un ser como Jesús, nadie se preocupó de encontrar el momento astrológico, la época favorable... Jesús vino así, por casualidad, sin que se sepa ni siquiera por qué. Pues no. Su llegada fue decidida en lo alto por las entidades celestes. Nada se deja al azar, e incluso la llegada de Hitler fue calculada y decidida por adelantado para que pudiese dar unas cuantas lecciones a

quienes las necesitaban, y por supuesto, recibir él también otras tantas.

Diréis: «Pero, ¿cómo hacen en lo alto para prever tantas cosas?» Y si yo os contesto que todo es automático, que tienen ordenadores... Ya que no son los humanos quienes han inventado los ordenadores, éstos existen desde hace bastante tiempo en la naturaleza. La máquina cósmica que posee las informaciones necesarias sobre el pasado de tal ser, decreta que nacerá en tal país, en tal año, con tales facultades y tal cuerpo... y existen otros espíritus que se encargan de vigilar la ejecución de estos decretos. Todo se produce en la fecha fijada: si debe ocurrir un accidente, esperan el momento sigilosamente, y en la fecha y hora fijada ocasionan el accidente, que se produce de manera infalible. La gente se imagina que es obra del azar, pero no es así; fue matemáticamente determinado. Si tal niño debe nacer en tal época, la máquina electrónica determina con precisión, sobre el zodiaco, su signo, su ascendente, la posición de los planetas con sus diferentes aspectos, y el niño llega en ese preciso instante; incluso su concepción está prevista y fijada. En su tema astral todo corresponde exactamente a lo que hizo en sus precedentes reencarnaciones: si será feliz o desgraciado, si tendrá accidentes... todo se decide automáticamente. «Entonces, diréis:

¿dónde está nuestra libertad?» Pues bien, la libertad se encuentra en el espíritu, se expresa cada vez que el espíritu se manifiesta y decide mejorarse, cambiar o acelerar ciertos procesos. Pero en conjunto la vida, una vez iniciada, es como un aparato que ponemos en marcha, como esos trenes de juguete, que en un momento dado se paran porque se les terminó la cuerda. El hombre se asemeja a uno de esos aparatos a los que se les da cuerda para que funcionen un cierto tiempo, y en un lugar de su recorrido, al igual que el pequeño tren, encuentra túneles, obstáculos; y todo ello ya está previsto y calculado por adelantado, incluidos los encuentros «casuales». Cuando encontráis a un hombre que altera toda vuestra existencia, pensad que ya estaba previsto mucho tiempo atrás... Cuando veis un bebé, todo está dispuesto en él, las conexiones, los circuitos, las instalaciones. Es una fábrica, un Estado, una constelación, es un universo.

No os extrañéis si oís decir que para que una flor pueda vivir y desarrollarse, el universo entero debe consentirlo y proveer sus necesidades, de lo contrario moriría. Lo mismo ocurre con vosotros. Si os beneficiáis de unas condiciones espirituales, mentales y físicas favorables, podréis crecer y florecer, mientras que en condiciones adversas no podréis desarrollaros. Puede ocurrir que las condiciones que son favorables para

algunos, sean adversas para vosotros y viceversa. Podéis entonces poseer ciertas cualidades y facultades pero veros privados de otras, como la salud, por ejemplo, posiblemente porque ciertas fuerzas se oponían a vuestra venida al mundo.

Por eso debéis trabajar para la armonía, introduciendo en vosotros la armonía del mundo entero, de las estrellas, del universo, de lo contrario siempre habrá algo o alguien que os confunda. Imaginad, por ejemplo, que vuestra familia está en armonía con vosotros y vuestros vecinos también; sí, pero si otras personas os quieren mal, sufriréis algunos percances. Las cosas buenas siempre van mezcladas con las malas. Por ello siempre insisto en que consigáis esta armonía con todo el cosmos, para que todo en vosotros sea hermoso, luminoso e ideal.

Otro ejemplo: supongamos que tenéis un amigo que os quiere y que realmente os ayuda, y por otro lado un enemigo que no piensa más que en fastidiaros. Desgraciadamente el uno no puede ir sin el otro: mientras que vuestro amigo os proporciona horas agradables, vuestro enemigo no cesa de aportaros inconvenientes, discusiones y tristezas. Entonces, lo queráis o no, este enemigo también cuenta en vuestra vida, y además os es perjudicial. Por eso debemos estar en armonía con todo el mundo.

Evidentemente es difícil, pero al menos debe-

mos intentar armonizarnos con las entidades que están por encima de nosotros, que dirigen y dominan nuestra existencia, y después trabajar para arreglar nuestros asuntos con los demás. Precisamente por eso fue dicho: «Antes de que el sol se ponga, reconcílate con tu hermano». Antes de que se ponga el sol significa antes del final de esta encarnación, porque después será muy difícil reparar. Es en esta vida cuando debéis ir a la búsqueda de las personas que habéis abandonado, ponerlos de acuerdo con ellas, darles una satisfacción y vivir en paz. Cada pensamiento, sentimiento o acto negativo, es nocivo; aunque no lo parezca, son entidades vivas que se mueven, encuentran el destinatario y empiezan a perjudicarlo, y un día deberéis pagar por todo el mal que hayan hecho.

Detengámonos en esta idea de que nuestro destino está determinado por adelantado. Como os decía en otra conferencia, antes de descender a la tierra, tenemos la posibilidad de mejorar ciertas cosas con el consentimiento de las jerarquías celestes. Pero una vez hayamos nacido no tenemos esas posibilidades, y todo deberá desarrollarse según un plan preestablecido. Los sistemas óseo, muscular, circulatorio y nervioso, la salud, la inteligencia, todo está determinado; el destino, por lo tanto, está trazado. Supongamos

que un ser nace feo, enjuto, deforme ; su destino está fijado. No tendrá grandes alegrías, ni felicidad, ni éxito. Por el contrario, a una niña que nace hermosa, dotada de todos los encantos, también se le ha fijado su destino : será elegida Miss Mundo, e inmediatamente llegarán las galas, los fotógrafos y el multimillonario que le pedirá su mano.

Por eso a menudo os digo : no podréis cambiar gran cosa de vuestro destino en esta encarnación, pero tenéis todas las posibilidades de hacerlo para la siguiente mediante vuestro trabajo, vuestros pensamientos y vuestras oraciones. En esta encarnación estáis limitados, pero en la próxima tendréis todo lo que pidáis en esta. Es muy importante saber esto, de lo contrario nunca podréis mejorar nada para vuestra próxima encarnación. ¿Por qué algunos seres se encuentran en situaciones tan deplorables? Porque no supieron pedir en su encarnación precedente lo que debían, ni cómo orientar su trabajo para poseer hoy tal cualidad, tal posibilidad o tal virtud. No lo sabían, y si continúan ignorándolo, volverán a desaprovechar su próxima encarnación.

Por eso, mis queridos hermanos y hermanas, escuchadme, aprovechad de ello, y emplead bien todos los años que os quedan de vida, medita, desead y pedid las mejores cosas para vos-

otros y para los demás, porque los proyectos que tengáis se materializarán, cristalizarán en el futuro. La cristalización actual se resiste al cambio; es muy normal, y hasta que no se haya utilizado, no podrá reemplazarse. Pero cuando el hombre muere, todo lo positivo que creó con su pensamiento se cristaliza en el plano físico, y más tarde regresa con la belleza, la inteligencia, la salud y la bondad, porque los pensamientos y los deseos que envió en ese sentido se han materializado en una nueva estructura. Y esta estructura a su vez será tenaz y resistente, se opondrá a las fuerzas negativas y destructivas. El trabajo que realizamos ahora no es para esta encarnación. Por eso algunos de vosotros vienen a decirme: «Maestro, llevo trabajando muchos años y nada ha cambiado, sigo siendo el mismo». Pero yo respondo: «No habéis comprendido nada, ciertamente que algo ha cambiado, pero hay que esperar; cuando esta forma actual desaparezca, veréis la nueva sobre la que habéis trabajado y os quedaréis estupefactos ante su esplendor.»

Hace un rato os decía que la libertad se encuentra en el espíritu, pero aún debo añadir algo más.

Observad el comportamiento de un animal o de un niño. El animal obedece a las leyes naturales y no puede cambiar el curso de las cosas u

oponerse a ellas; no le es dado hacerlo. Así pues, obedece, se somete, es fiel a las leyes de su especie, y por eso es inocente. Incluso cuando se lanza sobre una presa o la destroza, no es culpable, porque ésa es su naturaleza. El niño también obedece a sus instintos, a sus impulsos, no posee ni inteligencia ni voluntad, es como un animalito. Solamente después de algunos años adquiere la posibilidad de oponerse a la naturaleza y a sus leyes: puede escoger entre armonizarse con las leyes o transgredirlas.

Así pues, si el hombre solamente se ocupa de comer, dormir, divertirse, traer hijos al mundo, trabajar para ganarse el sustento, piense lo que piense no hace más que llevar una vida vegetativa, instintiva, una vida animal. Porque las plantas y los animales no hacen otra cosa. Es una vida que lleva casi independientemente de él mismo, de su conciencia, de su voluntad: crece, se debilita y se va sin más ni más.

Pero cuando el hombre empieza a controlar esta vida instintiva con su conciencia y su inteligencia, a purificarla, a añadirle un elemento espiritual, se transforma en un factor formidable capaz de cambiar su destino. ¿Qué es el destino? Es un encadenamiento implacable de causas y efectos al cual está sometida la vida animal, biológica, instintiva. ¿Cuál sería el destino, por ejemplo, de una gallina? Está no podrá conver-

tirse en reina, ni en poetisa, ni en músico, ya que está predestinada a la olla. El destino de la gallina está en la olla. De este modo todas las criaturas tienen su propio destino. El destino del lobo, por ejemplo, es el de ser cazado, capturado, masacrado o bien transportado a un parque zoológico. El destino de un buey es el yugo para tirar del carro, el pobre, hasta el final de sus días ; o bien ser troceado en cualquier carnicería. El buey no puede cambiar su destino, ni los demás animales tampoco. También las cabras y las palomas tienen su destino, que se corresponde completamente con su actividad y con los elementos de que están formados.

Para poder escapar al destino hay que dejar de ser esclavos, débiles y serviles para con esta vida inferior, en la que nada depende de vosotros : respirar, procrear, comer, beber y dormir. Es una vida que todavía está lejos de ser divina. Es divina en la medida en que viene de Dios, puesto que todo viene de El, pero en el sentido espiritual todavía no es una vida divina. La vida divina empieza cuando el ser humano se da cuenta de que él no solamente es un estómago, un vientre, un sexo, un ser hecho de carne y huesos, de músculos, sino también un espíritu, y que empieza como tal espíritu a querer actuar, a crear obras grandiosas, luminosas y sublimes. En ese momento, sí, escapa a su destino, ya que

si nos identificamos con el cuerpo físico, nuestro destino será el de enfermar, morir, ser transportado a un cementerio y pudrirnos. Ese destino está ya fijado en el momento en que nacemos, y no podemos escapar a él.

Pero la vida espiritual nos ofrece la posibilidad de añadir algo a esta vida vegetativa e instintiva del cuerpo físico, y entrar de esa manera en un plano superior, en el plano del destino. Para ello es necesario que el espíritu empiece a manifestarse, a trabajar dejando su firma, su huella, su sello sobre todas las cosas, que intervenga en vuestros actos y los dirija. Así os apartaréis de vuestro destino para entrar en el mundo de la Providencia. Todos los cuerpos están predestinados a convertirse en polvo... los cuerpos, sí, pero no el espíritu: el espíritu no tiene destino, está regido por las leyes de la Providencia.

Y ahora, ¿cómo llegar hasta la Providencia? Ante todo debemos saber que entre esas dos regiones, la del destino y la de la Providencia, se encuentra la libre voluntad, y que el problema para el discípulo consiste en conseguir liberar su voluntad de forma que pueda moverse, actuar y trabajar en el mundo del espíritu. En ese momento entrará bajo la influencia de la Providencia y se presentarán ante él infinitos caminos y elecciones. Podrá elegir todo lo que quiera, su elección será siempre maravillosa. Mientras que

en el mundo del destino no hay elección, sólo queda un camino: la destrucción, la desaparición.

Aquellos hombres que no poseen la luz de la Ciencia iniciática viven sumergidos en su destino, e incesantemente son empujados, oprimidos, atormentados. El mundo del destino es implacable. Cuando el hombre se somete a él, aunque sea un emperador o un rey, por ser ese destino inflexible, se cumple, y ya tenemos su cabeza cayendo bajo la guillotina. Es muy difícil escapar al destino, porque durante numerosas encarnaciones anteriores no hemos trabajado más que para crearnos un karma muy pesado. Sin embargo, las leyes de causa y efecto son absolutas, y el destino, que no es consciente ni siente ninguna piedad, se aplica tan infaliblemente como cualquier ley física: golpeáis un vidrio y salta en pedazos. Son leyes fieles y verídicas. Eso es el destino.

En esta encarnación tenemos la posibilidad de crearnos buenas condiciones para la próxima; basta con saberlo y ser consciente. Pero si ahora no trabajamos, la próxima encarnación podría ser peor. Así pues cuando la Iglesia impide a la gente creer en la reencarnación, en realidad les impide mejorar su futuro. Los cristianos desconocen sus verdaderas posibilidades. Se les dice que después de su muerte se sentarán a la

derecha del Señor porque han ido todos los domingos a misa, o bien que se quedarán toda la eternidad en el infierno, hirviendo en una olla, porque no han asistido a ella. Si fuese tan fácil sentarse a la derecha del Señor... ¿Por qué se engaña de ese modo a los humanos? ¿Para consolarles?... Pero no hay que consolarles, hay que explicarles la verdad.

Resumo: todas las criaturas (y son muy numerosas en la tierra) que se dejan llevar por sus instintos y sus necesidades fisiológicas sin hacer ningún tipo de trabajo espiritual, no pueden cambiar su destino; todo lo previsto para ellas se realizará. Mientras que las que trabajan arduamente para acercarse a ese mundo de luz y de amor, podrán escapar de él. El destino es cruel e implacable, pero un día escaparán a su poder: en adelante vivirán en una región más sutil donde recibirán influencias que neutralizarán los elementos nocivos. Si lo preferís, también se trata de un destino porque la Providencia es un destino, pero de otro tipo: en ella todo está determinado, ¡divinamente determinado!

Lo que acabo de deciros es muy importante, ya que en lo sucesivo sabréis que si os contentáis con vivir como todo el mundo, sin hacer nada en los planos superiores, no podréis cambiar gran cosa en vuestro destino, no podréis crearos

vuestro propio futuro porque os sometéis al que ya existe. Y puede que tengáis un «buen destino». Hay destinos que en apariencia son muy favorables. Por ejemplo el destino de la gente que vive en la riqueza, en la opulencia, tranquilamente; nadie les molesta, comen, beben, viajan, se casan, tienen hijos... una vida espléndida. Pero a los ojos de los Iniciados ésta no es la mejor vida, sino la de los seres que trabajan, luchan, sufren, que vencen obstáculos, que lo pierden todo... Los Iniciados ven que en realidad esta vida es más fructífera que la de esa gente aparentemente más favorecida.

Los humanos tienen una idea demasiado materialista de la felicidad, e incluso los astrólogos se han dejado llevar por esa mentalidad. Cuando deben predecir un destino dicen: «¡Oh! es magnífico, tiene a Júpiter en la segunda casa, al Sol en la décima, y Venus en la séptima; entonces será rico, poderoso, feliz en el amor, lo tendrá todo». Mientras que si tenéis cuadraturas y oposiciones, os presagian todo tipo de desgracias y os compadecen. Pero en realidad no han comprendido nada. Un Iniciado no interpreta de esta manera: trata de ver en vuestro horóscopo si conseguiréis realizar ciertas tareas, cumplir la voluntad de Dios y emprender obras divinas, sin preocuparse ni de las cuadraturas, ni de las oposiciones, ni de los planetas en

exilio o en caída; todo eso carece de importancia real.

Pero muy pocos astrólogos contemporáneos son capaces de interpretar a través de esta nueva luz, de esta nueva percepción; siguen siendo esclavos de una mentalidad vulgar, juzgando las cosas como los materialistas, los cuales encuentran que el sentido de la vida está íntimamente relacionado con el dinero y el éxito. Todo eso es pasajero, desaparece rápidamente, pero, ¿y después? No todo el mundo es capaz de discernir sobre el valor espiritual de un tema astral. Ahí donde otros se maravillan, yo veo que se trata de individuos que no harán nada para el Cielo, y sin embargo tienen «un buen tema», talento, riquezas, un puesto elevado en la sociedad, pero en realidad, a los ojos del Cielo, son seres insignificantes y vulgares. En ningún caso me gustaría estar en su lugar, ni tener un «buen horóscopo» como el suyo. Existen otros criterios, desconocidos por los astrólogos corrientes, para juzgar un tema astrológico.

Podría aún hacer hincapié sobre gran cantidad de puntos para demostraros que los astrólogos no tienen una comprensión correcta de las cosas. En vez de deciros que tenéis tal deuda que liquidar en tal aspecto y explicaros la manera de pagarla para liberaros, os aconsejan cómo escapar a tal accidente que se producirá en tal fecha.

Pero esos consejos no os salvarán: el accidente se producirá de todos modos, quizás no en el día que os hayan aconsejado quedaros en casa, sino en el próximo o en el anterior. Porque el karma no acepta fraudes ni engaños.

Diréis: «Pero entonces, ¿para qué sirve la astrología si no permite mejorar nuestro destino?» Sí, permite mejorar nuestro destino, pero no mediante la huida. Sería muy largo de explicar, pero aún así os daré un ejemplo. Supongamos que tenéis que pagar una cierta suma en tal fecha, de lo contrario os embargan todos vuestros bienes y os quedáis a merced del frío, la lluvia y la enfermedad. Para evitar estas molestias, en lugar de esperar el acontecimiento sin hacer nada, os preparáis, trabajáis, y ahorráis hasta el día fijado, y pagáis la deuda para que no os echen de vuestra casa. Esta imagen puede transponerse a todos los planos de la existencia: mediante un trabajo espiritual, podréis evitar el accidente, la enfermedad o el desastre financiero que os espera.

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, hoy os he dado verdades absolutas. Estudiadlas, verificarlas y comprobaréis que no os engaño. Tenéis grandes posibilidades porque la Enseñanza os ayudará, os preparará y os explicará cómo podéis crearos un futuro verdaderamente sublime.

INDICE

NOTA DE LOS EDITORES

I	La ley de causa y efecto	9
II	«Separarás lo sutil de lo denso»	35
III	Evolución y creación	47
IV	Justicia humana y justicia divina	59
V	La ley de analogía	83
VI	Leyes de la naturaleza y leyes morales .	111
VII	La ley de grabación	131
VIII	La reencarnación	145